EVA ALTON



OKSANA

EL ÁNGEL CAÍDO

OKSANA

EL ÁNGEL CAÍDO



Eva Alton

© 2025 Eva Alton
Todos los derechos reservados
Registration number: xaf2LoaiLfF2lggY
Esta obra está protegida por derechos de autor. Está prohibido copiarla, reproducirla, transmitirla o adaptarla por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.
Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia. Agradecemos a todos los artistas que han creado los tipos de letra y las imágenes incluidas en este libro y su portada. Publicado por Bralton Books.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Oksana - El Ángel Caído (Las Brujas de Ibiza, #4)

Otros Libros de Eva Alton:

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Epílogo

Nota de la autora

Regalo: capítulo extra

Elogios de la crítica sobre Las Brujas de Ibiza, de Eva Alton:



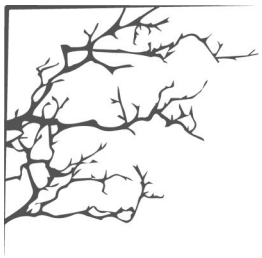
«Encantadora, me atrapó desde la primera página.»
«Romántica, misteriosa y muy bien escrita.»
«Una historia mágica con personajes que se quedan contigo.»
«Ideal para una tarde de sofá y manta.»
«El final es apoteósico. No lo esperaba y me encantó.»
«Ambientación original, personajes memorables y una gran dosis de magia.»
«Sorprendente. No es la típica historia de vampiros y brujas.»
«Un libro que te hace soñar, sentir y quedarte con ganas de más.»

Únete a mi lista de correo y mantente al día con todas las novedades sobre mis libros, próximos lanzamientos, curiosidades del universo de mis historias... ¡y mucho más!

Al suscribirte, recibirás una novela gratis como regalo de bienvenida.

Lista de Correo





Serie Las Brujas de Ibiza

Una serie de fantasía urbana y romance que sigue las aventuras de los miembros de la Agencia Paranormal Serenata Nocturna, en Ibiza.



Serie Los Vampiros de Emberbury

Esta saga mágica de romance paranormal sucede años antes de Las Brujas de Ibiza, y relata la historia de los predecesores de Iris.



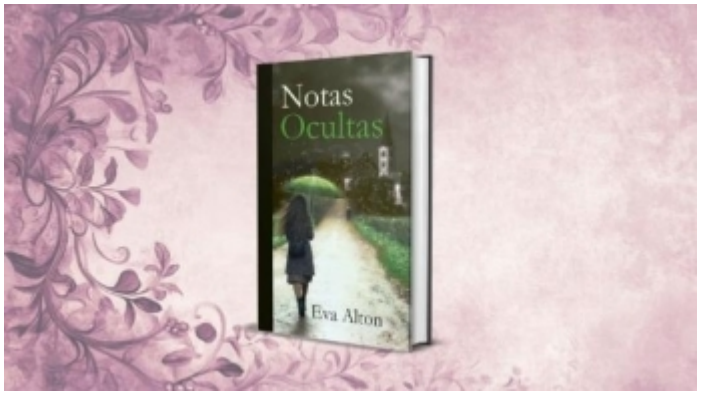
Serie Historias de Amor y Café

Comedias románticas frescas, divertidas y llenas de ternura. Relatos contemporáneos y autoconclusivos que conservan la misma magia emocional que sus hermanas paranormales.



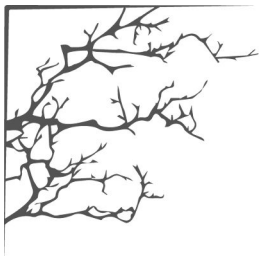
Fantasía Histórica: Notas Ocultas

Una novela histórica con viajes, secretos del pasado y un toque paranormal. Cuando el amor traspasa el tiempo, la voz de una madre puede cruzar desde el más allá...




SERENATA NOCTURNA
AGENCIA PARANORMAL

«Hasta que lo inconsciente no se haga consciente,
dirigirá tu vida y lo llamarás destino.»
— Carl Jung



Oksana



Al principio, yo no era así.

El "don" me llegó de golpe, como un martillazo. La primera vez que escuché un pensamiento ajeno debía de tener siete, quizás ocho años, aunque lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Estaba en la escuela, en medio de un examen de matemáticas. La sala estaba en completo silencio, todos concentrados en sus ejercicios. Yo encontraba los problemas demasiado fáciles, casi aburridos.

Terminé mucho antes que los demás, y mi mente comenzó a divagar. Empecé a girar el lápiz en la mano, contemplando sus rayas amarillas y negras, y la goma rosada en la punta. Golpeé la mesa primero con la mina y luego con la goma, buscando diferencias en la cadencia. Me concentré en los diferentes sonidos que el lápiz producía al chocar con la mesa. Era mucho más entretenido que mirar las paredes verdes del aula. Pero pronto escuché la voz de la profesora:

—¡Oksana! —llamó madame Arnaud con tono severo.

Di un respingo y la miré, sintiéndome descubierta. Alzando la cabeza, respondí con humildad:

—*Oui, madame?*

—¡Silencio! Esto es un examen.

Me quedé quieta y me concentré en la hoja de papel frente a mí, intentando no morir de aburrimiento.

Y justo entonces, lo escuché.

El primer mensaje.

La primera vez.

Era la voz de la señorita Arnaud, que me alcanzó sin que sus labios se movieran:

«La hija de Volkov es la peor de todas. ¡Estos extranjeros! Solo porque tienen dinero, se creen que son los dueños del colegio y de la ciudad entera. Pero ya encontraré una manera de hacerla repetir curso, por muy inteligente que sea y por muchas conexiones que tenga su padre.»

Mis ojos se abrieron como platos, y miré a madame Arnaud con incredulidad. Me fijé después en mis compañeros del *Lycée international*, pero todos estaban enfrascados en el examen, ajenos a lo que acababa de suceder. ¿Es que nadie más lo había oído? Levanté la mano, intentando calmar el pánico que crecía en mi interior.

—Profesora, ¿qué ha dicho? —pregunté con voz temblorosa.

La señorita Arnaud me lanzó una mirada furibunda y golpeó la mesa con su regla de madera en advertencia.

—¡He dicho que guardes silencio, Oksana! —respondió secamente—. ¿Es que no lo has entendido? Si vuelves a molestar, te bajaré la nota dos puntos.

De repente, escuché otra voz: esta vez era la de Lara, mi compañera de pupitre y mejor amiga:

«Oksana siempre tiene que llamar la atención, y a ella se lo perdonan todo, no como a mí. Es una creída, y si no fuera porque tiene tantas muñecas, nunca iría a jugar a su casa. Me cae fatal. A todos nos cae mal.»

Me giré hacia Lara, pero ella parecía concentrada en sus ejercicios, sin levantar la vista. Mi corazón latía desbocado, sin entender qué estaba sucediendo.

Aquel día fue el principio de la tortura.

Esa tarde, antes del almuerzo, debía salir al escenario y cantar una canción en francés frente a todo el colegio, en celebración de las jornadas culturales.

Estaba aterrada, en particular después de lo ocurrido durante la mañana. Pero, aun así, me obligué a subir a ese estrado. Ya de niña era terca, y quizás, eso me salvaría más tarde. Tiré del micrófono,

demasiado alto para mí, y me subí al cajón que alguien había colocado en el centro del escenario.

Todos me observaban.

Me dije que los embelesaría a todos con mi voz clara, brillante y melodiosa, y entonces todos dejarían de decir esas cosas horribles sobre mí.

Entoné la primera estrofa, y las voces comenzaron a llover desde todas las esquinas, una tras otra, hasta volverse insoportables.

«¿Otra vez ella? Siempre hace todos los solos, ¿por qué? Si hay otras que cantan mucho mejor.»

«Seguro que su padre pagó para que cantase el himno.»

«Su acento es espantoso. Casi ni se le entiende.»

«¡Va a llorar! ¡Va a llorar!»

No pude soportarlo más. Desafiné, perdí el hilo y me detuve de golpe, llevándome las manos a las orejas.

—¡Basta, basta! —chillé, desesperada, y bajé corriendo del escenario frente a las miradas burlonas de todo el colegio.

Me encerraron en el despacho del director hasta que vinieron de casa a buscarme.

Mi madre, preocupada, me llevó al médico, y luego a un especialista, que me hizo mil pruebas hasta derivarme a un psiquiatra.

Mi cabeza estaba bien.

No encontraron nada.

Aun así, mi madre hizo presión para que me recetaran medicación. Mi padre siempre estaba viajando, pero nunca escatimaba en gastos y le dijo a mamá que pagarían los mejores tratamientos posibles. Ella lo probó todo, y me llevó a ver a naturópatas e incluso párrocos que me practicaron ridículos exorcismos.

Pero nada funcionó.

Cuando íbamos al médico, escuchaba por ejemplo a la enfermera: ella pensaba que el vestido me quedaba mal, por muy caro que fuese, y que yo era la típica niña rica que se inventaba dolencias para que mis padres me hicieran caso. El doctor me saludaba al entrar, pero estaba pensando en despacharme cuanto antes para salir a fumarse un puro y llamar a su amante.

Durante unos meses, dejé de ir al colegio porque las medicinas me daban sueño y me mareaban, pero no detenían las voces. Seguía escuchando aquellos mensajes, a veces inoportunos y a menudo horribles que nadie admitía estar diciendo.

Y lo peor era cuando escuchaba a mi madre.

Sus pensamientos, resignados, decían en silencio:

«Qué desgracia para la familia, dos hijos con problemas. ¿Qué vamos a hacer con ella? Nadie querrá casarse con una loca. La tendremos en casa para siempre, igual que a su hermano.»

Cuando le preguntaba si había dicho eso, ella se sonrojaba, me juraba que no y salía corriendo de la habitación como si yo fuera un monstruo horrible. Y luego me evitaba el resto del día.

Como la medicación me aturdía, empecé a tirarla por el váter, o a esconderla en la manga fingiendo que me la tomaba.

Un día, estaba mirando la lluvia fina golpear el cristal, admirando cómo los pequeños hilos de agua desdibujaban el contorno de los balcones floridos de las casas vecinas. Por aquel entonces seguía sin ir a clase, ni veía a otros niños. Incluso evitaba acompañar a mi madre cuando salía de compras. Pero la lluvia me daba paz: me encantaba la manera en que lo amortiguaba todo, y mitigaba todos los ruidos, incluidos los de mi cabeza.

Sola en mi habitación, me puse a cantar. Era la misma canción que nunca terminé frente al público. Seguramente fue la última vez que lo hice; una especie de despedida.

Mi hermano pequeño, Mitya, entró en la estancia y se sentó a mi lado a escucharme. Nos llevábamos tres años, y su presencia era siempre bienvenida. La mente de Mitya era igual que una ciudad

nevada: poseía un silencio total que me daba una paz inmensa, a diferencia de la del resto de la gente.

Mitya hablaba muy poco: no porque no pudiera, sino porque, al parecer, no quería. Solo usaba su voz si necesitaba algo urgentemente, pero por lo demás, prefería estar callado o comunicarse con gestos. Decían que se le pasaría con los años, aunque a mi madre la sacaba de quicio su excentricidad. Y cuanta más prisa le metía ella para que hablase, menos ganas tenía él de hacerlo.

Mitya se puso a mirar por la ventana también, sin decir nada. Cuando terminé la canción, se giró de golpe y soltó una de sus raras frases:

—Sé lo que te pasa —dijo con un gallo.

Lo miré, sorprendida y también incrédula. ¿Cómo podía él saber lo que me ocurría?

—Solo estaba cantando —repliqué a la defensiva.

—Cantas bien.

—Gracias.

Hubo un agradable silencio entre nosotros, y Mitya se puso a dibujar en el vaho del cristal

—Oyes cosas —dijo sin mirarme, concentrado en sus dibujos—. Son los pensamientos de la gente.

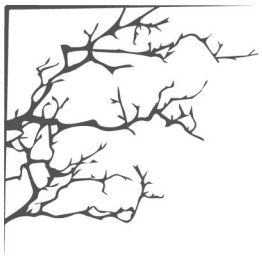
La boca se me abrió sola de la sorpresa. Por primera vez, alguien comprendía lo que estaba viviendo: por fin alguien me creía, sin tomarme por loca.

En dos segundos, Mitya había captado toda mi atención.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté, anonadada.

Mitya se encogió de hombros, y lo que dijo después cambiaría mi vida por completo:

—Porque a mí también me pasa —contestó, señalando el cuadro con querubines sobre la cabecera de su cama—. Somos como ellos. Es bueno. Pero, si te molesta oír todo eso, yo sé un truco, y puedo enseñarte a bloquearlo.



Oksana



Nunca me había sentido tan sola como en aquella terraza de muebles discretamente elegantes, rodeada de palmeras, tumbonas de lujo y camareros de sonrisas demasiado amplias, que ocultaban corazones tan falsos como los de todo el mundo.

El hotel de mis tíos en Mallorca siempre fue para mí un refugio de paz y serenidad; ese lugar al que siempre podría volver cuando no me quedaba ningún otro. Un lugar, también, repleto de recuerdos agridulces; el lugar donde perdí la virginidad, con alguien en quien hoy trataba de pensar solo en términos profesionales.

Mi tío me observaba desde el comedor acristalado; más que a mí, a mi vaso, que se había vaciado ya por tercera vez antes de la cena.

Mi tía, hermana de mi padre, me hizo una señal desde el otro lado del cristal del comedor: «Ven aquí. Tenemos que hablar seriamente».

Sacudí la cabeza. No pensaba hablar con nadie. Pagaba mis cuentas de mi bolsillo, así que podían irse al cuerno, ellos y sus peroratas sobre la vida y sobre lo que "debería" estar haciendo.

Me apetecía estar sola; para eso había venido a Mallorca. Para eso, y no para escuchar cómo estaba desperdiciando mi vida con un trabajo "de camarera" en Ibiza, cuando podría ayudarles a dirigir el hotel familiar, y seguramente, en el proceso, también pescar a un millonario con el que casarme. Por allí pasaban muchos, y seguro que no me habría sido muy difícil.

Moví un poco la tumbona hacia el sol, que al atardecer escapaba rápidamente. Luego me pasé una mano por el rostro y lo noté áspero y reseco. Abrí el bolso y me puse más crema. Sabía que mi problema no era la falta de crema, sino el exceso de mal humor y alcohol. Ambos me estaban destrozando por dentro y por fuera. Pero, aun así, no podía soltar ese maldito vaso, ni fingir esa sonrisa que mi tía anhelaba.

Giré la muñeca con dejadez, viendo cómo el líquido se deslizaba por las paredes del cristal. Todo mi poder, todo lo que alguna vez había sido, se estaba escurriendo entre mis dedos, igual que esa última gota reptando por el borde del vaso.

Sonreí con amargura.

El poder me llegó de manera inesperada, sin quererlo, y sufrí mucho por ello. De niña lo consideré una auténtica maldición.

Pero ahora que estaba esfumándose, sentía que perdía la única cosa que me daba valor como persona. Mi único billete a una vida mejor. El único talento que me hacía irremplazable.

Cerré los ojos, sintiendo el aura de una migraña que amenazaba con regresar. Últimamente tenía cada vez más de esas, y si no las detenía a tiempo, me obligaban a quedarme en cama y a oscuras durante días.

Observé a un recepcionista, caminando al otro lado de la piscina sin el uniforme. Se iba a casa tras finalizar su turno. Traté de sintonizar con sus pensamientos. Debería haber sido muy fácil: era una persona normal, ocupada con sus cosas, sin ningún tipo de barreras ni poderes mágicos.

Pero solo escuché silencio.

Al rato, me llegó un eco lejano: la palabra "aparcamiento". Lejos quedaban los días en que escuchaba conversaciones mentales completas todo el tiempo.

Diez años atrás, leía mentes con precisión quirúrgica. Ahora solo captaba ecos y palabras sueltas.

Era frustrante.

Pensé en Iris, la nueva estrella de la agencia. Una médium dulce y maleable. Todos la adoraban. Y no es que yo la odiase (después de todo, no era culpa suya ser así), pero cada vez que la veía brillar y hacer las cosas que *solían ser* mi trabajo, una parte de mí hervía de frustración. Quizás también... de envidia.

Apoyé el vaso en una mesilla baja y saqué el móvil del bolso.

Había considerado seriamente escribir un mensaje de renuncia a la agencia. No quería terminar convertida en una carga inútil. Ni menos aún iba a permitir que Teo me despidiese delante de todos. O, peor aún, que los demás me mirasen con pena.

El móvil vibró antes de que pudiera decidirme, con el número de Johannes.

—Oksana.

No era Johannes, sino Patricia, su mujer, llamando desde Suiza.

Patricia *nunca* me llamaba, a no ser que hubiera problemas con los pagos, reservas, y cosas por el estilo. Y era bastante eficiente, así que no solía haber complicaciones con nada de eso.

El tono de su voz me dejó claro que, esta vez, no llamaba por asuntos de logística.

—¿Todo bien por Lausana? —le pregunté.

—Por Lausana, sí. El problema es en Ibiza. ¿Ya te lo han dicho?

Luego guardó silencio.

Habría dado cualquier cosa por poder leer mentes a través de la línea telefónica, pero eso jamás había podido hacerlo.

—¿Otra vez un poltergeist testarudo? —aventuré, extrañada.

—No es por nada de trabajo —respondió con voz débil, cosa rarísima en una mujer como ella—. Se trata de Teo.

—¿Teo? ¿Qué puñetas le ha pasado?

Hacía un par de días que no sabía de él, pero *esa* era precisamente la idea: tomarme unos días libres para huir de todo. Particularmente, de la agencia. Y, ya de paso, también de él.

—Teo está... —Patricia dudó—. Está atrapado. Está... estaba...

Silencio.

Apreté la mandíbula, perdiendo la paciencia ante su aparente (y repentina) incapacidad comunicativa.

—¿Dónde narices está? ¡Por todos los diablos, Patricia! ¿Es que no has mordido a nadie hoy, o qué te pasa?

Escuché un carraspeo.

—Es complicado —respondió con voz más seca, volviendo a ser ella misma—. No es algo para explicarlo por teléfono. En fin, te llamaba porque tienes que cancelar tus vacaciones y volver a Ibiza inmediatamente. Toma el ferry mañana por la tarde. Alguien pasará a recogerte por el puerto.

Después colgó, y yo le hice una seña al camarero para que me rellenara el vaso.

Antes de que el chico regresara con mi bebida, el teléfono ya estaba sonando de nuevo.

¿Y ahora Garrett?

¿El pesado del cocinero?

Deslicé el dedo para contestar.

—¿Sí?

—Oksana, preciosa, ¿te ha llamado Johannes? —dijo su voz, tan insoportablemente alegre como de costumbre.

—Llamó Patricia —gruñí, apartándome un mechón de pelo de la cara—. Dijo algo incomprensible acerca de Teo. ¿Se puede saber qué está pasando?

—Reunión de emergencia, Glacialina. —No protesté ante el apodo, pero solo porque me interesaba el resto de la frase. Garrett continuó—. Leonard y Mina ya están en camino. Yo paso a recogerte mañana por la noche. Dime la hora.

Chasqueé la lengua.

—¿Y Raoul? ¿Desde cuándo eres tú el chófer?

—Raoul no puede conducir, su chica está... indispuesta. Me he ofrecido a ir yo para que pueda quedarse a cuidarla. —Dudó un momento, como si me estuviera ocultando algo—. La buena noticia es que tendrás la suerte de disfrutar de mi conducción, tan sedosa como el aceite de colza.

—¿El aceite de colza no era tóxico o algo? Y tú ni siquiera sabes conducir por la derecha. Eres el peor candidato a chófer de todo el Serenata. ¿Es que las cucarachas estaban también ocupadas?

—¿Las cucarachas? La comparación me ofende.

—Pediré un taxi.

—No seas borde, Glacialina. Yo te recojo, y no se hable más. Ya sabes para qué sirven los canguros en las agencias secretas, ¿no?

Gruñí. No lo sabía, ni quería saberlo, pero sin duda iba a decírmelo.

—¿Para qué? —murmuré sin ganas.

—¡Pues para saltarse las normas! —contestó riendo.

Puse los ojos en blanco, pero por desgracia no pudo verlo.

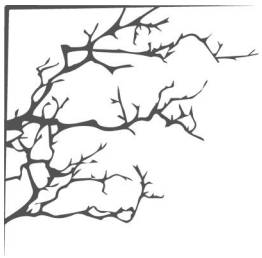
—Lo que sea —me rendí—. Recógeme si quieres. Pero a partir del puerto, conduciré yo. Y nada de chistes de canguros, o te lanzo a

la cuneta.

—De acuerdo, querida. Jamás me arriesgaría a dormir en una cuneta en Ibiza. Son demasiado estrechas. Y hay escorpiones.

Y luego colgó.

Resignada, me levanté de la silla. Dejé un billete doblado bajo el vaso, sin mirar siquiera cuánto había, pensando que esta quizás fuese mi última misión en el Serenata, y después volvería a Mallorca para siempre, a hacer lo que mi familia siempre soñó que hiciera.



Garrett



Siempre me gustó tratar con el fuego, porque era un ente previsible.

No como las personas... Ni como los sentimientos. Ni como la vida, que al final había resultado ser una experiencia bastante diferente de lo que había imaginado.

Pero bueno, eso les pasaba a todos los seres humanos. Yo no era ninguna excepción, y probablemente fui un poco ingenuo al pensar que la vida de cuento que planeé junto a Alicia saldría a la perfección.

Deslicé el wok sobre el fogón con un giro de muñeca preciso, dejando que las llamas abrazaran el acero en una caricia feroz. Era un baile que conocía bien: el de las llamas envolviendo el metal negro, y el aceite volviéndose más fluido bajo el calor del hornillo. Lancé unas gambas al aire y el aceite chisporroteó, como diciendo: «Soplan vientos de cambio».

Sonreí. Me lo había inventado.

Pero antaño, el fuego me hablaba.

Ahora ya solo lo hacía si le echaba gambas al aceite, y lo condimentaba con un poco de imaginación.

Como estaba solo en la cocina, me permití jugar un rato más.

Alcé una mano y las llamas formaron un pequeño fénix en el aire. Este revoloteó, rojo y brillante, en la lengua incandescente que lamía el borde de la sartén.

Sonreí, recordando los viejos tiempos, cuando crear criaturas de fuego no era solo un truco de cocina, sino mi modo de vida.

El fuego creció demasiado rápido, y tuve que apartar la sartén con un movimiento brusco.

Exhalé. Pensar en el pasado no servía de nada. Solo para quemar la comida.

Y, bien pensado, no me disgustaba del todo mi nueva vida. Ahora era Garrett Celestine: chef en las sombras, camarero ocasional y, técnicamente, el miembro más reemplazable de una agencia que no figuraba en el listín telefónico ni tenía página web.

El móvil vibró sobre la encimera, salpicado de grasa y con la pantalla quebrada de tantas caídas. Me limpié las manos aceitosas en un trapo antes de contestar.

—Garrett, soy Iris —dijo una voz queda al otro lado.

Iris, ratón de biblioteca, introvertida sin remedio; siempre hablaba demasiado bajo. Pero, esta noche, hasta los ratones del almacén hacían más ruido que ella.

—Hey —contesté, removiendo las gambas con la mano libre—. ¿Qué tal? Me pillas ocupado.

—No te entretendré. Solo necesito que me hagas un favor.

Fruncí el ceño, apoyándome contra la encimera de acero con la espátula de madera en la mano. Esperé a que me explicase el problema, pero siguió callada. Por un instante me pregunté si seguía ahí.

—¿Iris? ¿Todo bien? ¿La cafetera ha vuelto a poseerse sola?

El silencio continuó. Se estaba volviendo demasiado largo. Pensé que era hora de inventarme nuevas bromas, porque de las viejas ya nadie se reía.

—Es Teo —dijo Iris finalmente, y su voz se quebró, conteniendo el llanto—. Ha desaparecido. Se lo ha tragado... La Oscuridad.

Las bromas murieron en mi garganta.

Me erguí lentamente, notando cómo un hilo de tensión me recorría la espalda.

—Es broma, ¿verdad? —logré decir.

—Sabes que no bromearía sobre algo así —susurró Iris, y luego se aclaró la voz—. No puedo decirte más por teléfono, solo que, según Johannes, vamos a necesitarte. Además, quería preguntarte algo. ¿Sabes conducir? Alguien tiene que ir a recoger a los otros mañana. Raoul está cuidando de Selena, y yo tampoco voy a poder.

—¡Por supuesto! —contesté, porque no valía la pena preocuparla. Mejor no le contaba cómo había conseguido el carnet. O cuánta experiencia tenía.

—Perfecto, gracias. Luego te paso los detalles.

Un momento después, colgó.

Me quedé mirando el móvil como si, con suficiente fuerza de voluntad, hubiera podido cambiar la noticia.

¿Teo?

¿Qué había hecho esta vez?

No se me ocurría cómo podía haber *desaparecido* en la Oscuridad. Para eso, primero había que abrir un portal. Y luego tirarse dentro, o que alguien te empujase. Era un proceso bastante complejo como para llevarlo a cabo "por accidente".

¿Qué clase de idiota haría algo así?

Se me ocurrían pocos candidatos, pero, a decir verdad, Teo era uno muy probable.

Dejé escapar un largo suspiro y me acordé de las gambas. Aparté la sartén del fuego y luego fui a buscar mi mochila. En la cartera me saludó una foto de Addison, con unos cinco años. Me encantaba esa foto: salía preciosa, con sus rizos negros y rebeldes, y esa sonrisa tan traviesa...y tan suya.

Mi permiso de conducir australiano seguía ahí, sin convalidar. Al mudarme a Europa había olvidado hacerlo, y técnicamente, dejó de ser válido tras seis meses. Pero eh, nadie iba a darse cuenta. Sería solo un paseíto por la isla.

El móvil volvió a vibrar, esta vez con un número anónimo. Yo ya sabía quién era.

Doolan, como el arcángel Gabriel, siempre solía traer noticias. Pero, a diferencia del arcángel, las suyas siempre eran malas, así que respondí de mala gana.

—¿Qué pasa ahora, Doolan? ¿Me han multado por exceso de chistes?

La voz nasal de mi abogado resonó en el auricular desde una distancia de miles de kilómetros.

—Garrett, tenemos problemas.

—No me digas...

—Sí —continuó, con su típica inmunidad a la ironía—. Alicia ha presentado nuevos documentos. El juicio de custodia se adelanta, te

avisaré de la fecha. Tendrás que presentarte puntual, o pierdes a Addison definitivamente.

Cerré los ojos y tomé aire lentamente.

Debí haberle hecho caso a mi madre.

Si hubiera escuchado un poco más, ahora no estaría aquí, peleándome con mi exmujer por la custodia de nuestro terremoto de ojos negros y dientes mellados.

—¿Sabes la fecha? —murmuré, temiéndome que fuera la misma fecha en que Iris me necesitaba.

—No, pero ya te digo que será muy pronto. Ve comprando los billetes.

—Ya, pero no puedo dejarlo todo, así como así. Me ha surgido un problemilla fastidioso por aquí que debería resolver antes. ¿No puedes hacer que el juez entienda que vivo en la otra punta del planeta?

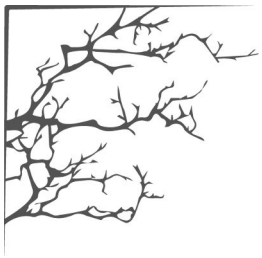
—Lo siento, Celestine. Tendrás que elegir entre ese "problemilla" o perder a tu hija. A no ser que te crezcan alas, o tengas una capa como la de Supermán.

Muy gracioso. Y luego era yo el de los chistes malos.

Cortó la llamada tras una breve despedida, y yo dejé caer el móvil contra la encimera, incapaz de elegir.

Si me marchaba a lidiar con Alicia, no podría ayudar a Teo. Pero dudaba que hubiera alguien en la agencia con más conocimientos que yo para sacarlo de ese embrollo en el que se había metido.

No tenía ni idea de cómo conseguiría hacerlo, pero necesitaba encontrar la manera de salvarlos a ambos... y rápido.



Oksana



Al bajar del ferry en Ibiza ya había anochecido. Me recibió el típico olor a combustible y a brea, y una oleada de viento fresco que contrastaba con el calor del barco. Me subí el cuello de la chaqueta y arrastré mi maleta mientras buscaba el maldito coche de Raoul, supuestamente conducido por Garrett.

Vi a lo lejos el todoterreno negro. No fue muy difícil distinguirlo entre los demás, porque estaba aparcado en doble fila, torcido y entorpeciendo el tráfico, ya de por sí denso.

No me extrañó en absoluto.

Garrett estaba apoyado en el capó, luciendo una sonrisa amplia y despreocupada, con una camisa de flores algo abierta en el pecho y esa típica aura de no tener prisa que conseguía irritarme de inmediato.

—¡He aquí la dama de hielo! —anunció, haciendo una reverencia exagerada que hizo que todos los rizos dorados se le pegaran al rostro con la brisa.

Levanté la mano en saludo. Luego abrí el maletero y lancé dentro mi equipaje, tratando de entrever quién más había en el vehículo a través de los cristales traseros tintados.

—¿Leonard y Mina? —pregunté mientras me acercaba al asiento del conductor.

—Sí. Están detrás —dijo Garrett, señalando con la barbilla.

—Perfecto —respondí—. Siéntate con ellos.

Enarcó las cejas, fingiendo shock.

—¿En serio no vas a permitir que conduzca?

—Por encima de mi cadáver —repliqué.

—Al menos déjame el asiento del copiloto, ¿no?

Gruñí, dudando. Pero Garrett sacudió la cabeza y dio la vuelta para ponerse en el asiento junto al del conductor. Mientras tanto, yo

me senté dentro y comencé a ajustar la altura del asiento y los espejos.

—Hola, ¿eh? —me saludó Mina desde atrás, poniéndome una mano en el hombro.

Me giré a mirarla, y por un instante, antes de que cerrase las compuertas de su mente, pude escuchar: «Siempre centrada en sí misma. Hay cosas que nunca cambian».

—Te he oído —murmuré.

—¡Perdona! Pero casi morimos en una catacumba. Lo mínimo habría sido, "Hola, Mina, ¿qué tal? Qué alegría verte... viva."

—Hola, Mina, me alegra verte viva —repetí con voz de loro—. Hola, Leonard, me alegra verte... lo que sea que estés.

Mina bufó.

—Un placer volver a verte, Oksana —respondió Leonard desde atrás, con su característica y soporífera gentileza.

Traté de leer su mente, pero los vampiros eran un poco más difíciles, y yo estaba bastante cansada. Sin embargo, me llegó algo desde el lado de Garrett: «Es una buena chica. Está agotada, la pobre.»

Garrett, siempre tan... puro y benévolo.

¿Cómo soportaba ser así 24/7?

Aunque luego añadió:

«Mejor que conduzca ella, porque mi carnet de conducir se lo compré a un falsificador turco en Kings Cross, y de paso me vendió un kebab...»

Bufé y puse el motor en marcha.

Aquello era el colmo.

—Vámonos a casa de una vez —dije malhumorada.

Garrett se rio por lo bajo, y me pregunté si aquello del falsificador lo habría pensado adrede para provocarme.

Por el retrovisor vi que Mina apoyaba la cabeza en el hombro de Leonard, y él parecía sorprendentemente cómodo con la situación.

Fruncí el ceño. ¿Cuándo leches había pasado *eso*? La última vez que los vi, apenas se conocían, y Mina no paraba de decir que estaba demasiado ocupada como para perder su tiempo con los hombres.

El mundo estaba peor de lo que pensaba.

Garrett notó mi expresión de asombro y señaló hacia atrás con cara de saberlo todo.

—¿Has visto? Esos dos tortolitos se han enamorado mientras tú estabas de vacaciones en Mallorca —comentó.

—No estaba de vacaciones —repliqué, mientras Mina abría la boca para protestar—. Estaba desintoxicándome de la estupidez reinante en el mundo. Spoiler: no funcionó.

El motor rugió suavemente, y me centré en sortear los vehículos que habían ido a recoger a otros pasajeros, y querían hacer exactamente lo mismo que nosotros. Por desgracia para ellos, no tenían tantas malas pulgas como yo, y eso los dejaba en desventaja.

Durante los primeros minutos reinó un silencio extraño en el coche, roto solo por los murmullos de Mina y Leonard en la parte de atrás.

Mina soltó una risita y le dijo algo al oído al vampiro. Este le dio un suave beso en los labios. Aquello era increíble. Un poco desagradable, incluso. Garrett los observó y sacudió la cabeza, dejando escapar un silbido bajo.

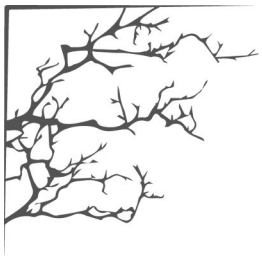
—¡Pero qué bonito! No sabía que también oficiaban bodas exprés en las criptas. Solo os daré un consejo: cuando firméis, no os olvidéis del acuerdo prenupcial, ¿eh? La mitad para cada uno... sin olvidaros de las antigüedades malditas. Y nada de tener niños. Que os saldrán con colmillitos.

Mina le dio un manotazo en la cabeza desde detrás, ofendida.

—¡Garrett! No seas idiota —dijo entre risas.

Garrett se rio también.

—Te lo digo por tu bien... Sabes que tengo demasiada experiencia con todo eso —dijo en voz más baja, aunque su tono se volvió sombrío hacia el final de la frase.



Oksana



Aparqué junto al paseo, muy cerca del bar Serenata Nocturna. Vi a Naomi, que pasó con prisas, cargando unos botellines de cerveza. Me saludó con un gesto de la barbilla, y una sonrisa de alivio se dibujó en su rostro al ver también a Mina, que me seguía a unos pasos, junto a Garrett y Leonard. Seguramente, no había hablado con ella desde que desapareció para terminar su misión en las ruinas de Edeta.

Por lo demás, las mesas de la terraza estaban llenas de gente, y el bar estaba tan animado como cada noche a esa hora.

Todo parecía seguir igual que siempre, a excepción de una cosa.

Teo no estaba allí.

Teo, el alma del Serenata, tanto la agencia como el bar, se había marchado con prisas a ayudar a Mina en su misión, prometiendo que regresaría en un par de días.

Pero no lo había hecho, y, por lo que yo sabía, quizás no lo hiciera nunca.

Miré a mi alrededor, pensando que quizás todo fuera un sueño. Una pesadilla. Un malentendido.

Por un instante, pensé en las semanas en que Teo y yo casi llegamos a ser algo, juntos... y en lo mal que salió aquel experimento. De tanto pensar en él, casi pude verlo asomar la cabeza a través de la cortina de cuentas que separaba la barra de la cocina.

Alguien me tocó en el hombro y me sobresaltó. Al girarme me encontré con los ojos de Iris, enrojecidos y enmarcados por profundas ojeras.

—Gracias por venir tan rápido —me dijo, señalando la mesa de la esquina, semioculta tras una palmera en maceta—. Johannes ya está aquí. Venid, sentaos con nosotros.

Me extrañé. Yo llevaba años en el Serenata, y Johannes, el socio de Teo, no había venido por allí jamás, que yo recordase. Todos hablaban de él a menudo, pero nunca se dejaba ver. Al parecer, desde que había conocido a su mujer, Patricia, se había asentado junto a ella en una villa en las afueras de Lausana, y ayudaba a Teo con el negocio a distancia. Era famoso por su escaso interés por salir o mezclarse con el resto de la gente, y sus hobbies algo inusuales. Dos cosas que yo podía comprender perfectamente.

Una cosa estaba clara: si Johannes había salido de Suiza, la situación era un auténtico código rojo, y seguramente estábamos al borde del colapso, de una guerra espectral o del mismísimo Apocalipsis.

Empujamos cuatro sillas más y las pusimos alrededor de la mesa, aunque era demasiado pequeña para tanta gente.

—Oksana —dijo Johannes—. Por fin nos conocemos en persona.

Lo reconocí de inmediato. Era un vampiro de miembros larguiruchos, tan blanco que era casi verde y con el pelo lacio y oscuro. Junto a él había una mujer despampanante de tez oscura, que no se le parecía absolutamente en nada y que sorbía un líquido rojizo de una copa de cóctel. ¿Patricia?

El hombre me tendió la mano.

—Johannes, supongo —dije, mientras Mina y los otros se acercaban y tomaban asiento—. Y Patricia. Es extraño veros aquí.

—Las situaciones excepcionales requieren medidas excepcionales —murmuró el vampiro, girando la vista hacia el mar, que rompía a lo lejos—. Mi viejo amigo nos ha metido a todos en un buen lío.

Naomi se acercó, con una gota de sudor en la frente.

—Garrett, ¿podrías venir a ayudarme en la barra? —dijo—. No puedo yo sola con todos los clientes.

—¡Por supuesto! —exclamó Garrett, levantándose como un resorte, pero Johannes le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—No, por favor, quédate, Celestine —dijo—. También te vamos a necesitar a ti.

—¿A mí? —preguntó Garrett, extrañado.

Naomi golpeteó el suelo con el pie, y un vaso vacío explotó en la bandeja que sostenía.

—Sí, muy bien —dijo de mala gana—. ¿Y entonces qué? ¿Me encargo yo sola de toda esta gente? ¿Os creéis que tengo superpoderes?

Patricia se levantó, empujando la silla hacia atrás sin hacer ruido alguno.

—Si me explicas cómo, yo puedo ayudarte —ofreció con su voz de terciopelo.

Naomi la miró, frunciendo el ceño.

No necesité escuchar sus pensamientos para saber que le preocupaba que la vampira se bebiese todo lo que había en la nevera secreta.

—Está bien. Sígueme —dijo con resignación, y ambas desaparecieron tras la barra.

Tras ellas quedó un silencio incómodo entre los reunidos: Mina y Leonard, pegados el uno al otro; Johannes, que no habría podido ocultar su condición de muerto viviente ni con una tonelada de maquillaje; Iris, con cara de funeral, y a mi lado Garrett, serio por primera vez desde que lo conocí.

—Bien —dijo Johannes lentamente—, supongo que todos sabéis por qué he convocado esta reunión de emergencia.

—No sé si acabo de entenderlo —lo interrumpí—. Solo me han dicho que Teo ha desaparecido en... —Carraspeé—. Todos sabemos dónde. Pero no entiendo cuándo, ni cómo, ni por qué.

—Estábamos en las ruinas —explicó Mina—, y encontramos unas inscripciones antiguas con un conjuro antiquísimo. Pensé que, si conseguíamos lanzar ese hechizo, conseguiría acabar con la maldición de mi familia...

—Un momento —la interrumpí—. ¿Te encuentras una inscripción misteriosa con un hechizo raro, y lo primero que se te ocurre es que está relacionado contigo? ¿Que lo han puesto ahí para que *tú* salves a tu familia? —pregunté, poniendo los ojos en blanco—. ¿No es una conclusión un poquito egocéntrica? Qué fuerte, Mina.

Mina resopló.

—¿Me dejas terminar, Doña Perfecta? Había ciertos indicios que me hicieron pensar que una antepasada mía había dejado esas pistas en las ruinas para mí, ¿me entiendes? No soy tan estúpida.

—Ya... Pero no era así —adiviné, y Leonard me miró con los ojos entrecerrados, casi como si estuviera a punto de saltarme al cuello y desmembrarme por mi atrevimiento.

Una de las cosas más importantes que aprendí en los años en que había "disfrutado" de mi don era que la gente siempre se creía el centro de todo lo que ocurría. Como Mina, en este caso.

Y otra muy importante era que, a la mayoría de las personas, yo les caía mal (como a Leonard), aunque casi todos trataran de ocultarlo, en mayor o menor grado.

—Tienes razón. Me equivoqué —admitió Mina, como era de esperar—. Aunque sí conseguí terminar con la maldición familiar, pero el precio a pagar fue muy alto. Abrimos un portal a la Oscuridad, y estuvimos a punto de liberar a un demonio muy poderoso...

Fruncí la nariz.

—¿Un demonio?

—Umbrael'Zathar —susurró Johannes, como si esa palabra debiera sugerirme algo.

—Ni idea —respondí—. No soy experta en ese tipo de bichos.

—El demonio más antiguo de las profundidades —aclaró Leonard con tono profesional.

—Maravilloso —comenté—. De modo que soltasteis a una criatura milenaria y perversa que, seguramente, pretende acabar con el mundo entero. ¡Eso me hace sentir increíblemente tranquila y segura! Es más, celebrémoslo... —Me giré hacia la barra—. ¡Naomi, tráeme un vodka!

Naomi me enseñó cierto dedo, y sus labios dibujaron las palabras: «Ven tú a por él, guapa.»

—¡Solo he dicho que estuvimos *a punto!* —replicó Mina con voz desquiciada, golpeando la mesa con ambas manos—. Teo lo impidió. Pero, para hacerlo, quedó atrapado en la Oscuridad. Y esa es la situación actual.

Así que eso era lo que había ocurrido.

Había esperado algo malo, pero no tanto.

Tragué saliva, sintiendo una oleada de desesperación sacudirme desde el centro del pecho. Si la historia era cierta, Teo estaba

perdido para siempre.

Cerré los ojos y tomé aire contando hasta diez, tratando de asimilar lo ocurrido. Entretanto, escuché a Iris sollozar en silencio.

Cuando volví a abrirlos, Mina le sujetaba la mano a Iris, y Garrett tenía la vista fija en mí, por motivos indescifrables y seguramente irrelevantes.

Nadie decía nada, aunque yo podía oír los pensamientos de Iris y Garrett, que curiosamente, coincidían en lo mismo: "¿Qué vamos a hacer ahora?".

Los míos eran más silenciosos, pero bastante parecidos.

—Dado que Theodore no está, me he visto obligado a tomar el mando de la agencia —anunció Johannes, dejando claro que eso jamás había formado parte de sus ambiciones personales—. Obviamente, debemos decidir el siguiente paso. Tenemos dos opciones: la primera es dar a Teo por muerto y seguir adelante, lo cual nos evitaría muchos riesgos, tanto a nosotros como a todos los habitantes de la Tierra, ya que el portal se mantendría convenientemente cerrado. —Hizo una pausa y nos miró, uno por uno—. La segunda es más arriesgada, y posiblemente una misión suicida, y supongo que ya imagináis en qué consiste.

Asentí, mientras los demás también lo hacían.

—Así que... —dijo Johannes para terminar—. Creo que deberíamos votar. Se hará lo que decida la mayoría.

—Un momento —dijo Iris con voz entrecortada—. Les mandaré un mensaje a Selena y a Raoul, que no han podido venir. Creo que ellos también deberían votar.

—Por supuesto —dijo Johannes, e hizo un gesto a Naomi y a Patricia para que se acercasen—. Que levante la mano quien piense que lo más sensato es dejar las cosas tal y como están y tratar de rehacer la agencia entre los que estamos aquí.

Nos miramos entre nosotros, mientras la tensión crecía en el aire.

Patricia levantó la mano.

—Creo que es una misión suicida —dijo—. Seguramente, ya está muerto. Voto en contra de ir en su búsqueda. Debemos concentrar los recursos en los vivos.

La miré, horrorizada.

¿De verdad había dicho eso en voz alta?

A continuación, Iris también la levantó.

Todos la observamos, en shock.

—Estoy de acuerdo. Creo que no debería morir más gente inocente. Así que me ofrezco a ir yo sola, para que no haya más víctimas. A mí no me importa. No tengo nada que perder.

—Iris, ¿te has vuelto loca? —le espetó Mina, con los ojos abiertos como platos—. Claro que no irás sola. Leonard y yo te acompañaremos a donde haga falta.

Iris sacudió la cabeza levemente.

—Cuantos menos seamos, mejor. Ya perdí a una hermana tratando de salvarla —dijo con voz queda—. Murió mucha gente inocente ese día, para nada.

—Yo voto a favor del rescate —replicó Mina firmemente—. Hay que ir a buscarlo.

—Iré donde vaya Mina —se unió Leonard.

—Tú no formas parte de la agencia —apuntó Patricia, descartando a Leonard con un gesto de la mano. Se giró hacia Iris —. Entonces, preciosa, ¿cuál es tu voto? No lo he entendido bien.

—Si me permitís ir sola, iré. Pero no quiero que se sacrifiquen otros. Es una locura.

—Lo interpreto como un no a la misión en grupo, entonces —dijo Johannes con absoluta frialdad—. ¿Qué dicen Selena y Raoul?

—No contestan —respondió Iris, tecleando algo en su teléfono—. Creo que Selena sigue en el hospital. Se encontraba fatal el otro día y le pusieron un gotero. No paraba de vomitar y Raoul tuvo que llevarla a urgencias, porque se mareaba.

—Le dije que no comiera *steak tartar* en ese sitio —comentó Naomi, encogiéndose de hombros—. No me hizo caso.

—Llama a Raoul —le ordenó Mina—. Él siempre contesta.

—¿Y vosotros? —preguntó Johannes, mirándonos a Naomi, a Garrett y a mí.

—Yo voto ir a buscarlo —dije sin dudarlo—. Para mí no hay otra opción posible.

Sin embargo, Naomi se mordió el labio, indecisa.

—Bueno, también debéis pensar que... —murmuró, con un tartamudeo muy poco propio de ella.

—¿En serio, Naomi? —grité, levantándome tan bruscamente de la silla que se volcó—. ¿En serio estás *dudando*?

—No tenemos experiencia con ese tipo de cosas —se excusó, haciendo levitar un par de cucharillas con los nervios—. ¡Es la maldita Umbrícora, Oksana! Creo que es demasiado peligroso, y que es muy probable que todos los que intenten entrar mueran. Y, si Teo se sumió en la Oscuridad junto a un demonio tan poderoso, ¿cuántas probabilidades hay de que siga vivo?

—Muy pocas —sollozó Iris, tapándose la cara—. Ninguna.

—Tres votos contra dos —dictaminó Johannes—. Como director en funciones de la agencia, voy a mantenerme neutral.

No podía creerlo.

¿Esta panda de ineptos iba a dejar que Teo se pudriera en el infierno, sin siquiera intentar salvarlo?

—Acaban de responder —dijo Iris—. Selena vota ir a por Teo. —Miró la pantalla de nuevo, como si algo no cuadrase—. Raoul... Raoul dice no.

—¡Esto es increíble! —grité, desquiciada—. Jamás imaginé que fueseis una banda de cobardes. ¿Os habéis dado un golpe en la cabeza, o qué?

—Lo de Raoul es inconcebible —dijo Mina, incrédula—. ¡Siempre consideró a Teo su alfa! ¿Qué motivo de peso podría tener para votar en contra! ¡Es absurdo! No lo entiendo.

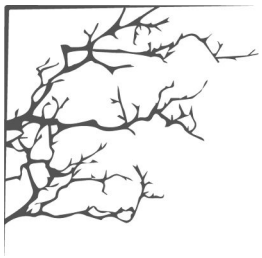
Garrett le lanzó una mirada extraña, que dejó claro que a él se le ocurría el motivo. Por desgracia, no pude captar lo que estaba pensando.

—Hagamos recuento —dijo Johannes, con tono absolutamente neutro—. Iris, Patricia, Naomi y Raoul... cuatro en contra. Oksana, Mina y Selena, tres a favor.

—Son cuatro —insistió Leonard—. Theodore me contrató. Y soy el único capaz de descifrar los jeroglíficos de esas ruinas. Creo que mi voto debería contarse.

—Bien, si insistes. Cuatro contra cuatro —dictaminó Johannes—. Tenemos un empate. ¡Así que decidirá el cocinero! —Todos nos

enfocamos en Garrett, que de pronto pareció hacerse más pequeño en su silla—. Garrett, dinos... ¿qué hacemos?



Garrett



Nunca pensé que terminaría siendo responsable de mandar a varias personas al infierno, pero ahí estaba, frente a todos mis compañeros de trabajo y con el destino de otras personas en mis manos.

Yo, el cocinero, el último mono de la agencia, de pronto tenía voz y voto y todo dependía de mí. La ironía del destino.

—Con todo el respeto, creo que no deberíamos dejar una decisión tan importante en manos de un simple cocinero de bar —dijo Leonard, no sin cierta altivez.

No me ofendí. En vez de eso, se me escapó una media sonrisa. Sin duda, el joven arqueólogo temía que un humilde cocinillas como yo fuera demasiado cobarde, o incapaz, para su importantísima misión.

—Estoy de acuerdo con Leonard —respondí, mirando a Johannes —. Es más; no me interesa este tipo de responsabilidad. Puedo dar mi opinión, pero no creo que deba ser yo quien decida nada.

Johannes frunció los labios, dudando.

En ese instante, una mujer con un vestido teñido de mil colores se nos acercó por detrás. No necesité darme la vuelta, ni ver sus largos cabellos negros con destellos plateados, para saber de quién se trataba. Me bastó con la energía oscura que desprendía, propia de los seres de las profundidades.

—Creo que deberíais de haberme invitado a esta reunión —dijo la mujer con tono de reproche.

—Vanessa —la saludó Oksana. En su voz no había alegría alguna.

El resto la miró como a una intrusa.

—Disculpe, señorita —dijo Johannes—. Esto es una reunión privada.

Los hombros delicados de Vanessa se agitaron en una risa contenida.

—Huelo el azufre de los infiernos desde mi tienda. ¿Me equivoco? Y os digo por adelantado que, sin mí, estaréis muertos antes de tocar el fondo de ese agujero.

—¿Quién ha hablado con esta? —preguntó Oksana, escandalizada.

Iris se mordió el labio y alzó la mano con timidez.

—¿Qué? —exclamó Oksana dirigiéndose a Iris—. ¿Por qué harías algo así? ¿Se lo has contado a *ella*? ¡Es información confidencial!

—Vanessa tiene sangre demoníaca —susurró Iris—. Y conoce muy bien a Teo. Pensé que podría ayudarnos.

—No me parece buena idea —dijeron Oksana y Mina a coro.

—No me fío de los demonios —sentenció Mina cruzándose de brazos—. ¡Y encima es su ex! Ha intentado volver con él mil veces, sin éxito. ¿Quién nos dice que no está tratando de vengarse, o algo peor?

—Es la *tataranieta* de un demonio —apuntó Iris—. Eso no significa que sea una de ellos.

—Yo nunca he tenido nada serio con Teo —replicó Vanessa con los ojos entrecerrados.

Bueno, ahí le habría llevado la contraria. Pero, seguramente, ella había olvidado muchas situaciones embarazosas, gracias al don de los vampiros de borrar cosas de la memoria de sus víctimas.

—¿Has estado alguna vez en la Umbrícora? —preguntó Mina, desafiante.

Vanessa sacudió la cabeza, casi riendo.

—Eso no importa. Sé qué aspecto tiene el inframundo, y seguramente encontraría el camino mejor que vosotros ahí abajo, por puro instinto.

—El aspecto con el que se muestra la Umbrícora es distinto para cada uno —comenté con tono casual—. Suele tomar la forma de tu peor pesadilla, o de algo que jamás conseguiste superar.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Vanessa sin malicia, más bien con curiosidad.

Ladeé la cabeza y la analicé con cuidado. No tenía permiso para hablar demasiado, pero si me quedaba callado y me guardaba lo que sabía, Teo jamás regresaría de los infiernos.

—Sé... algunas cosas que me contó mi madre —dije finalmente, lo cual no era del todo mentira.

Johannes se encogió de hombros y miró a Vanessa con dudas.

—En fin, si la tataranieta del demonio ya está aquí, que se quede, aunque no podrá unirse al equipo en caso de que se apruebe la misión —dijo Johannes—. Supongo que no nos vendrá mal tener a dos expertos en la Umbrícora entre nosotros.

—¿Dos? —preguntó Mina, sorprendida, y miró a Leonard.

—Yo soy experto en lenguas arcaicas —replicó Leonard—, pero no me consideraría un experto en...

Johannes negó con la cabeza y me señaló a mí.

—No. Él.

—¿Tú? —me preguntó Oksana, escandalizada.

Ja. Eso sí que no se lo esperaba nuestra Dama de Hielo, ¿eh?

—Es cierto que he visitado la Esfera Oscura un par de veces —admití—. Pero de eso hace ya... mucho tiempo.

Mucho más del que ellos pensaban.

—¡Garrett, por favor! —rio Vanessa, agitando su larguísima melena, que olía inicialmente a flores, pero si te fijabas, también a madera de pino chamuscada—. Uno no va a la Umbrícora a pasar el verano. ¿Qué tonterías estás diciendo?

La amonesté con una mirada fulminante.

Mis historias eran mías para contarlas, y lo haría cuando considerase oportuno.

—Tengo conocimientos acerca de los diez círculos de la Umbrícora —afirmé.

Leonard enarcó las cejas.

—Querrás decir, los *nueve* círculos —me corrigió—. La *Divina Comedia* de Dante deja claro que...

—No. He dicho *diez*. Dante se equivocaba en muchas cosas. Y si Teo sigue con vida, solo podremos encontrarlo en el décimo. El más profundo. Aunque estoy de acuerdo con los que dicen que la probabilidad es muy baja. Es más, si Teo fuera mortal, lo descartaría por completo.

—Si ella va, yo me quedo —dijo Mina cruzándose de brazos y señalando a Vanessa.

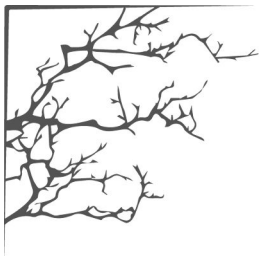
—Sabes que no lo harás —replicó Oksana, poniendo los ojos en blanco.

Sonreí. Todos sabíamos que Mina iría a cualquier parte para enmendar su terrible error.

—De todos modos, Garrett aún no ha votado —dijo Johannes de pronto.

Todos se acordaron de mí. Era cierto: todavía no había votado. Carraspeé un poco, sintiéndome incómodo al ser el blanco de tantas miradas.

—Creo que está claro —respondí con calma—. Es nuestro deber salvar a Teo. Todos los que estamos aquí le debemos algo, y ha llegado el momento de que devolvamos esas deudas.



Garrett



Hampshire, Inglaterra, 1863

Seguramente fui uno de los pocos miembros del Serenata Nocturna, si no el único, que conoció a Theodore d'Alessandro cuando él todavía era mortal. Lo vi dos veces antes de su transformación. La segunda de ellas fue la más impactante, y marcó todo lo que vendría después.

Aquella noche me encontraba de patrulla, enviado a Hampshire por una alerta menor. Nada que debiera inquietarme, según La Jefa. Quizás algún intento leve de apertura de portales por parte de algún Liberador de poca monta, o algo por el estilo.

Sin embargo, aquel día, el azar me arrastró a un suceso que cambió el curso del resto de mi vida... y también, de la suya.

No esperaba encontrar nada particularmente interesante, así que me senté, armado de paciencia, sobre el campanario de una pequeña iglesia románica. El edificio era sólido, de sillares grises, y a su lado se extendía un pequeño cementerio rural, impregnado de humedad y aroma a hierba recién segada. El lugar debería haber estado en calma, pero aquella noche tres criaturas lo perturbaban: dos vivos y un no-muerto; los tres buscando algo, aunque solo uno hallaría lo que deseaba.

Escuché las voces de los dos jóvenes, arrodillados frente a una tumba reciente. La tierra aún estaba algo suelta sobre ella, con la hierba apenas brotando. En la lápida, se leía:

«Winifred d'Alessandro, esposa y madre. D.E.P.»

Ah, sí, Winifred d'Alessandro, nacida Locket.

Aquella mujer había estado durante décadas bajo vigilancia estricta, tras catorce intentos de necromancia y numerosos conjuros

de magia negra. En teoría, había fallecido por una fiebre súbita meses atrás. A ojos del mundo, fue una dama de buena cuna, venida a menos por un mal matrimonio con un comerciante extranjero que no resultó ser todo lo que aparentaba. Pero para quien sabía mirar más allá, fue una de las brujas de magia negra más peligrosas de su tiempo. O de todos los tiempos, incluso.

Tendría que consultar su ubicación con La Jefa, porque dudaba que de verdad se encontrara bajo tierra, en esa tumba, o que su supuesta muerte por fiebre tifoidea fuera real. Alguien como ella habría elegido la Oscuridad como patria de serle ofrecida, y desde luego lo había intentado muchas veces.

Por suerte o por desgracia, su hijo menor, Emmanuel, había heredado muchos de sus talentos. Seguramente, por eso me habían mandado llamar Los De Arriba. Para asegurarme de que no se pusiera a jugar a los nigromantes, como su madre.

Los dos hombres se agacharon sobre la tumba, y uno de ellos, que parecía el mayor, limpió de polvo las letras de la lápida. Era rubio, de ojos claros y rostro serio. El otro, más joven, con el cabello castaño y revuelto, sostenía entre sus manos un cuaderno y una piedra azul pulida, y se revolvía impaciente, como si no pudiera contener la emoción por lo que estaban a punto de hacer.

—¿Estás seguro de esto, Emmanuel? —susurró el joven rubio, pateando un terrón de barro con desgana.

—¡Pues claro! ¿Es que temes a los fantasmas, hermano?

El rubio se encogió de hombros. Apoyó sobre la lápida la linterna de aceite que llevaba, sujetándola del asa para que no se volcase.

—No es eso —murmuró—. Pero hay algo raro en el aire esta noche. Quizás deberíamos volver otro día.

—¡No seas gallina! Solo déjame probar la llave y recitar el pasaje, tal y como explican los apuntes de madre. ¿Imaginas que funciona? ¡Sería increíble! —respondió el pequeño, eufórico—. Confía en mí, hermano.

—Siempre confiaré en ti. Pero ambos sabemos que los hechizos de madre eran todo menos inocentes. ¿Y si sale mal?

—¿Qué podría salir mal? Lo peor que puede pasar es *que no pase nada*, como siempre. ¿Y acaso no te gustaría volver a verla?

¿Preguntarle qué opina de tu boda con Caroline?

Su hermano asintió, y se agachó a proteger la lámpara, que el viento amenazaba con apagar.

—Eso es cierto.

—¡Vamos a conseguirlo! ¿No lo sientes, Theodore? Está cerca.

Me froté los brazos, aunque en aquella época era incapaz de sentir frío. Yo también sentía algo extraño flotando en el aire. Fuera lo que fuese, no auguraba nada bueno. Tenía órdenes de no intervenir a no ser que hubiera un peligro expreso para el equilibro de las cosas. De modo que no lo hice. Simplemente permanecí allí, observando a aquellos dos jóvenes, a punto de invocar a un espíritu que habría estado mejor dormido.

Una brisa fría los envolvió. El mayor se estremeció, aunque el otro no lo notó. Estaba ya absorto en la lectura de un pequeño cuaderno forrado en cuero.

A su alrededor, la niebla se espesó. Emmanuel colocó la piedra azulada en una oquedad la losa, y encajó con un leve destello. Luego comenzó a leer con voz temblorosa, a la luz de la linterna de aceite:

«Álzate, espíritu de fuego y sangre;
Cruza el velo que los vivos temen,
Acude a mi llamada, ¡ven!»

La tierra tembló.

A partir de la oquedad donde se encontraba el cristal, una grieta comenzó a abrirse, desgarrando la base de la tumba con un sonido brusco que parecía venir de muy hondo. El viento se extinguió de golpe y los pájaros nocturnos huyeron en desbandada.

La grieta se convirtió en un pozo sin fondo, y de ella emergió la sombra de algo espeluznante, que nunca pensé que se asomaría a esta esfera.

—Acudo a vuestro llamado, mortales —tronó una voz de ultratumba.

Theodore se quedó paralizado, completamente lívido. Pero Emmanuel mantuvo la compostura, y con voz temblorosa, respondió.

—Nos envía nuestra madre, sierva de la Oscuridad.

—Conozco a vuestra madre —gorgoteó la criatura desde las profundidades—. Está aquí.

—Deseamos verla de nuevo —dijo Emmanuel con increíble valentía.

—Dejadme salir y podréis verla —dijo la criatura, alzándose como humo sobre el cementerio—. La traeré a vosotros.

Theodore dio un paso atrás, negando con la cabeza.

—No. Emmanuel, no...

—No tenemos el poder necesario para permitiros salir, oh mi señor —respondió Emmanuel.

—En ese caso, entrad. Pero sabed que aquel que entre jamás podrá regresar. ¿Aceptáis igualmente?

Theodore miró a todos lados, buscando una escapatoria. Pero Emmanuel asintió, con los ojos nublados, como en trance.

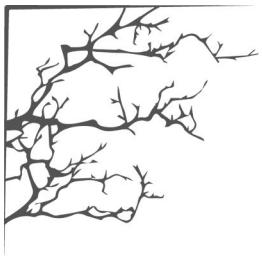
—De acuerdo —respondió Emmanuel, ignorando a su hermano y dando un paso hacia la grieta—. Acepto.

—¡Emmanuel, no! —gritó Theodore, tratando de impedir que su hermano avanzara.

Antes de que Theodore pudiera hacer nada, el demonio absorbió a Emmanuel hacia las profundidades.

Después, otra criatura de aspecto semihumano emergió del abismo. Pudo haber sido un vampiro, muchos siglos atrás, aunque ahora era un monstruo deforme, hecho de membrana, hueso y colmillos. La criatura se abalanzó sobre el cuello de Theodore, que no alcanzó a escapar ni a gritar. Su cuerpo se sacudió violentamente y al poco cayó al suelo, inerte.

Nunca se volvió a saber de Emmanuel, pero Theodore sí abriría los ojos de nuevo. Pero, desde entonces, jamás volvió a ser el mismo.



Oksana



Nuestro coche de alquiler avanzaba a paso de tortuga por una carretera secundaria, de camino a las ruinas de Edeta. Mina se había empeñado en conducir, y, según ella, la velocidad generaba demasiado CO_2.

—El compromiso ecológico con el planeta es de suma importancia —nos adoctrinó mientras nos adelantaba una carreta tirada por burros en una carretera secundaria.

Me mordí la lengua, por tercera vez en media hora.

—¡Por supuesto, Mina! —dijo Garrett desde el asiento de atrás—. ¡Lo importante es que lleguemos antes de la jubilación, y cada año sube más la edad, así que no veo problema alguno!

Me giré y lo vi con la frente apoyada contra la ventanilla, mirando los campos verdes con aire soñador. Llevaba así desde que desembarcamos del ferry en Denia. Cualquiera diría que era un niño que subía por primera vez en un vehículo, y no un hombre de treinta y tantos años, hecho y derecho. Siempre me había fascinado la pureza y candidez de Garrett. Era de los pocos que solía decir lo que pensaba. Las pocas veces que me había esforzado por leer la mente de Garrett, solo había encontrado en ella pensamientos sencillos, casi siempre benévolos, dirigidos hacia el mundo que lo rodeaba.

Sinceramente, me resultaba imposible imaginar ser así.

Había demasiadas cosas que estaban mal en el mundo como para ser positivo todo el día.

Solo de pensarlo me sentía agotada.

Desde el puerto habíamos tomado la carretera nacional hacia el interior valenciano, y lo que debería haber sido un viaje de tres horas se estaba alargando hasta límites exasperantes, mientras la puesta del sol se acercaba.

—Habrá que parar a repostar —anunció Mina a mitad de camino —. No sé qué hicisteis el otro día entre tú y Garrett, pero os

fundisteis medio depósito.

—Somos los diablos de la carretera —bromeó Garrett—. Ya viste que salía humo del asfalto cuando os recogí del aeropuerto.

—El único diablo que conozco es Vanessa, pero por suerte Johannes no le dejó venir —comentó Mina—. Y no lo digo porque sea mala persona, pero he tenido muy malas experiencias con demonios, así que prefiero que se mantenga alejada, por si acaso.

—En teoría, Leonard y tú tampoco vais a venir —comenté—. Ya oíste a Johannes: solo Garrett y yo. Él, por su experiencia en el inframundo, y yo, por mi telepatía. Vosotros solo debéis acompañarnos hasta el portal y abrirlo, tal y como hicisteis la otra vez. Nada más.

—Eso lo veremos, guapa —replicó Mina.

—Pobre Iris —comentó Garrett, cambiando de tema antes de que Mina se encendiese—. Estaba empeñada en acompañarnos. Pero me alegro de que Johannes no se lo permitiese. Cuando uno está tan alterado, es difícil pensar con claridad.

—En su estado mental actual, habría sido más un lastre que otra cosa —dije encogiéndome de hombros. Luego señalé a la derecha y me dirigí a Mina—. Detente ahí.

Junto a la carretera había una gasolinera algo ajada, pero abierta. Mina se detuvo junto al surtidor. Tenía cara de estar midiendo las emisiones de gases venenosos a ojo.

—Voy a entrar a pagar —dijo Garrett—. ¿Alguien me acompaña al minimarket?

Negué con la cabeza. Era mucho más interesante quedarme ahí y observar a Mina mientras sujetaba la manguera con las puntas de las uñas, esforzándose por no tocarla, por miedo a los aditivos tóxicos. Obviamente, también se negaba a usar guantes de plástico de un solo uso, lo que hacía que repostar fuera para ella un auténtico infierno, aunque resultaba muy divertido para mí, como espectadora. Intenté sintonizar con sus pensamientos solo por entretenimiento, y conseguí captar varios improperios justo antes de que alzara las barreras y me dejase fuera.

—¿Crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? —me espetó, mirando el contador de la gasolina con mal humor.

—Eres mucho más divertida que la tele —repliqué.

—¿Por qué no entras y me compras una manzana, en vez de estar ahí burlándote?

—¿Una manzana? —repetí, incrédula.

Entre todas las cosas que yo habría elegido como merienda en una gasolinera, una manzana habría estado, seguramente, en el puesto 1427, o más.

Aun así, entré. Quizás encontrase también algo para mí.

Garrett estaba apoyado en el mostrador, socializando con la dependienta: una chica de veintipocos con el uniforme de la estación, anudado como si fuera un *crop top*. Masticaba chicle y sonreía, seguramente contenta de que algún ser humano hubiera dado con esa gasolinera perdida y quisiera darle conversación.

—Así que te llamas Garrett, ¿eh? —decía la chica, repasándolo de arriba a abajo—. ¡Tienes nombre de vaquero!

—Ya, si pudiera, me lo cambiaría. Pero fue lo primero que se me ocurrió cuando conocí a mi exmujer. ¡Lo vi escrito en la gorra de un repartidor! Luego, una cosa llevó a la otra, y ahora ya es demasiado tarde para explicarle a todo el mundo que me llamo de otra forma.

La chica estalló en carcajadas.

—¡Eres muy gracioso!

Solté un bufido, harta de verlos flirtear sin hacer nada.

—Hay gente esperando —gruñí, mientras los pensamientos de la cajera resonaban a gritos: «¡Es guapísimo! ¡Y mira esos bíceps! ¿Vivirá cerca de aquí?»—. Necesito una manzana —dije con voz seca —. ¿Dónde están?

Garrett se giró con aire inocente.

—¿No prefieres un donut?

—Yo sí, pero no es para mí.

—¡Te lo traigo! —anunció y salió pitando.

—Voy a ver si tengo alguna manzana dentro—dijo la chica, y desapareció también en la trastienda.

Mina volvió en ese momento y alzó una ceja al verme mascullar improperios en ruso.

—¿Todo bien? ¿Por qué tardáis tanto?

—Pff. Era Garrett. Estaba flirteando con la dependienta y no podía comprar tu manzana.

—Es su superpoder —dijo Mina encogiéndose de hombros—. Haría amigos con las piedras. Hay quien mueve objetos con la mente, y hay quien mueve conversaciones.

—También mueve mis ganas de lanzarlo por un barranco, cuando se pone así —dije con hastío.

Garrett volvió con dos donuts y un puñado de servilletas.

—Para ti —me dijo, ofreciéndome uno cubierto de chocolate de color rosa.

—¿Qué es esto?

—Un regalo. ¡Vamos, acepta!

Solté un gruñido, pero le quité el donut.

Tenía glaseado de fresa, maldita sea.

Era mi sabor favorito.

Regresamos al coche, y Garrett se paró a felicitar a una señora por su "precioso" chihuahua, y a comentarle a un camionero que tenía una rueda ligeramente deshinchada.

—¿Siempre hablas con todo el mundo? —le solté a Garrett cuando por fin subimos de nuevo al coche.

—Pues claro. ¿Para qué quieres estar en el mundo, entre la gente, si no aprovechas para hablar y aprender de ellos? —respondió con una sonrisa amplia, como si fuera la cosa más obvia del universo.

—Pues... no sé. ¿Para disfrutar odiándolos en silencio? —aventuré.

Él soltó una carcajada y me guiñó un ojo. Seguramente no sabía que yo le había respondido totalmente en serio. Mina puso los ojos en blanco desde el asiento del conductor, pero pude verla a través del espejo.

—¡Basta de tonterías, chicos! —dijo, girando la llave en el contacto—. Portaos bien, que ya falta poco. Leonard me ha escrito y dice que ya está en las ruinas. Hasta que oscurezca, nos esperará en la cripta de la iglesia, al resguardo del sol. Después saldrá a echar un vistazo por fuera.

—Ah, yo creo que, con la velocidad que llevamos, cuando lleguemos estará esperando en la calle, sin duda —comentó Garrett.

Mina arrancó, y mis pensamientos divagaron hacia la misión incierta que nos esperaba.

Ni siquiera sabía bien a dónde íbamos, ni qué haríamos allí. Johannes, además, había sido muy claro: nada de voluntarios adicionales; solo los mínimos para que fuese factible, ya que era todo demasiado arriesgado. Aunque no lo dijese claramente, existía una alta posibilidad de que aquellos que cruzasen el umbral nunca más pudieran volver a salir.

Si pasar al otro lado era difícil, regresar sería casi imposible. No era una misión suicida, pero sí lo más cercano a una con lo que nos habíamos enfrentado.

Pero a mí, en este momento de mi vida, me daba todo igual. No tenía familia cercana que me importase. Mi telepatía se estaba disipando a pasos agigantados. No tardarían mucho en echarme de la agencia, o en excluirme de las misiones hasta que no fuese más que una simple camarera, en otro bar de Ibiza aparentemente igual a los demás.

Si existía la posibilidad de salvar a Teo, estaba más que dispuesta a correr el riesgo. Y era mucho mejor que lo hiciera yo, y no Iris o Naomi.

En mi mente, era como ese último castillo de fuegos artificiales antes de terminar la fiesta.

—Por cierto —comentó Mina, sacándome de mis pensamientos—, ¿qué tal fue esa cita con el relojero? Ese con el que quedaste antes de que Leonard y yo fuéramos a las ruinas.

—Mal —respondí a secas.

—¿Sí? Parecía simpático cuando vino a recogerte. Y bien vestido.

—Tenía tres hijos.

—¿Y? Los niños son monos.

—¿Tú me ves a mí viviendo con niños? —Resoplé, apartándome el pelo de la cara—. ¿Me imaginas de *figura materna?*

Mina apartó la vista de la carretera por un instante y me miró. Finalmente, echó a reír.

—No, la verdad es que no. Supongo que hiciste bien cortando aquello de cuajo antes de que fuera a más. Desde luego, habría sido difícil para alguien como tú.

Garrett murmuró algo desde el asiento de detrás, pero el ruido del motor apagó su voz, y ninguna se molestó en pedirle que lo repitiese.

Cuando alcanzamos las afueras de Llíria, estaba prácticamente oscuro. Subimos por la carretera que serpenteaba hasta el antiguo Monasterio de San Miguel. Desde arriba, las luces comenzaban a encenderse en las casas del pueblo. La explanada frente al monasterio, cercana al camino de piedras que llevaba a las ruinas, estaba vacía y polvorienta. No había turistas ni caminantes tras el anochecer, en un día cualquiera entre semana.

Mina aparcó sin prisas, y Leonard salió a saludarnos. Garrett bajó de un salto, estirando los brazos y bostezando.

—¿Entonces es aquí? —pregunté, sin moverme del asiento.

Aquello no tenía pinta de ser un portal a otra dimensión, ni por asomo.

—Sí —respondió Mina, abriendo el maletero—. Las ruinas de Edeta están más abajo, desde aquí no se ven bien. Pero el portal está bajo el monasterio.

Señaló hacia la ladera, ahora iluminada solo por la luna. Apenas se veía el borde de unos muros derruidos, a lo lejos. El aire olía a tierra y a tomillo seco, y se oía el canto de los grillos entre la maleza.

Leonard se nos acercó, vestido con un abrigo largo y oscuro. Besó a Mina y nos saludó a los demás con la mano.

—Otra vez aquí —le dijo Mina, bajando la mirada con algo de tristeza.

—Es hora de terminar con los asuntos pendientes —respondió Leonard, abrazándola más fuerte.

Me resultaba extrañísimo verlos juntos.

A decir verdad, me resultaba insólito ver a Mina con alguien. La conocía desde hacía años, y en ese tiempo jamás tuvo novios ni parejas. Que yo supiera, ni siquiera flirteaba nunca con nadie. Era surrealista verla abrazada a ese hombre, a ese *vampiro*, como si se conocieran de toda la vida.

La verdad, no me imaginaba a mí misma haciendo el ridículo así. No tenía ni tiempo ni ganas para esas cosas y, además, ya me había quemado una vez, y no pensaba volver a arriesgarme de nuevo. Prefería dedicar mi tiempo y recursos a hacerme manicuras y comprar bolsos.

—Venid por aquí —dijo Mina.

Ella y Leonard nos condujeron por una puerta que llevaba a un patio con un pozo cubierto. Mina le lanzó una mirada preocupada al pozo, pero no dijo nada. Continuaron hasta una puerta lateral de madera que se abría hacia la nave silenciosa de la iglesia de San Miguel.

—Qué curioso que esté abierto a estas horas —comentó Garrett.

La mirada que le devolvió Leonard dejó claro que no estaba abierto al público; solo para nosotros.

Leonard se situó tras el altar y se arrodilló. Cualquiera diría que estaba a punto de oficiar una misa negra. Me reí por lo bajo al imaginarlo. Garrett se giró a mirarme, sorprendido, con las cejas arqueadas. Cualquiera habría dicho que nunca me había escuchado reír.

—Venid —dijo Leonard, apoyando las manos sobre la mesa de piedra—. Hay una palanca bajo el altar, justo aquí. Presionándola se abre una trampilla, que lleva a la cripta de la iglesia. De ahí se accede a un pasadizo, que termina en el portal que buscamos.

Asentí con firmeza.

—Bien, ¿a qué esperamos? —dije con un paso al frente—. Bajemos ahí de una puñetera vez. Acabemos con esto.

Garrett negó con la cabeza.

—No es buena idea. Esta noche deberíamos descansar. Además, hay que trazar un plan detallado, antes de lanzarnos a lo desconocido.

—Ya lo hicimos anoche, con Johannes —repliqué—. Ellos dos abren el portal. Tú y yo entramos y sacamos a Teo de ahí. Simple.

—No es tan sencillo, Oksana —dijo Garrett, y una mueca de dolor distorsionó su rostro—. Ahí abajo puede haber cosas espantosas, incluso peores que la muerte. No hablo solo de monstruos. Hablo de recuerdos traumáticos. De decisiones equivocadas que te persiguen.

De partes tuyas que pierdes en las profundidades, y ya nunca vuelven contigo. Imagina la Oscuridad más aterradora que hayas visto jamás, multiplicada por mil...

—Tenemos linternas —objeté, ignorando su perorata dramática.

Mina frunció el ceño, y noté que Leonard le rodeaba la cintura con el brazo.

—Me preocupa que nos estemos precipitando —confesó Garrett, suspirando.

—Puede que tengas razón —asintió Mina—. Lo poco que pude ver fue terrorífico. No quiero ni imaginar cómo será meterse ahí dentro.

—¿Y entonces qué proponéis? —les espeté—. ¿Esperar a que los astros se alineen? ¿Os dais cuenta de que, a cada minuto que pasa, la probabilidad de encontrarlo vivo disminuye?

Di un paso hacia Garrett, desafiándolo.

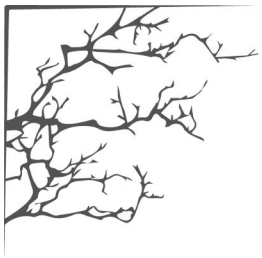
Él bajó la vista. Su silueta, antes imponente, se encogió un poco.

—Tienes razón, Oksana. Pero me preocupa lo que podría ocurrir si no nos preparamos correctamente —confesó.

—¿Cómo se prepara uno para bajar a los infiernos? —pregunté, cruzándome de brazos—. ¿Existe el momento perfecto para hacerlo?

—No —admitió—. Pero debemos tener cuidado. No tengo miedo por mí mismo, sino por aquellos a los que dejamos atrás, y que sufrirán si no regresamos.

—Por eso mismo, yo ya no tengo miedo a nada —respondí, encogiéndome de hombros y sosteniéndole la mirada—. Cuando lo has perdido todo, el miedo se vuelve irrelevante.



Oksana



Ocho años atrás

El recuerdo de esa noche me asaltaría en sueños cada día del resto de mi vida.

Quizás no fue la noche en que lo perdí *todo*, pero sí aquella en la que mi vida comenzó a derrumbarse, de manera estrepitosa.

Cumplía diecisiete años. Mis padres habían salido a pasar el fin de semana a Mónaco, y me dieron permiso para invitar a algunos amigos a mi fiesta de cumpleaños.

Decir "amigos" era quizás decir mucho, ya que la mayoría de gente en el instituto me tomaba por una rara; o simplemente me odiaban por ser extranjera, porque a mi padre le iba bien en los negocios, o porque sacaba buenas notas con muy poco esfuerzo.

Pero, a pesar de todo eso, por aquel entonces yo era una simple adolescente, y como la mayoría de chicas de mi edad, tenía ciertas debilidades irracionales e inútiles.

Mi debilidad, para ser más concretos, medía casi dos metros de altura, tenía ojos grises y el pelo negro cortísimo y tupido. Se llamaba Artem Orlov, tenía orígenes eslavos como nosotros, y estudiaba un curso por encima del mío, en la misma escuela internacional.

Y yo, por desgracia, estaba obsesionada con él.

Así que los invité a todos para disimular, y para asegurarme de que viniera. Invité incluso a aquellos que me caían realmente mal, solo porque eran amigos de Artem.

Mi familia vivía en una villa en la Côte d'Azur, con fachada de piedra clara, persianas verde menta y un jardín lleno de buganvillas. Además, teníamos una espléndida piscina en el jardín trasero, lo cual

creó bastante expectación entre los invitados, que se emocionaron al imaginar una fiesta por todo lo alto.

Era la primera vez que traía a casa a tanta gente. Quizás me emocioné y se me fue de las manos. Aun así, sus pensamientos, tan transparentes para mí, ya me habían revelado la verdad. Todos se morían por estar en la lista de invitados. Una fiesta en la piscina era un lujo relativamente exótico, al que nadie en el instituto podía negarse, por muy mal que yo les cayera.

—¿Puedo quedarme un rato con vosotros? —preguntó mi hermano mientras yo ordenaba la casa frenéticamente, antes de que llegara todo el mundo.

Con los años, mi hermano Mitya había comenzado a dejar atrás su mutismo selectivo, aunque seguía siendo tímido y callado. Se había convertido en un preadolescente delgado, con las orejas demasiado grandes y ese aire frágil que lo hacía parecer siempre a punto de romperse.

Dudé ante su petición de asistir a la fiesta.

Mis padres lo habían dejado a mi cargo, y habría preferido que Mitya se encerrase en su cuarto, apartado de los brutos de mi instituto. Pero era comprensible que no quisiera hacerlo. Además, era muy sensible al ruido, e imaginé que la música le impediría dormir.

—Está bien —accedí—. Pero solo hasta las doce. Luego te pones los tapones en las orejas y a la cama, ¿entendido?

Mitya asintió, contento, aunque yo me arrepentí de inmediato.

Un mal presentimiento me recorrió el cuerpo.

Las primeras en aparecer fueron Emily y Anya, con medias de rejilla negras y cigarrillos ocultos en las botas. Después llegó el grupo de Oliver. Traían champagne barato y dos botellas de licor robadas de la alacena del padre de alguien. Alguien trajo un pastel casero, que yo corté con cuidado y serví en la mesa que había sacado al aire libre y adornado con farolillos, cerca de la piscina. Sin saber bien por qué, me llevé el cuchillo de tarta de vuelta a la cocina y lo escondí debajo de unos trapos. Habría mucha gente en la fiesta, y algunos de los chicos eran propensos a pelearse cuando bebían demasiado. Si alguien hacía alguna tontería y mi padre se enteraba,

me mandarían a un internado en Suiza... y no volvería a ver a Artem.

Justo entonces, como si lo hubiera invocado de tanto pensar en él, Artem hizo su aparición. Lo acompañaban tres chicos que conocía de vista: Julien, Alex y Nico. Artem traía un ramo de flores blancas, que me entregó sin mayor ceremonia.

—Feliz cumpleaños, *Ksanushka* —me dijo en ruso, acompañando las palabras con un beso fugaz en la mejilla.

Mi corazón pareció detenerse por un instante, pero lo que realmente me heló fue lo que pude escuchar en su mente: *«Wow, está como un tren. Me la llevaría a la habitación de invitados ya mismo.»*

Abrí la boca, incapaz de articular una palabra ante aquella revelación, y la cerré rápidamente, aún en shock por el descubrimiento. Quizás esas no fueran las palabras más románticas, pero estaba habituada a escuchar las mentes de los chicos de mi instituto. Sabía que, para alguien como Artem, aquello era lo más cercano a un pensamiento romántico.

—Yo... Gracias por las flores —respondí, con una sonrisa tensa.

Sus amigos me miraron con descaro, y sentí que mi estómago se retorcía.

—Feliz cumpleaños —dijo Alex, sonriendo de oreja a oreja, aunque en su cabeza añadió: *«Artem no te trae flores porque le gustes, idiota. Qué ingenuas sois las chicas.»*

¿Ingenua, yo?

Casi me reí en voz alta de aquella idea absurda. Si había alguien cínico y desencantado en nuestro instituto, esa era yo. Después de escuchar los secretos de todos los que pasaban por mi lado, incluyendo mi propia familia, estaba curada de espanto.

Además, había oído perfectamente los pensamientos de Artem, y estaba claro que le gustaba. Seguramente, había mentido a sus amigos para hacerse el duro. Nada raro.

Julien y Nico se acercaron a la radio y pusieron el volumen a tope. Alguien me pasó un cigarrillo, y lo acepté solo por no parecer una cría, aunque ni siquiera me gustaban y a la segunda calada tuve

que apagarlo con disimulo en un cenicero, porque me estaba mareando.

Alrededor de la piscina todo era jaleo, risas y empujones. Los chicos se lanzaban entre sí al agua, completamente vestidos, riendo como idiotas. Mitya merodeaba cerca del borde, con una media sonrisa, seguramente espiando sus pensamientos y encontrándolos de lo más entretenido y educativo. Jugaba en silencio con un barquito de plástico, que movía repetitivamente con un palo.

Yo bailé hasta desinhibirme, arropada por la música y las voces que se mezclaban. Artem estaba cada vez más cerca. Llegó un momento en que bebimos lo suficiente como para dejar de fingir que no teníamos interés el uno por el otro. Dejamos de bailar por separado, y comenzamos a movernos frente a frente. Sus manos se adentraron en los bolsillos traseros de mi minifalda de cuero, y comenzó a atraerme hacia sí cada vez más.

Durante una pausa de la música, mientras Anya buscaba una canción y nos dejaba a todos en silencio, Artem acercó su rostro al mío, como si estuviera a punto de besarme.

Sentí la tentación de espiar sus pensamientos, pero bloqueé mi don, tal y como Mitya me había enseñado.

A veces era mejor no saber. Solo existir. Solo ser una chica normal, en los brazos del chico más guapo del instituto, celebrando una fiesta en el jardín.

—¿Por qué no me enseñas la casa por dentro? —dijo Artem con tono misterioso.

Tragué saliva y asentí. Sabía lo que eso significaba.

—Claro. Pasa.

Miré brevemente el reloj; no era aún medianoche. Busqué a Mitya con la mirada, y no lo encontré, pero, de todos modos, había mucha gente por todas partes. Alguien lo vigilaría. Era un buen chico.

Llevé a Artem hasta la cocina, y él abrió la nevera en busca de más bebida. Se sirvió algo en su vaso vacío y me ofreció un poco, pero yo lo rechacé, porque había tenido suficiente.

Por primera vez en toda la noche, nos encontramos solos, casi a oscuras. La única luz venía de la lámpara sobre el fregadero. Fuera,

la música estaba tan alta que hacía retumbar los cristales.

—¿Y si desaparecemos un rato? —me preguntó Artem, guiñándome el ojo—. ¿Se te ocurre algún sitio más privado?

Lo miré un segundo, fingiendo dudar. Luego lo tomé de la mano; sabía exactamente a dónde llevarlo.

Subimos a la habitación de invitados. Era la más pequeña, pero también la más neutral: no tenía retratos familiares en las paredes, ni crucifijos sobre la cama. Cerré la puerta tras nosotros, y el ruido del resto de la casa quedó amortiguado.

Artem me llevó hasta el borde de la cama y se sentó. Luego me hizo sentarme sobre sus rodillas y me tomó por la nuca.

No dijo nada más. Solo me miró, con los ojos algo turbios por la bebida.

Yo nunca había besado a nadie, y sentí que me temblaban las manos.

Sin más preámbulos, Artem me metió la lengua en la boca: sabía a tabaco y alcohol, disimulados con caramelos de menta.

No me gustó.

Quise pensar que era yo. Que estaba nerviosa. Que me faltaba práctica. Que eso era lo que sentía al besar a alguien por primera vez.

Coló la mano por debajo del sujetador, pero yo me aparté, buscando oxígeno. Me había enfriado de golpe.

—¿Todo bien, *Ksanushka?* —preguntó Artem, con decepción en la voz.

—No —respondí, levantándome con brusquedad de sus rodillas y dejándolo con las ganas.

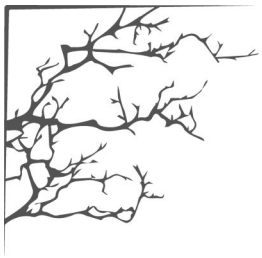
Algo estaba mal, aunque no era capaz de explicar qué era. Algo que iba mucho más allá de ese beso mediocre.

Medí mis palabras un instante, dudando.

Justo cuando iba a contestar, se oyeron los gritos, que venían de la fiesta.

Desde el jardín, atravesando ventanas cerradas, llegó un alarido tan agudo y espeluznante que me dejó helada. No era un grito de alegría, ni de borrachera, ni siquiera de pelea entre bravucones.

Era un aullido que partía el alma, y venía desde la piscina, trayendo noticias ominosas.



Oksana



Con un sacrificio de sangre pura, el Ritual de Lucentum abrirá los infiernos» —recitó Mina con voz temblorosa, leyendo unos apuntes en su teléfono móvil, que iluminaba su rostro en azul.

Nos encontrábamos ya la cripta bajo la iglesia de San Miguel. Mina nos había estado haciendo un resumen de lo que habían encontrado en los pasadizos durante la expedición anterior.

—Si interpretamos este último verso, queda claro que la apertura del portal requiere un sacrificio previo —añadió Mina.

—Pues sacrifiquemos al vampiro —dije completamente seria, y todos me miraron mal. Me encogí de hombros—. ¿Qué? Tampoco es que esté vivo, de todos modos.

Garrett chasqueó la lengua, y Mina se plantó frente a Leonard, con aspecto de querer defenderlo con sus propias manos si era necesario.

—¡Menuda estupidez! —protestó Mina—. A veces eres insoportable, Oksana.

Me apoyé de brazos cruzados sobre la pared de piedra de la cripta. Habíamos accedido a ella a través de una escalerilla oculta tras el altar. Sentí que se me humedecía la camiseta, así que me aparté de inmediato. La sensación de humedad no era solo física ahí abajo, sino que parecía calar hasta los huesos, como un mal presagio.

—No será necesario nada de eso —dijo Garrett en voz baja, y todas las miradas se giraron hacia él—. Existen otras maneras, estoy seguro. Leonard, por favor, llévanos hasta la grieta. Veré lo que puedo hacer.

Su comentario me extrañó, pero no dije nada.

Leonard asintió. Introdujo la mano en un sepulcro de piedra abierto, y al instante se abrió una puerta secreta. Tras ella se

adivinaba un pasadizo oscuro, y no particularmente tentador.

—Seguidme —dijo con tono lúgubre.

Mina entró la primera, detrás de Leonard. Garrett me miró con el ceño fruncido. Me resultaba extraño verlo así, sin aquella fastidiosa jovialidad que lo caracterizaba. Por raro que sonase, en ese momento la eché de menos. Antes de entrar le di un par de golpecitos a la base de la linterna, comprobando que funcionaba bien antes de meterme en la boca del lobo. Cerrando el grupo, los seguí a los tres por el túnel, que era angosto, con olor a tierra húmeda.

Era tan estrecho que me costaba ver a Leonard en cabeza, aunque podía escuchar el eco de sus pasos sobre el irregular suelo de piedra.

Hacia la mitad del túnel, Mina se detuvo y se dio la vuelta para asegurarse de que todos la seguíamos.

El túnel giró varias veces, hasta desembocar en una escalinata de piedra tallada directamente en la roca. Descendía en espiral, cada peldaño más alto y resbaladizo que el anterior. Al llegar abajo me pareció que el aire era más espeso, y estaba cargado de un olor metálico que recordaba al de la sangre seca.

—¿Falta mucho? —preguntó Garrett, arrugando la nariz.

—Ya hemos llegado —anunció Mina.

Al final de la escalinata había una cámara amplia, abovedada y con el techo sorprendentemente alto. El suelo estaba cubierto de escombros, como si hubiera habido un pequeño derrumbe. En el centro, un altar circular de piedra rojiza estaba rodeado de piedras rotas y tierra removida. Alrededor había columnas talladas con símbolos extraños e inscripciones, posiblemente en latín. Algunas estaban quebradas, y otras muchas tumbadas, pero alguna que otra aún se mantenía en pie, sosteniendo lo que quedaba del techo.

Mina se agachó y con ambas manos se puso a limpiar la capa de tierra y piedras que cubría el suelo. Dejó a la vista losas grabadas con líneas geométricas y letras. Estaba todo en muy mal estado, y resultaba difícil adivinar qué decían los textos.

—Esta es la cámara ceremonial —anunció con gesto tenso—. Donde perdimos a Teo.

Sus pensamientos eran tan claros que, esta vez, a pesar de mis decrecientes poderes, no me costó en absoluto captarlos: *«Horror. Salir de aquí. Huir. Miedo. Salir. ¡Salir!»*

Me estremecí y di un paso hacia ella.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Ella asintió, aunque sus ojos no estuvieron de acuerdo.

—Hace unos días ocurrieron aquí cosas horribles, aunque ahora sea difícil imaginarlo —murmuró Leonard.

Después caminó hasta el altar, se agachó frente a una losa ennegrecida y metió la mano en una hendidura apenas visible.

Escarbó durante unos segundos, hasta sacar algo con dos dedos. Nos mostró una especie de llave de hierro ennegrecido. Parecía oxidada o quemada, aunque se adivinaban símbolos en uno de sus extremos; quizás espirales.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—La llave —confirmó él, sin levantar la vista—. Al introducirla en la estatuilla, se abre el portal. La traje yo mismo desde Egipto. Me costó mi alma, pero aquí está.

—Bien. Entonces podemos usar esto y no será necesario sacrificar a nadie —dije—. Yupi.

Leonard le tendió la llave a Mina, y esta la cogió, cerrando el puño en torno a ella hasta que los nudillos se le volvieron blancos.

—No, ya os lo he dicho —explicó Mina con voz cansada—. La llave sola no basta. Este portal solo funciona con sacrificios de sangre. La llave se introduce en la estatuilla, que está vinculada al poder del demonio primario Umbrael'Zathar. Al menos con la información que tenemos, no hay otra forma de abrirlo. Y, en cualquier caso, el hechizo invocaría a Umbrael, por lo cual, moriríamos en el intento.

Garrett se acuclilló frente al altar de piedra roja, observando la estatuilla deteriorada. La figura era vagamente humana, pero deformada por tentáculos serpentinos. A sus pies había una peana tallada con hendiduras, de la que Leonard había sacado la llave.

—Siempre hay formas de engañar a los demonios, incluso a los más poderosos —dijo Garrett, casi como si estuviera hablando de

algo trivial. Su tono era ligero, como si estuviera hablando de un truco de magia—. Creo que puedo hacer algo, si confiáis en mí.

—¿Qué estás tratando de decir? —preguntó Mina, su ceño fruncido, la desconfianza evidente en su voz—. ¿Acaso vas a sacrificarte tú?

Garrett se quedó en silencio por un momento, dudando. Finalmente, suspiró y murmuró en voz baja, como si se estuviera convenciendo a sí mismo.

—No, claro que no. Pero no todos los seres de este mundo somos iguales. Algunos hemos estado aquí mucho más tiempo que otros, y guardamos ciertos trucos bajo la manga.

—¿A qué te refieres? —pregunté, levantando una ceja. Mi paciencia comenzaba a agotarse, y ya no estaba segura de si estábamos jugando a las adivinanzas o si en realidad iba a decir algo útil—. Basta ya de misterios, Garrett. Somos un equipo. Si tienes una idea, mejor suéltala ya.

Garrett sonrió de medio lado.

—Vale, vale —dijo, levantando las manos en señal de rendición—. Me gustaría, pero no puedo explicarlo todo. Nunca se sabe quién está escuchando. Yo solo prometo que sabré abrirlo, y queda en manos de Mina y Leonard el cerrarlo. La pregunta aquí no es si sé hacerlo, sino si estamos listos para hacerlo *ahora*.

—Yo estoy lista —respondí sin dudar, aunque la sensación ominosa que llevaba a cuestas desde que habíamos descendido a la cripta se iba haciendo cada vez más grande.

—¿No preferirías descansar esta noche? —insistió Garrett.

—Ya descansaré cuando esté muerta —repliqué.

—A lo mejor no tendrás que esperar mucho para eso... —murmuró Leonard, y Mina le lanzó una mirada furibunda.

Garrett me miró, evaluándome.

Finalmente, su tono se volvió más grave.

—Bien, entonces vamos allá. Mina, ¿recuerdas cómo cerraste el portal la otra vez?

Antes de que pudiera contestar, Leonard se le adelantó, claramente molesto.

—¿Desde cuándo el cocinero se ha convertido en el líder de la misión? —protestó, cruzando los brazos y mirando a Garrett con desdén—. Johannes no dijo nada de poner a *este* al mando.

Garrett ni se inmutó. Su sonrisa permaneció igual, pero su mirada se volvió más seria, dando a entender que estaba perdiendo la paciencia con tanto cuestionamiento innecesario.

—Tú ni siquiera trabajas en la agencia, neófito —le dijo Garrett a Leonard—. Y Johannes no tiene ni idea de cómo funcionan estas cosas. Se pasa el día probándose las braguitas de encaje de su mujer y dirigiendo a distancia una empresa que nunca visita.

Tuve que contener la risa. Casi todos en el Serenata conocíamos aquella curiosa afición del socio de Teo.

—Además, nunca he pretendido ser el jefe de nada —continuó Garrett—. Pero sí soy el más antiguo de todos los que estamos aquí, y no es casualidad que Johannes me pidiera a mí que acompañase a Oksana a buscar a Teo.

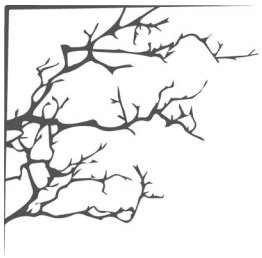
—¿Acompañarme? —pregunté, porque ahora era yo la que me había perdido.

—Sí, Glacialina, acompañarte. En un lugar así, cambiante, impredecible y sin un mapa que seguir, solo podremos seguir una cosa: tu conexión telepática con Teo. Es lo único que podrá llevarnos hasta él y mantenernos alejados de los peligros.

Pues estábamos apañados, si mi telepatía era el único mapa del que disponíamos.

Leonard entrecerró los ojos, aunque una luz rojiza brilló entre sus párpados. Pero no dijo nada más. Era difícil discutir con alguien que hablaba con tanta calma como Garrett, por muy afiladas que fuesen sus palabras.

En aquel ambiente cargado de tensión, todos me miraron a mí, esperando a que diese la luz verde.



Garrett



—Hagámoslo —dijo Oksana, firme como un faro en medio de la tormenta.

Siempre la había admirado por su valentía; por su manera de mirar al abismo sin pestañear; por su frialdad controlada, que otros confundían con soberbia. Yo sabía que eso no era soberbia: era coraje, forjado a base de desengaños y pérdidas.

El vampiro dio un paso atrás y la observó con respeto.

—Muy bien —dijo sin más—. Mina y yo nos aseguraremos de que el portal quede sellado después y no haya peligro para los que permanezcan en este plano.

Me agaché junto al altar. Con la mano despejé los restos de polvo y ceniza sobre las losas antiguas, y allí la encontré: una grieta oscura serpenteaba por el suelo como una herida mal cerrada. Debía ser la misma que había abierto Mina la otra vez: una gigantesca cicatriz entre mundos, testigo de cosas impensables.

Saqué una cerilla y la encendí con el pulgar, sin pensar. Los demás me observaron, desconcertados.

Idiota. Tenía que disimular un poco, o La Jefa podía enfadarse y alegar que estaba incumpliendo nuestro trato.

Contuve la tentación de hacer más fuego con un simple giro de la mano y, en vez de eso, usé la cerilla. Primero prendí unas pequeñas raíces secas, hasta que un hilillo de humo se alzó a los pies de la estatuilla. Con la otra mano cubrí la llama con disimulo y, cuando la levanté, su tamaño se había triplicado.

Leonard dio un respingo al comprender que estaba haciendo un fuego en aquella caverna subterránea.

—¿Estás loco? —gritó—. ¿Vas a prenderle fuego a todo esto? ¡Nos vas a matar a todos!

No respondí. Nunca había temido al fuego; sabía bien cómo tratarlo. Siempre nos habíamos llevado bien. Tomé un pedazo de

llama y lo dejé crecer en la palma de la mano. Ondeaba sobre mi piel, cálido y delicioso. Cuando lo solté sobre la grieta, las llamas no se extendieron: giraron sobre sí mismas, como una espiral viva, esperando a que les diera forma.

Respiré hondo y extendí los dedos.

El fuego comenzó a rugir y a calentar el ambiente.

—¡Apaga eso! —insistió Leonard.

—Calla un momentito, chaval. Estoy un pelín ocupado.

Con los dedos separé tres hebras de fuego y comencé a trenzarlas, una y otra vez, hasta convertirlas en una soga llameante. La retorcí como si afilara un lápiz, y la punta se volvió fina y cortante, como un clavo ardiente.

—Qué... narices... es... esto... —murmuró Oksana, echándose hacia atrás.

—Mina —grité, y extendí la mano tras la espalda, sin apartar la mirada del fuego, para evitar que se descontrolase—. La llave.

De reojo pude ver cómo Mina, pálida, sacaba la llave del bolsillo. Dudó un segundo y luego me la tendió con manos trémulas.

Tomé la llave y la introduje en la base de la estatua. En cuanto lo hice, un suave terremoto agitó la estancia.

Ahora sí, aquello había comenzado a abrirse.

Sabía lo que vendría después: la estatua se comunicaría con su creador, y en menos de un segundo tendríamos a Umbrael en la grieta, pujando por escapar a nuestro plano.

Pero mi trabajo era, precisamente, evitar que eso sucediese.

Rodeé el cuello de la figura con mi cuerda trenzada de fuego. Tiré con todas mis fuerzas, hasta arrancarle la cabeza con un chasquido seco.

Esta rodó por el suelo y cayó junto a la grieta, que ya se había abierto un par de centímetros.

Alguien gritó por detrás, pero no tuve tiempo de ver quién era. Si mi idea no funcionaba, estaríamos muertos en apenas unos segundos.

Ya no había vuelta atrás.

De nuevo escuché un grito: *Mina.*

La pobre temblaba, como si estuviera reviviendo algo espantoso, y Leonard la sostenía.

Pero Oksana seguía a mi lado, firme.

Asintió con la cabeza: "Hazlo."

Sin dudar, hundí la punta incandescente de mi soga de fuego en el primer punto de la grieta del suelo, y la piedra se abrió sin resistencia.

Fue casi como si el portal nos hubiera estado esperando.

Sentí el vacío denso y viscoso del otro lado, atrayéndome hacia él como un imán. Hacía muchos siglos que no lo visitaba, pero esa sensación no se olvidaba nunca.

El hueco rojizo y oscuro que se adivinaba en el centro de la grieta era más profundo que el océano y más antiguo que la humanidad. Un olor a ceniza húmeda y recuerdos rotos brotó desde abajo. Me pareció escuchar a Addison llamándome, y entonces supe con seguridad que habíamos abierto un portal a la Umbrícora: los engaños eran siempre la primera señal. Aquel lugar era perfecto si deseabas volverte loco.

Me giré hacia Oksana y le tendí la mano.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás.

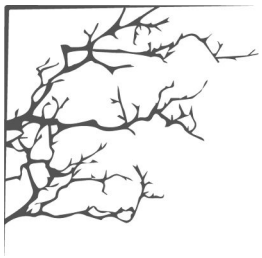
Ella me miró, y durante una fracción de segundo, vi algo en su rostro que no había visto nunca: una chispa de pánico. Pero su voluntad era más fuerte que el miedo. Su mano se cerró alrededor de la mía, la apretó y luego se separó un paso.

—De eso nada —dijo—. Pero ni se te ocurra dejarme sola ahí abajo.

Después se balanceó ligeramente hacia atrás, atraída por el abismo.

—¡Nunca lo haría! —grité por encima del rugido de las llamas y el temblor del templo subterráneo.

Pero no me oyó, porque ya había saltado.



Oksana



Cerré los ojos y caí durante tanto tiempo que empecé a olvidarme de dónde estaba. La caída, la sensación de no tocar fondo nunca, se convirtió en mi nueva realidad. Quizás, a partir de ahora, esa impresión de descender en la nada se convirtiese en mi único presente.

De pronto, choqué con una gran masa de agua fría y comencé a hundirme. Pataleé con brazos y piernas, tratando de buscar la superficie, pero seguí hundiéndome. Traté de bucear, pero era difícil discernir qué era arriba, y qué era abajo, y la oscuridad era tan densa que no podía adivinarlo.

Lo único que escuchaba era el sonido de las burbujas en mis oídos, sin poder gritar o pedir ayuda.

Y Garrett... ¿dónde estaba? ¿Habría decidido no saltar, después de todo?

Mientras empezaba a aceptar que estaba a punto de ahogarme en una poza oscura y sin fondo, me pareció casi gracioso que ese fuera el aspecto con el que el inframundo había decidido presentarse ante mí.

¡Agua! ¿Dónde estaban todo ese fuego y humo en los que, supuestamente, se revolcaban los demonios?

Sentí que se me encogían los pulmones de dolor, por falta de aire. Quería gritar, pero sabía que, si abría la boca para hacerlo, sería mi sentencia final.

Justo entonces, vi una esfera blanca a lo lejos.

Parecía la luna, o una boya de color claro flotando sobre mí.

Nadé tan rápido como pude hacia ese objeto pálido y redondo, moviendo los pies a toda velocidad y luchando contra el peso de mi ropa mojada. Me desprendí de la mochila para poder avanzar. De poco iba a servirme mi equipaje, si ambos terminábamos en el fondo.

A pesar de la oscuridad, pronto me quedó claro que aquello que me guiaba definitivamente no era la luna, sino un ser humano.

Había un rostro, pequeño y redondeado, cerca de la superficie. Parecía una persona nadando, o buceando con la cara sumergida.

Me miraba fijamente.

Reuní todas las fuerzas que me quedaban y me apresuré a alcanzarlo, pataleando para subir.

Fuera quien fuese, amigo o enemigo, se encontraba cerca de la superficie, de modo que nadar hasta ahí era mi única esperanza.

Las facciones de su rostro se veían cada vez más nítidas, hasta que se volvieron conocidas.

Mi mente captó un pensamiento. Primero fue un eco lejano, aunque después fue cada vez más claro:

«Fue culpa tuya», escuché. «¿Dónde estabas cuando te necesité?»

Hacía muchos años que no escuchaba esa voz, y fue como una patada en el estómago.

Mitya.

Era la voz de mi hermano, que murió ahogado en aquella fatídica fiesta, mientras yo besaba a Artem Orlov en la habitación de invitados.

Alcancé la superficie y pude ver bien su rostro.

Era él.

Pero estaba muerto, con el rostro hinchado y violáceo, y su cuerpo flotaba inerte sobre el agua oscura y fría: se encontraba bocabajo, con los brazos abiertos hacia mí. Flotando.

Nadé, conteniendo el pánico y la respiración.

Cuando por fin emergí, tomé aire con todas mis fuerzas, y enseguida volví a soltarlo, en un grito casi tan desgarrador como el de la primera vez.

Unos brazos fuertes me rodearon y tiraron de mí hacia arriba. Me revolví, luchando contra ellos.

—Oksana... ¡Oksana! —gritó Garrett, por encima de mis aullidos de horror—. ¡Tranquila, soy yo! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Jadeé sin parar, tratando de recuperar el ritmo normal de la respiración y de mi corazón.

Solo entonces fui capaz de mirar a mi alrededor: nos encontrábamos en una gruta amplia, cuyos confines se perdían en la oscuridad. Junto a Garrett ardía un pequeño fuego que titilaba e iluminaba las paredes de piedra desnuda. A nuestros pies se extendía un suelo irregular cubierto de guijarros negros y brillantes, que se perdían más allá del borde del agua.

Le señalé el agua con un dedo tembloroso. Garrett miró, sin entender.

Ya no había ni rastro de Mitya. Solo una lámina de agua fría y oscura, frente a Garrett y a mí.

Alcé la vista: la cueva estaba repleta de estalactitas, que goteaban de vez en cuando, con un sonido arrítmico capaz de volver loco a cualquiera.

—Estoy... bien —dije cuando pude hablar de nuevo.

—Estás empapada —dijo frotándome la espalda con cariño—. ¿Por qué gritabas?

—Me pareció... me pareció ver a alguien conocido.

Garrett asintió con semblante sombrío. Seguía abrazándome, y agradecí el calor de su cuerpo contra el mío, y la sensación de seguridad que me daban sus brazos fornidos.

—Suele suceder cuando los mortales cruzan el portal —susurró, muy cerca de mi oído—. Ves aquello que te atormenta. La Umbrícora sabe cómo perturbarnos.

Fruncí el ceño, todavía aturdida por la falta de aire.

—¿Y tú qué viste? ¿No debería presentarse de manera distinta para ti?

Garrett sacudió la cabeza.

—Yo veo lo mismo que tú. Mi caso es... diferente.

—No te entiendo.

—Una gruta, ¿eh? —dijo, ignorando mi pregunta y apretándome el antebrazo con suavidad—. Tiene bastante sentido. *La caverna de Platón*. Muy apropiado, sí.

—¿Qué caverna de Platón? —respondí, algo molesta por sus palabras incomprensibles, y porque me castañeteaban los dientes.

—Espera. Siéntate ahí.

Me soltó con cuidado sobre el suelo de guijarros negros. Se acercó al fuego, que supuse habría encendido él mismo mientras yo trataba de salir a flote. Giró las manos sobre las llamas, y estas crecieron hasta convertirse en una gran hoguera.

Abrí los ojos de par en par. Había visto lo ocurrido en las ruinas, pero no había tenido tiempo de procesar lo ocurrido. ¿Qué narices hacía Garrett con el fuego, y por qué nunca nos habíamos enterado hasta ahora?

—¿Pero cómo puñetas haces eso? —pregunté, incrédula.

—Lo importante es que así estás mejor, ¿no? —dijo, animándome a que me acercara un poco a las llamas—. Ponte ahí, sécate. No puedo dejarlo encendido mucho tiempo, o podríamos atraer a alguna bestia indeseable. Están por todas partes, aunque no las veas.

—Eso me tranquiliza muchísimo.

Mientras el fuego danzaba, observé con curiosidad nuestras sombras sobre una lejana pared rugosa. En ella se abrían varias galerías oscuras, que continuaban en diferentes direcciones.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Garrett—. ¿A dónde vamos? Y, lo mejor de todo, ¿cómo saldremos de aquí?

—Sabré salir —respondió lentamente—. No te preocupes, he estado aquí antes.

—¿Cuándo? ¿Quieres dejar de hablar en adivinanzas?

Se calló y apartó la vista.

—Hay cosas de las que no me está permitido hablar. Pero sé que en el décimo círculo siempre hay una salida. Solo tenemos que descifrar esta forma de la Umbrícora para poder orientarnos por ella y encontrarlo.

—Bien, echemos un vistazo —propuse, viendo que no iba a sonsacarle nada por el momento.

—¿Seguro que no quieres quedarte un rato más junto al fuego?

—Solo quiero largarme de aquí cuanto antes. Este sitio apesta.

Asintió y nos pusimos en pie. Mi ropa y mi pelo seguían chorreando. Di un par de pasos, y comprendí que mi linterna, junto a mi mochila, se habían hundido en el fondo de la poza. Mi teléfono

móvil seguía en el bolsillo, pero le había entrado agua y ya no funcionaba.

—Fantástico. Perdí la mochila en esa poza. Me he quedado sin luz, sin agua y sin comida.

—Yo iluminaré el camino por los dos —dijo Garrett—. Y podemos compartir mis provisiones.

Era curioso cómo podía hablar siempre con ese tono tranquilo. Si te dejabas llevar, podía convencerte de que todo estaba bien, aunque te encontrases en plena boca del lobo y a oscuras.

—Veamos —dije, explorando el espacio a nuestro alrededor—. Esta gruta, según tu teoría, simboliza mis miedos más profundos, ¿no?

—Es posible —respondió Garrett, moviendo la mano para que el fuego iluminase por todos los lados—. Esta cueva podrían ser tus miedos, pero también otras cosas. Cuando entiendas lo que significa, podremos avanzar con mucha más facilidad.

—Supongo que a nadie le gusta estar atrapado bajo tierra, perdido y sin linterna. Es bastante obvio. Significa que no me gustan los lugares oscuros y claustrofóbicos.

—No. Tienes que ir más allá. Por eso te hablé de la Alegoría de la Caverna. Es un patrón bastante común, que refleja un concepto básico de la filosofía clásica.

Lo miré con el labio torcido.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo. ¿Puedes traducirlo a mi idioma?

Sonrió, y su rostro se volvió afable a la luz rojiza del fuego.

—La historia cuenta que había varios prisioneros encadenados dentro de una caverna. —Señaló hacia sí mismo, y luego hacia mí—. Tras ellos ardía un fuego, que proyectaba sombras sobre la pared de enfrente. —Movió la mano, indicando el fuego que sujetaba—. Estos prisioneros, como estaban atados, solo podían ver esas sombras que se movían frente a ellos. Como era lo único que veían, día y noche, pensaban que esa era toda la realidad que existía.

—O sea, que nosotros dos podríamos ser los prisioneros en esa historia. —Señalé la fogata—. Ahí está el fuego... y nuestras

sombras. Y parece que no haya salida, pero en realidad hay una, en alguna parte.

—Exacto. Pero para encontrarla, hay que librarse de las cadenas.

Espiré, impaciente.

Eso ya me lo había imaginado.

La cuestión era *cómo* hacerlo.

—¿Y qué pasó después en esa historia? —pregunté en busca de pistas.

—Uno de los prisioneros consiguió liberarse y salir al mundo exterior —explicó Garrett, ojeando los túneles que se abrían alrededor de la cueva—. Al principio le dolía la vista y ni siquiera podía soportar la luz del sol. Pero poco a poco se acostumbró a todo eso, y comprendió que había muchas más cosas en el mundo aparte de esas sombras que había estado mirando toda su vida. Se quedó maravillado.

—¿Y luego qué? ¿La palmó por insolación? ¿Se lo comió un león?

Garrett soltó una risilla baja. Se acuclilló junto a la hoguera grande, con las manos extendidas hacia ella, y yo me acerqué a su costado, en busca de calor.

—El prisionero que había visto el mundo exterior regresó a la cueva y se lo contó todo a sus antiguos compañeros —respondió, clavando los ojos en los míos—. Estaba emocionado, y quería compartir con ellos la verdad...

—Muy bonito —dije sin sonreír, porque adivinaba que ahora saldría el león.

—...Pero nadie le creyó. Lo odiaron, pensando que contaba patrañas. Algunos intentaron matarle para que dejase de contar esas historias, para ellos absurdas.

—Sabía que habría un final feliz.

Garrett me dedicó una sonrisa pícara, y unas finas arrugas se dibujaron en las comisuras de sus ojos, tan azules que parecían irreales.

—No hay un final feliz, pero supongo que ahora puedes entender por qué la Umbrícora se te ha presentado en esta forma, de entre todas las posibles.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No por la historia, sino por lo que adivinaba que había detrás de ella. Pero no quise reconocerlo ante Garrett.

—Sinceramente, no le veo el sentido —dije con indiferencia—. No tengo un miedo especial a las cuevas. Son mucho peores las cosas y personas que hay *fuera* de ellas.

—Y por eso te aíslas de ellas.

—Yo no me aíslo en absoluto. Pero sé demasiado sobre la gente, y nada de ello es bueno.

—La cuestión es si tú eres uno de los prisioneros que no querían ver, o el visionario al que intentaron asesinar por decir la verdad.

—¿Eso también es importante para encontrar a Teo?

Garrett se encogió de hombros.

—Tendrás que responder tú a esa pregunta.

Guardamos silencio un buen rato, mientras el calor regresaba a mi cuerpo y el pelo me goteaba por la espalda, como las estalactitas en el techo de la cueva.

—Oksana —susurró Garrett, casi como si tuviera miedo de decirme algo—. Sabes por qué eres tú la que está aquí, y no Iris, o Mina, ¿verdad?

Me giré hacia él y sostuve su mirada, azul y penetrante. Claro que lo sabía. Estaba ahí para encontrar el camino, buscando respuestas en los pensamientos de otros. Para sortear obstáculos con mi telepatía, descubrir trampas y desvelar acertijos.

Aunque, desde que había salido de esa poza inmunda, no había conseguido oír absolutamente nada más que el maldito goteo del techo, y el sonido de mis dientes castañeteando de frío.

—Por supuesto —respondí—. Estoy intentando captar algo, pero el aire aquí es... diferente. Por ahora, solo hay silencio.

—Está bien —dijo Garrett, conciliador—. No te preocupes. Normalmente, los círculos de la Umbrícora se suceden uno tras otro. En cualquiera de sus formas existirán diez, siendo el décimo el único en el que podrían vivir los seres del plano superior durante más de un par de días. Este sitio corrompe las almas, pero en el décimo círculo sobreviven durante más tiempo. Así que, si alguien quisiera mantener a Teo con vida, lo llevaría allí.

—Pero Teo no está vivo.

—Tampoco está muerto, ni es un demonio. No pertenece a este sitio, así que La Ciudad Sin Sol, en el décimo círculo, será probablemente nuestro destino.

—¿Y cómo llegamos hasta allí? —pregunté, sin entender todavía cómo nuestro cocinero se había transformado en un guía del inframundo.

—Yendo hacia adelante. Siempre hacia adelante. Pero si encuentras un atajo, si captas alguna indicación, dímelo de inmediato.

Luego Garrett se agachó, tomó un poco de fuego en la palma de la mano, como si fuera un pajarillo, y con la otra hizo un gesto que apagó la fogata.

—Buen truco —dije impresionada—. Podrías ganarte la vida en el circo.

—Ya lo hago —replicó sonriendo.

Empezamos a cruzar la gruta en silencio, y Garrett eligió uno de los túneles más anchos. Las paredes cambiaban de textura a cada paso: a veces eran piedra rugosa, pero a veces parecían azulejos de piscina, e incluso ladrillos rojos, como los del instituto en el que conocí a Artem, tantos años atrás.

Observé unos surcos negros en el suelo, como si hubieran arrastrado unas cadenas pesadas y ardientes. Garrett también los miró, pero no dijo nada.

En una curva, el pasillo se ensanchó de golpe.

Y allí estaba de nuevo.

Mi hermano, empapado, los labios morados, de pie junto a una charca negra. Me miraba fijamente.

—Llegaste tarde —dijo—. Ven conmigo. Ven al agua.

Oír su voz otra vez me rompió por dentro.

Avancé un paso. Garrett intentó detenerme, pero lo aparté de un manotazo.

—No eres real —le espeté a la criatura frente a mí.

No terminé la frase. Garrett desapareció y la escena cambió.

Ahora era de nuevo mi fiesta de cumpleaños. Gente riendo. La música a tope. La mesa de jardín junto a la piscina, repleta de

comida y bebida.

Mitya flotando en el agua.

Anya gritando.

Alex y Nico corriendo hacia la salida, desentendiéndose de lo ocurrido.

—Ven al agua, hermana. Enséñame a nadar.

Sentí que me faltaba el aire.

—¡Basta! —grité, agitando las manos para espantar las visiones.

Una mano me tocó el hombro, cálida y reconfortante.

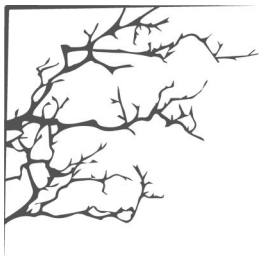
—Oksana... Vuelve...

La luz de una llamarada rojiza llenó el túnel, cegándome, pero apagando a la vez las visiones de Mitya, Anya, Alex y Nico.

El agua de la piscina se convirtió en un espejo, pero esta vez no vi en él a mi hermano, sino a mí misma: encadenada, como los prisioneros de Platón, mirando fijamente una pared llena de gusanos.

Y entonces lo supe.

Mis cadenas eran la culpa. Mi propia culpa, proyectada una y otra vez como una sombra. Y supe que, hasta que no la soltara, seguiría encerrada en esta maldita caverna.



Oksana



La caverna se dilató y volvió a encogerse, y luego sentí cómo la presión en el aire se suavizaba. Como si algo, o alguien, hubiera aceptado que yo por fin había entendido algo importante.

Caí de rodillas sobre el suelo húmedo, con ganas de llorar y vomitar a la vez.

Los ecos de mi hermano, la piscina, aquella culpa inmensa... todo aquello llevaba años persiguiéndome. Por mucho que las imágenes se desvaneciesen, no podía sentir alivio; solo vacío, y la certeza de que aquello seguía ahí, en las sombras.

La mano apoyada en mi hombro me empujó hacia delante, atrayéndome hacia un abrazo que necesitaba más que nunca.

—Oksana —dijo Garrett, con voz cálida—. Has vuelto.

No supe si se refería a mi conciencia, o a mí misma. Asentí sin hablar. Cerré los ojos. Respiré hondo.

Y cuando los abrí, volví a ver solo la piedra. La humedad. Las paredes de un túnel que no acababa nunca.

Pero al menos, ya no estaba sola en mi mente.

Me limpié la cara con la manga, y odié un poco a Garrett por haberme visto así.

—Esto es horrible —murmuré—. No detecto ni un solo pensamiento, y apenas veo nada. Estuve investigando mucho antes de venir, pero esto... no se parece a nada de lo que encontré.

—¿Dónde pudiste investigar sobre esto? Ningún mortal ha podido volver para escribirlo.

—La Divina Comedia —dije, con un rápido encogimiento de hombros—. Fue lo único que encontré.

Garrett dejó escapar una risa baja, casi agradecida por el regreso de mi voz.

—Dante tenía mucha imaginación, pero ya os dije que estaba equivocado. Según él, el primer círculo era el limbo... lleno de almas

en pena, fallecidas a mitad de camino... Pero el tuyo estaba vacío.

—Sí —asentí—. Y, según Dante, el segundo círculo debería ser...

Me callé, porque él ya estaba sonriendo. Y esa sonrisa me desarmó más que cualquier criatura que pudiera acecharnos.

El segundo círculo, según el poeta florentino, era el de la Lujuria.

Y por un instante, con el cuerpo aún temblando y el alma hecha jirones, imaginé qué pasaría si Garrett y yo nos quedásemos atrapados en *ese* segundo círculo.

No lo dije, pero él lo supo.

Lo vi en el modo en que su mirada se demoró apenas un segundo más sobre mi boca.

En cómo su lengua rozó el borde de sus labios, como si acabara de saborear un pensamiento prohibido.

Un calor imposible me subió por las mejillas, y la corta distancia entre nosotros se volvió de pronto espesa e íntima.

De pronto, nos imaginé piel contra piel. Sus brazos fuertes, morenos por el sol. Su cuerpo hundiéndose en el mío mientras el mundo se disolvía en vapor y deseo.

Si ese era el infierno, pensé...

Si era así, se me ocurrían castigos mucho peores que pasarme el resto de la eternidad retozando con un surfista de cabellos rebeldes y aclarados por el sol.

—No temas. Dudo mucho que encontremos el segundo círculo de Dante al final de este túnel —comentó Garrett, y casi había pena en su voz—. La Divina Comedia es pura ficción. El infierno, tal y como lo entendía Dante, no existe. O, si existe, no se encuentra aquí.

Señaló hacia el techo de la caverna. Me pregunté si Mina y Leonard estaban ahí arriba, en la superficie, a cientos de metros de nosotros; o si, quizás, esta dimensión paralela no tenía arriba ni abajo, sino que existía en el mismo lugar que La Tierra, pero en otro plano.

—Tienes suerte de que estuviera cerca antes —murmuró Garrett —. Esas visiones podrían matarte, si no las detienes a tiempo. Esto es la Umbrícora, Glacialina, y se rige por normas que muy pocos conocen. Hay que andar con cuidado.

Me incorporé lentamente. Tenía la ropa húmeda, el pelo revuelto y barro hasta en las pestañas. Me sacudí la tierra de encima con dignidad; hacía horas que había renunciado a estar elegante, pero no quería parecer una completa inútil.

—Qué casualidad que tú sí las conozcas —comenté alzando la mirada.

Me molestaba su tono, su calma y su manera de hablar como si supiera más de lo que decía. Como si pudiera ver dentro de mí y leer mis pensamientos más oscuros. Normalmente, era yo la que hacía eso, y no al revés.

—Ya te dije que había estado aquí antes —replicó.

—Garrett, necesito que me lo expliques. Hasta hace dos días, eras solo un cocinero extranjero en busca de sol y olas. ¿Y ahora, de pronto, puedes sostener fuego con las manos y conoces este plano mejor que cualquier demonólogo? ¿Por qué?

—No puedo contártelo —suspiró—. De verdad que no puedo.

—¿"No puedes" o "no quieres"? —insistí, sintiendo cómo se me tensaban los hombros—. ¡Garrett, estamos atrapados en un plano infernal habitado por demonios más poderosos que todas las criaturas de La Tierra juntas! No paro de revivir mis recuerdos más horribles, y si esto continúa voy a volverme loca. Necesito saber quién o qué eres, porque mi vida depende de ello. Necesito confiar en que sabes lo que estás haciendo.

Lo miré fijamente, tratando de leer algo en su mente, pero estaba cerrada o mi don seguía apagado.

—Ya te he dicho que no puedo hablar de eso. Si no confiabas en mí, no debiste venir conmigo. Nadie te obligó.

—¡Ya, pero eso fue antes de ver todo lo que he visto ahora! ¿Qué eres, Garrett? —insistí, ignorando su negativa—. ¿Eres un brujo? ¿Un demonio? ¿Por qué nunca nos lo dijiste en el Serenata? Seguro que Teo habría encontrado más de una utilidad para un talento como el tuyo, aparte de hacer tortillas.

Garrett suspiró y apartó la vista.

—Lo siento.

—¡Garrett! —grité, a punto de arrancarme el pelo a tirones, de pura frustración.

Garrett me tomó la mano, pero yo aparté la suya de un manotazo.

—Escucha, Glacialina —susurró—. Hace tiempo firmé un contrato, y prometí no hablar de ciertas cosas.

—Firmaste un contrato... ¿con quién?

—Con mi anterior jefa —replicó con una mueca de ironía.

—¿En serio piensas que tu anterior jefa va a viajar entre planos para ponerte una demanda por incumplir un acuerdo de confidencialidad? —

—Créeme, ya tengo bastantes problemas legales con mi ex —respondió, torciendo la boca—. No quiero añadir más demandas interminables a la lista.

—Esto no tiene gracia, Garrett. Necesito saber si puedo confiar en ti, y por qué.

Se hizo un silencio larguísimo, y por un segundo, su máscara de calma cayó. Pude verlo claramente. En su rostro había miedo, culpa, remordimiento... y algo increíblemente roto detrás de esos ojos tan brillantes y azules.

—Tendrás que hacerlo —dijo al fin—. Porque no tienes otra opción.

Me quedé mirándolo. Furiosa, sí. Pero también un poco asustada.

Suspiré, tirando la toalla.

—Vale —dije, regresando a nuestro problema más acuciante—. Dejémoslo por ahora. Supongamos que tienes razón y Dante se equivocaba...

—...Y que al final de este túnel no hay un círculo de lujuria lleno de gente desnuda y sudorosa —añadió él, con una sonrisilla tonta.

Yo también sonreí, sin querer.

Al menos, aquello sonaba mucho más divertido que el séptimo círculo, el de la Violencia.

—Según tu teoría —dije—, ¿qué nos espera ahora? Más que nada para estar preparada, y que no vuelva a sorprenderme cuando me tope con algún monstruo por el camino.

—¿Fue un monstruo lo que viste antes? —preguntó, casi como si supiera que no era así.

—Sí. Un monstruo horrible —mentí.

—No me pareces el tipo de mujer que lloraría al ver un monstruo —dijo al fin—. En la agencia se dice que durante la misión del cementerio maldito ni siquiera pestañeaste... y eso que hasta Naomi salió corriendo con los ojos tapados.

—En la agencia corre la voz de muchas cosas sobre mí —repliqué con voz dura—. Al igual que en todas partes. Pero eso es porque nadie me conoce de verdad.

Garrett se apartó un mechón rizado de la frente, casi blanco por las muchas horas pasadas bajo el sol, en la playa.

—No eres la única a la que le pasa, Glacialina —dijo en voz baja, sin mirarme—. No eres la única.

Sus palabras se quedaron flotando entre nosotros. Echó a andar hacia el otro extremo del túnel, con su llama en la palma de la mano, a modo de farol.

—¡Eh! —lo llamé—. ¿A dónde vas?

—Estoy intentando descubrir qué hay al otro lado.

—¿No dijiste que conocías bien este sitio?

Negó con la cabeza.

—Yo no dije eso. Yo solo dije que Dante se equivocaba. Cada versión de la Umbrícora es única, y la única manera de descubrir la siguiente etapa es seguir avanzando, de la mejor manera que sepas.

—¿No te extraña que no haya nadie en ninguna parte? —pregunté, corriendo para alcanzarlo antes de quedarme atrás y a oscuras.

—Sinceramente, me extraña que tú digas eso. Este lugar está a rebosar de almas extraviadas y demonios que lo consideran su hogar. Si no se muestran de manera visible, es porque no quieren. Pero están aquí, al acecho, observando cada uno de nuestros movimientos, y quizás planeando cómo hacer que nos quedemos para siempre. ¿De verdad no puedes oírlos? ¿No puedes... sentirlos?

Cerré los ojos, tratando de agudizar mi telepatía, pero no pude escuchar nada.

Hice fuerza con los párpados, desesperada. Pero solo había silencio, el silencio más oscuro y solitario que me había rodeado nunca.

Era aterrador; casi tanto como la idea de que mi don se había apagado por completo desde que había caído en este plano.

—No puedo —confesé—. No funciona. Es casi como... como si hubiera algo que succiona mi energía. Algo que crea interferencias. Más de lo habitual.

Garrett asintió.

—¿Viste antes esos surcos en el suelo?

—Sí, ¿por?

—Umbrael está aquí: son las marcas de sus tentáculos. Y creo que nos está acechando, pero nos está dejando hacer por el momento. Ojalá supiera por qué... aunque dudo que sea nada bueno.

Continuamos mucho tiempo por el mismo túnel, y cuanto más avanzábamos, más convencida estaba de que aquello que había dicho Garrett era cierto. Sentía algo en el aire; una calma tensa y espantosa, que parecía a punto de explotar a cada paso. Puede que camináse mos durante horas; era difícil decirlo, cuando todo era igual durante tanto tiempo.

Cuando pensaba que no iba a poder más, y que habíamos caído en un laberinto interminable, Garrett extendió la mano e iluminó el final del túnel: ante nosotros, a lo lejos, se abrían cuatro o cinco galerías nuevas.

—El camino se bifurca —dijo—. Tendremos que elegir por dónde seguir.

—Tú eres el experto —respondí, indiferente.

—Esta vez no tengo la respuesta —replicó con voz preocupada—. Necesito que uses tu don, Glacialina.

—Ya te he dicho que no oigo nada.

—Entonces escucha con más atención, o se nos acabarán las provisiones antes de que encontremos a Teo.

—¿Cuántos días?

—Sin tu mochila, quizás tres o cuatro; a lo sumo una semana. Siempre y cuando volvamos a encontrar alguna masa de agua.

Cerré los ojos de nuevo, desesperada. Si había algo que *no* me ayudaba eran la presión y las prisas. Traté de no pensar en lo que

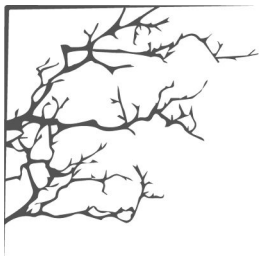
ocurriría si no conseguíamos llegar a ese maldito décimo círculo a tiempo.

—No sé cómo hacerlo —admití, suspirando—. No sé qué buscar.

—Búscalo *a él,* Oksana —me animó Garrett, con una mirada tan dulce que por un instante borró el pánico que sentía—. Puedes hacerlo. No es casualidad que fueras tú la elegida para buscar a Teo, y no otra persona. Ambos lo sabemos.

Asentí y cerré los ojos, rastreando en el vacío en busca de la mente de Teo.

Traté de regresar al primer momento, al día en que la había escuchado por primera vez: esa mente tan fría y oscura; tan distinta de todas las demás hasta entonces... esa mente que me encandiló desde que percibí su primer susurro, y que anidó en lo más hondo de mí, contra mi voluntad, convirtiéndose durante años en mi emisora favorita.



Oksana



Siete años atrás

Mi fiesta de cumpleaños terminó en tragedia, y desde entonces mis padres, que nunca me entendieron ni mostraron gran empatía hacia mí, se volvieron todavía más fríos y distantes. Lo de Mitya fue considerado un accidente; un niño diferente y con problemas, ahogado en una piscina por falta de vigilancia.

Pero Mitya era consciente de que no sabía nadar, y no se habría lanzado solo a la piscina. Tenía miedo al agua. No habría saltado por iniciativa propia. La policía archivó el caso en cuestión de días, como si todos tuvieran prisa por olvidarlo. Ni siquiera interrogaron a fondo a los presentes. Todos se conocían, y nadie quería meterse en líos. Un hogar roto en el barrio era más que suficiente.

Por suerte, mi hermano me dejó en herencia el regalo más preciado: la habilidad de bloquear los pensamientos a la deriva, en vez de tener que escucharlo todo. Era como cerrar una puerta desde dentro. La usaba mucho en clase, y ahora también en casa, porque ya no soportaba a mi madre. Casi todo lo que captaba me hundía todavía más en la miseria, y prefería vivir ignorando lo que los demás pensaban de mí.

Terminé el instituto con las mejores notas posibles, y mi padre sugirió que ingresara en la universidad para convertirme en abogada. Yo odiaba la idea de estudiar leyes, pero quizás con ello lo habría hecho feliz de una maldita vez. Solo por eso, me lo planteé seriamente; todo el mundo parecía tener claro mi futuro... menos yo. Mi vida había sido ya trazada de antemano: tras el verano, me marcharía unos años a estudiar al extranjero, en una universidad de élite en la que había sido aceptada por contactos. Después trabajaría con mi padre, hasta que me casara con algún hombre de buena

familia, aprobado por mi madre. Tendría hijos que no quería y así seguiría hasta morirme, vieja y marchita, sumida en una vida que odiaba y que jamás pude elegir.

Pero no veía ninguna manera de escapar de aquella jaula de oro sin abandonar a mi familia por completo, y volar sola del nido era un pensamiento aterrador con apenas dieciocho años.

Acepté la invitación de mis tíos para pasar unas semanas de verano en su hotel de lujo en Mallorca. El plan era simple: desconectar, *evitar a mis padres* y disfrutar de mis últimos días de libertad en solitario.

El sitio era exclusivo, apartado de las zonas más conocidas, repletas de alemanes y británicos: el hotel de mis tíos era un paraíso balear de mar, viento, y buganvillas moradas que trepaban por paredes de piedra blanquecina. Ellos no eran mucho mejores que mis padres, pero se metían menos en mi vida, porque ya tenían bastante con entrometerse en la de sus propios hijos.

Me pasé días enteros apartada de todo el mundo, disfrutando del silencio de no escuchar los pensamientos de nadie.

Más arriba del hotel, en una pequeña colina, encontré un bosquecillo y un campo de olivos. Me aficioné a sentarme a leer a la sombra y anotar frases sueltas. Era agradable cuando el autor me mostraba los pensamientos ajenos de una manera controlada e inofensiva; resultaba curativo para mi mente agotada, después de años enteros bloqueando a todo el mundo que me topaba en la gran ciudad.

Empecé a acostumbrarme a tomar una copa de vino con la comida, y otra con la cena. Noté que no hacía desaparecer mi don, pero sí lo mitigaba. Se volvía más débil y borroso, lo cual me encantaba. Una copa se convirtió en dos, y a nadie le pareció particularmente mal, así que seguí haciéndolo.



na tarde, al bajar la colina de regreso al hotel, lo vi por primera vez.

Había anochecido, y estaba sentado en la terraza del hotel con una copa entre los dedos. Su pelo, rubio y corto, estaba revuelto por el viento, y su camisa blanca de lino quedaba medio desabrochada por la parte superior. Mi primer pensamiento fue que sería uno de esos músicos o actores que se instalaban en la isla por temporadas: en teoría, venían huyendo de su fama, aunque en realidad, estaban huyendo de sí mismos... igual que yo.

—¿Tú eres la sobrina misteriosa? —preguntó, el extraño sin girarse, con acento británico.

Me detuve. ¿Cómo me había oído llegar por detrás, a pesar de la música?

—¿Y tú el huésped que solo sale por las noches? —repliqué.

Entonces sí se giró. Me repasó de arriba abajo con unos ojos azules que, si te fijabas, tenían un brillo extraño, casi sobrenatural. Luego sonrió, y, de nuevo, noté algo extraño en su perfecta dentadura blanca, de colmillos algo puntiagudos. No me extrañé demasiado porque la gente de Hollywood solía ser excéntrica. También había visto a uno con lentillas rojas, en cierta ocasión.

—*C'est moi* —respondió, halagado de que hubiera oído hablar de él.

Me senté en una mesa cercana, fingiendo desinterés, y le pedí al camarero una copa de vino. Pero mi pulso iba desacompasado. Quería saber qué pensaba este extraño tan atractivo y misterioso. Por reflejo, abrí el radar de mi mente, pero solo me recibió un raro silencio.

O casi. Había ruido, sí, como el eco de una radio mal sintonizada, pero no conseguía captar ni una frase clara.

Eso era nuevo para mí.

Se marchó antes de que yo terminase de cenar, y no probó bocado en todo el tiempo que estuvo allí.

Al día siguiente volvió a aparecer. Y al otro. Al final, la curiosidad fue más fuerte que yo y, a la mañana siguiente, le pregunté a mi tía qué puñetas hacía ese tipo allí, y quién era.

—Ah, es solo Theodore d'Alessandro —respondió ella, revisando que las instalaciones de la piscina estaban perfectas y listas para recibir a sus exclusivos huéspedes tras el desayuno.

—¿Quién? —pregunté, porque no parecía estar dispuesta a decir mucho más.

—No te conviene —respondió con voz dura, ajustándose un tirante de su vestido marrón de lino.

Bufé y puse los ojos en blanco.

—Menuda estupidez. No quiero nada de él. Solo me extraña que se pase el día en su habitación. ¿Por qué lo hace?

—Otro excéntrico que regenta un bar de copas en Ibiza. Ya sabes cómo es esa gente.

Con eso dejó claro que no eran gente como ella y mi tío, que solo aceptaban huéspedes refinados y distinguidos, sino bárbaros abiertos a acoger a todo tipo de borrachos, balas perdidas y malhechores.

Me encantó la idea desde el primer instante.

Esa noche me lo encontré en el jardín, frente al estanque de las ranas. Se había descalzado y había puesto los pies sobre las piedras redondeadas del borde, que aún estaban calientes del sol.

—Siempre estás tecleando en ese móvil —comentó, con aire de superioridad.

Mi primera reacción habría sido responderle algo cortante para que se metiera en sus asuntos, pero me mordí la lengua y traté de ser amable.

—Escribo cosas que escucho —dije.

Él ladeó la cabeza.

—Así que eres una pequeña espía. Sorprendente.

Lo dijo en broma, pero yo no me reí. Desbloqueé la pantalla y le mostré mis notas, con una lista de frases al azar: «Odio mi trabajo», «Está buenísima», «Ojalá tuviera suficiente dinero para divorciarme de este cerdo».

—Veo mucha negatividad aquí, ¿no? —preguntó, entrecerrando los ojos—. ¿Nunca has pensado en escribir historias más alegres?

—No son historias. Son pensamientos reales, de personas reales.

Theodore soltó una carcajada.

—¿Me estás diciendo que puedes escuchar los pensamientos de la gente?

Dudé.

Nunca había hablado a nadie de mi don, desde aquellos años en que mi madre me llevó de especialista en especialista y comprendí que, si no comenzaba a guardarlo en secreto, terminaría encerrada en un manicomio.

Pero aquel hombre era distinto, y me lo demostró de inmediato: me miró fijamente, bajó sus barreras mentales y me dejó escuchar.

Y, así, esa noche descubrí dos cosas:

Primero, que había gente capaz de bloquearme a mí, igual que yo podía bloquearlos a ellos.

Y, segundo, que Theodore d'Alessandro no era un hombre común.

«Yo tampoco soy lo que parezco», resonó en el aire.

Sentí que se me paraba la respiración al oír eso.

—Te oigo —dije con voz entrecortada.

—Léeme —ordenó él—. Ahora.

Lo intenté de nuevo, pero volvió a recibirme el silencio.

Sonrió con cierta malicia.

¡Lo estaba haciendo adrede!

—Tendrás que dejarme entrar —murmuré.

—Esto se está volviendo muy interesante —dijo con cierta admiración.

Probé de nuevo, y otra vez, apareció algo, un eco leve.

«Me interesas.»

Enarqué las cejas, sorprendida.

—¿Te intereso? —repetí sin entender.

Theodore alzó los brazos con fingida inocencia.

—Yo no he dicho nada —susurró.

—Lo has pensado. Justo ahora.

Algo cruzó su rostro, una sombra fugaz.

—Eres peligrosa —dijo.

Pero no sonó como una advertencia. Sonó como un cumplido.

A partir de entonces, pasamos las noches juntos. Primero en la terraza, charlando y bebiendo. Con él bebía menos, porque no quería silenciarlo. Lo deseaba presente. Su mente me era esquiva, y eso me intrigaba.

Él me contaba poco y yo menos. Pero empezamos a reír. A entendernos... A acercarnos.

Theodore d'Alessandro fue mi primer amor verdadero.

El primer hombre que me desnudó, en cuerpo y alma.

El primero al que me entregué por completo.

Por las mañanas me levantaba tarde. A veces cantaba en la ducha mientras me arreglaba: volví a encontrar mi voz de nuevo, por unos días al menos.

Me vestía despacio, pensando en cómo él me quitaría esas mismas prendas más tarde.

Pasamos horas incontables en su habitación, y otras muchas en la mía.

Durante un par de semanas, todo fue mágico. Perfecto.

—Ven conmigo a Ibiza —dijo una vez entre las sábanas—. Olvídate de estudiar leyes; puedo ofrecerte algo mucho mejor. Algo diferente de todo lo que has visto u oído. Un trabajo, una comunidad, una vida en la que experimentarás cosas que los mortales comunes ni siquiera imaginan. Necesito a alguien como tú, Oksana... Te necesito.

«Me interesas» se convirtió en «Te necesito».

Y yo me sentí explotar de emoción.

Dije que sí.

No podía creer mi suerte.

Una noche lo tomé de la mano entre risas y lo arrastré hasta mi escondite entre los olivos.

Allí nos quedamos en silencio tanto tiempo que pareció que el mundo hubiera desaparecido. Teo me miró como si viera a alguien que había estado buscando durante mucho tiempo.

Me incliné, tan atraída por él que no tenía sentido ocultarlo. Él estaba apoyado en el tronco de un árbol. No se apartó, y nos besamos.

Fue raro, como siempre.

Su piel era extrañamente fría; sus dientes demasiado afilados sobre mis labios. Su boca escapó pronto del beso y buscó el lateral de mi cuello, como solía hacer durante el sexo. No me importaba;

había aprendido a desear también esa parte de él, y me excitaba, de una manera algo oscura que no llegaba a admitirme.

Sentí su aliento helado, y un gruñido gutural abandonó su garganta e hizo temblar mi piel.

Una oleada de pasión me recorrió de los pies a la cabeza. Lo quería ya, allí mismo, bajo esos árboles. Me daba igual que, tan solo unos metros más abajo, hubiera una terraza llena de huéspedes cenando, que quizás pudieran escuchar nuestros gemidos.

—Me gustas, Teo —confesé sin pensar—. Me gustas mucho.

Me miró, pero en sus ojos no había sentimientos recíprocos, sino algo parecido al espanto. Dio un paso atrás, y se giró a mirar el horizonte. Sentí un escalofrío que me cruzó el pecho.

«Debería decírselo», escuché en su mente.

—Ya lo sé —respondí en voz alta—. Es obvio. Pero no me importa lo que seas. Solo lo que sientas.

Lo había adivinado mucho tiempo antes. Aquellos besos en mi cuello no eran solo besos, por mucho que a la mañana siguiente no encontrase marca alguna. No me importaba en lo más mínimo si su corazón latía o llevaba ya siglos muerto. El mío también lo estaba, así que eso solo nos hacía más iguales.

Teo sacudió la cabeza.

—Deja de leerme. Soy una criatura sin alma, y solo puedes recoger las migajas que yo dejo caer. No soy como tus amigos humanos; no puedes saber lo que siento. Es más: soy incapaz de sentir nada. Lo que oyes de mí no tiene por qué ser real. Probablemente, no lo sea.

—Pero, ¿y si lo que siento yo *sí* que es real? —repliqué.

Me arrepentí de inmediato de haberle desvelado mi secreto, porque él no contestó.

Solo se dio la vuelta.

—Oksana, me encantaría pasarme el resto de la eternidad haciendo el amor contigo bajo los olivos, pero las vacaciones están llegando a su fin. —Carraspeó, buscando las palabras—. Debemos volver a la realidad.

Su mente me aclaró lo que sus labios no se atrevían a decir por cortesía:

«Esto fue un romance de verano. Ahora voy a marcharme, y no me montes un drama, por favor. No me obligues a hacerte olvidar.»

—Por supuesto —dije fingiendo desinterés—. Fue divertido mientras duró.

—Perfecto.

Escuché un deje de dolor en su voz, pero también había alivio.

—Pero mi interés profesional por ti sigue en pie —añadió, al ver que no iba a causarle problemas—. La oferta de trabajo sigue vigente. ¿Vendrías?

—Lo pensaré —respondí, demasiado dolida para contestarle de inmediato.

La noche siguiente, él ya no estaba en el hotel.

Se marchó sin despedirse, pero al despertar me había dejado un mensaje:

«El Serenata Nocturna te espera. ¿Sí o no?»

Acepté su oferta, y comencé a trabajar en aquel rincón de Ibiza, que cumplió todas las promesas que me había hecho, y más.

Presencié también cómo sus decenas de novias y amantes iban y venían; muchas veces Vanessa, aquella vendedora de ropa descendiente de un íncubo. Y también Iris, aquella americana callada y maniática que fue la última, y quizás la definitiva. Esta me caía particularmente mal, aunque con el tiempo me habitué a ella.

A cambio, paseé también a muchos de mis Romeos por delante de las narices de Teo, aunque no me encariñé con ninguno.

Con el tiempo, me olvidé de aquellas noches en Mallorca. De la primera vez que me besaron de verdad. De todos aquellos sueños que se desmoronaron bajo los olivos.

No volví a cantar jamás, y acepté que la vida me había convertido en un ser incapaz de amar de nuevo, pero me había dado un trabajo fantástico que nadie más podía tener, con personas extraordinarias que, de no ser por Teo, jamás habría conocido. Sin embargo, ahora la vida también estaba a punto de quitarme eso.

Nuestra relación duró apenas unas semanas, pero la conexión con él perduró. Cada vez que intentaba apagar el ruido del mundo;

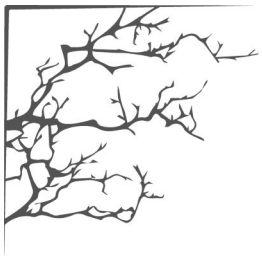
cada vez que la oscuridad se volvía insoportable... la primera mente que oía era siempre la suya.

Llegué a pensar que él lo hacía a propósito.

Que nunca había pasado página del todo.

Lo odié por ello, y sentí que me torturaba.

Pero quizás, por fin, aquella tortura fuera a servir para algo: para encontrarlo en el Inframundo, aunque ahora fuese de otra.



Oksana



Cerré los ojos y, por una vez, no me esforcé por apartar las sensaciones que traía el recuerdo amargo de aquellos besos bajo el cielo estrellado de Mallorca.

Garrett me tomó de la mano, y mientras tanto dejé fluir un poco más esas memorias, disfrutándolas con culpa, como quien rasca la costra de una herida que aún no se ha secado del todo, sabiendo que no debería tocarla todavía.

Apreté los dedos de Garrett, curtidos por el sol y los muchos cortes del trabajo en la cocina, y me abstraje del entorno de aquel túnel absurdo y vacío.

Sentí la pasión de nuevo corriendo por mi cuerpo; esa atracción que no había vuelto a sentir desde entonces, por mucho que lo había intentado.

Olvidé dónde estaba y con quién.

Un remolino surgió entre mis piernas y comenzó a extenderse por mi pecho. Pasión. Era pasión contenida; años de sentimientos reprimidos, a los que había dado permiso para desbordarse por primera vez.

Dos manos se deslizaron por mis antebrazos, hasta sujetarme por los hombros. Eran cálidas; sorprendentemente agradables y firmes.

Pero yo no las quería ahí.

Las quería sobre mi espalda, o abrazando mi cintura... y luego más abajo. Mucho más abajo.

Tomé una y la llevé al lugar deseado. Luego lo abracé tan fuerte como pude, frotándome contra su cuerpo, perdida en esa sensación olvidada que se desbordaba de golpe.

Acerqué la nariz al perfil de su mandíbula angulosa, y sentí su respiración sobre mi cuello.

Entreabrí los labios, buscando los suyos.

Estaba ahí.

Tan cerca.

Casi podía sentirlo, duro contra mi cuerpo, dispuesto a retomar lo que habíamos dejado años antes.

«Oksana. ¿Me oyes?»

Abrí los ojos de golpe, y ante mí encontré el rostro de Garrett, no el de Teo.

Tenía los labios entreabiertos y una expresión confundida, aunque también algo acalorada.

—No me atrevía a interrumpirte —dijo con un hilo de voz, soltándome de golpe—. Estabas en trance y pensé que... pensé que te estaba ayudando.

Sacudí la cabeza. Yo también me sentía confundida. La cercanía de su piel, su calor, su energía... había sido todo tan distinto; tan opuesto de lo que conocía y anhelaba, pero a la vez tan reconfortante. Si no hubiera hablado; si no me hubiera interrumpido... lo habría besado, y lo habría disfrutado. Y sospechaba que él también.

Pero no habría sido justo.

Tomarlo así, como si fuera otro. Usarlo para tapar un vacío.

Inspiré hondo, aún temblando por dentro.

—Lo he oído —dije jadeando, y señalé hacia el primero de los túneles—. Venía de ahí. Me ha llamado.

Señalé hacia el primero de los túneles.

Garrett levantó la palma de la mano abierta.

—Eso es. Lo estás recuperando —dijo, más serio de lo habitual—. Tu don. Tu brújula.

Yo asentí.

No necesitaba más palabras.

Garrett echó a andar, la llama oscilando en su palma, proyectando sombras naranjas en las paredes del túnel. Su silueta, alargada por la luz, avanzaba firme. No miraba atrás.

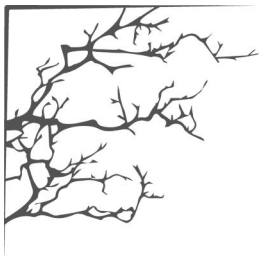
Pero yo sí.

Yo iba detrás, con las rodillas aún débiles, los labios resecos, y una pregunta imposible latiendo dentro de mí:

¿Y si no había sido solo la confusión?

¿Y si no quería que fuera otro?

¿Y si, por un instante... había sido Garrett aquel a quien anhelaba?



Garrett



Seguimos adelante por un túnel cuyas paredes evocaban formas humanas a medio tallar, como estatuas atrapadas en un limbo de piedra.

No quise mirarlas mucho. Sus rostros incompletos me recordaban a mí mismo y a gente que conocía.

Oksana venía detrás, envuelta en un silencio indescifrable.

Y yo aún sentía su aliento en mi cuello.

Su cuerpo, temblando.

El roce de sus labios buscando los míos, aunque no del todo... no por mí.

Pero ¿acaso importaba?

¿Importaba que ese gesto no fuera para mí, sino para alguien que no estaba?

Me repetí que no. Que lo importante era haberla ayudado a encontrar el camino.

Que eso bastaba.

Porque eso era lo que yo sabía hacer, ¿no?

Ser útil. Ser un apoyo altruista. Ser el fuego que iluminaba a otros, aunque todos me abandonasen al final.

Me lo repetí tantas veces que casi me lo creí.

Casi.

Sacudí la cabeza.

Maldita sea.

No era eso lo que quería, por mucho que odiase admitirlo.

Quería ser el centro. La yesca que iniciase la llama. El fuego por el que ardiese su cuerpo.

¡Por todos los diablos!

Tanto tiempo entre humanos, y ya empezaba a pensar como ellos... a desear como ellos.

—¿Todo bien por ahí delante? —preguntó Oksana.

Me giré y la encontré agachada, recuperando el aliento con las manos en las rodillas. ¿Había estado caminando demasiado deprisa? A veces me olvidaba. Mi cuerpo era mortal, pero no se cansaba como el suyo.

Su rostro estaba tenso. Los labios apretados. La mirada clavada en el suelo. Llevábamos muchas horas sin dormir.

—¿Estás cansada?

—Estoy *bien* —respondió con voz dura—. Pero si *tú* estás cansado, podemos parar un rato.

Sonreí a medias ante su terquedad, que ocultaba todo lo que no estábamos diciendo.

Sin duda, ambos necesitábamos una pausa.

En ese momento, se oyó un ruido leve, como el de un animal rascando.

—¿Oyes eso? —pregunté en un susurro.

Ella negó con la cabeza, aunque con poca convicción.

—Parece un topo —dijo.

—Si es un topo, debe de ser del tamaño de un oso.

Y, que yo supiera, no había ninguno en la Umbrícora, a no ser que los demonios a cuatro patas contasen.

Nos detuvimos a escuchar, y esta vez, el eco nos devolvió pasos que no eran los nuestros.

—Hay alguien al final del túnel —susurró Oksana, poniéndose pálida.

Me di la vuelta. Al otro extremo del túnel adiviné un leve resplandor.

—Pues parece que al otro extremo también hay algo —murmuré con muy poco entusiasmo.

—Estamos fastidiados —declaró, haciendo eco de mis pensamientos.

Puse una mano en su brazo. Llevaba la camiseta negra arremangada, y noté que tenía los vellos de punta. Su cuerpo estaba tenso, en guardia, como el de un felino a punto de atacar.

—No te muevas... —empecé, pero no terminé. Porque, en ese momento, el aire cambió.

La temperatura subió. Un olor acre y dulzón inundó el pasadizo. Recordaba a incienso quemado, mezclado con sangre vieja.

Un cuerpo humanoide emergió de la boca del túnel, con dientes como cuchillos. Sus brazos eran largos y delgados, como si fuera puro músculo despellejado. En el lugar de sus ojos había llamas rojizas, que bailaban dentro de dos cuencas vacías. Sostenía una antorcha primitiva, que ardía con fuego azul.

—*Igniel* —susurró con voz pastosa al acercarse a mí—. Cuánto tiempo... aunque me han dicho que te cambiaste el nombre, viejo amigo.

Oksana retrocedió un paso.

—Tienes amigos muy raros —masculló, pegándose a la pared mientras los rostros tallados en ella parecían sobresalir y mirarla con los ojos salidos de las órbitas.

—¿Quién eres? —pregunté, tratando de reconocer a esta criatura entre las muchas que me había encontrado durante mis andanzas pasadas.

—Un siervo —respondió él—. Una sombra de lo que fui. Antes fui humano, pero aquí la carne se pudre. —Las oquedades de sus ojos flamearon con un atisbo de locura—. ¡Pero la esperanza no!

No contesté. Ya sabía lo que era: un alma corrompida, distorsionada por este plano.

Su perorata sobre la esperanza lo había delatado: era un antiguo Liberador, sin duda. Había conocido a muchos de ellos: el que convirtió a d'Alessandro era uno, por nombrar un ejemplo. Los Liberadores fueron durante un tiempo uno de nuestros enemigos principales. Normalmente, eran humanos o criaturas sobrenaturales que se asociaban a los demonios, unidos por un objetivo común: su deseo de desatar la Oscuridad por el mundo entero. Pero, a diferencia de estos, la Umbrícora los cambiaba, y con el tiempo dejaban de ser los mismos.

—Vais a morir si seguís adelante —dijo la criatura, mirando a Oksana primero, y luego a mí—. Ella, sin duda. Pero tú, Igniel... tú podrías unirte a nosotros.

Oksana entrecerró los ojos al escuchar de nuevo mi antiguo nombre en labios de aquel engendro.

—No estoy interesado —respondí chasqueando la lengua.

—Te equivocas —insistió él—. Sabemos lo que tú más deseas, y con nosotros podrías recuperarlo. Tus alas... Tu familia... Todo. Todo lo que *Ella* te negó, con nosotros lo tendrías.

La otra criatura nos flanqueó por el otro lado, mientras las estatuas talladas en la roca comenzaban a moverse, tomando la forma de mi exmujer y de mi hija, con los brazos extendidos hacia mí, como si me llamasen sin emitir sonido alguno.

Parecían tan reales que mi mano tembló un instante, y la llama que sostenía casi se extinguió.

Oksana me miró.

—Garrett —dijo en voz baja—. El fuego.

La criatura continuó:

—Imagínalo. Su risa. Sus abrazos... Recuperar a la mujer que amas... ¿No harías cualquier cosa por tener todo eso de nuevo?

Oksana me lanzó una ojeada fugaz, con el ceño fruncido.

—Cállate, engendro maldito —dije apretando la mandíbula.

El fuego volvió a crecer en mi palma, alimentado por una súbita oleada de rabia.

Oksana señaló con disimulo su bota derecha, donde un objeto duro se marcaba bajo la tela del pantalón. Luego miró de reojo al Liberador a nuestra izquierda, y yo entendí al instante.

—Ella te llama cada noche, Garrett —siguió el engendro—. En sus sueños. ¿Quieres oírla otra vez?

—¡He dicho que te calles!

Concentré toda mi energía en las palmas de mis manos hasta que dos llamas enormes crecieron sobre ellas. Lancé una sobre la criatura a mi derecha, mientras Oksana sacaba un cuchillo de su bota y se lo clavaba al otro en el cuello.

En cuanto ella se apartó, lancé la otra llamarada sobre ese también.

El fuego envolvió a los Liberadores corruptos como un lazo de serpientes. Gritaron, y el primero se abalanzó sobre mí en llamas. Blandió su antorcha azul sobre mi rostro y me aparté como pude. Sentí el fuego sobre el cuerpo, y mi ropa comenzó a arder, mientras él trataba de clavarme en el costado su antorcha, como una lanza.

Rodamos por el suelo, hasta que Oksana se acercó con su cuchillo. La criatura agarró una llamarada de fuego residual y la lanzó contra su cara, pero ella se apartó justo a tiempo, aunque le quemó parte del pelo. Con un gruñido gutural, se lanzó sobre la criatura y la remató. Esta se replegó, con sus miembros contorsionados por el calor, y finalmente las llamas que brillaban en las oquedades de sus ojos se apagaron.

Traté de alzarme y ponerme de rodillas, y Oksana corrió hacia mí.

—¡Estás herido! —exclamó, mirando a ambos lados por si venía alguno más.

—No es nada —dije, aceptando su mano para ponerme en pie.

—¡Estabas ardiendo! —gritó.

Sacudí la cabeza.

Ella no lo sabía, pero yo no podía arder con mi propio fuego. Lo único que podía afectarme eran los golpes, pero eso se me pasaría pronto.

Oksana se agachó y observó mi camiseta chamuscada, de la que apenas quedaban jirones.

—Hay que quitarte eso —ordenó—. Déjame ver si tienes quemaduras graves.

—No tengo nada —insistí, pero ella ya estaba tirando de la tela, que cedió y cayó a mis pies con un revoloteo que olía a quemado.

Se quedó ahí, detrás de mí; observando mi espalda expuesta.

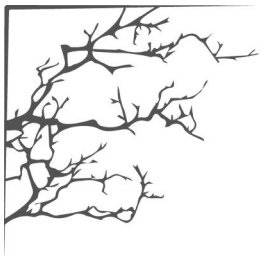
Un gemido de sorpresa escapó de sus labios, pero no dijo nada.

Giró en torno a mí, con los ojos como platos.

Sus dedos se deslizaron, incrédulos, sobre la piel de mi espalda desnuda, y rozaron la piel sobre mis omóplatos, quedándose ahí unos segundos más de lo necesario.

Ninguno de los dos dijo nada.

Solo me miró, comprendiéndolo todo por fin al ver las cicatrices; las marcas en el lugar donde una vez estuvieron mis alas.



Garrett



Sídney, Australia –10 años atrás

El tráfico de la gran ciudad se detuvo mientras una procesión de turistas, una anciana con parasol y dos pájaros ibis cruzaban la calle. Eran las ocho de la mañana, y el cruce entre George Street y Market hervía de tráfico y peatones.

Me habían enviado para impedir una muerte accidental, que no debía ocurrir porque la víctima tenía todavía una importante misión en la vida, que yo desconocía. Solo sabía que se trataba de Alison Mary Harlow, veinticinco años, aspirante a actriz y nativa de una granja rural de Nueva Gales del Sur.

Según el informe, había crecido entre viñedos y ovejas, pero ella siempre quiso llegar más lejos y conquistar a algún productor de cine con sus encantos, su melena caoba y su tez color caramelo.

Hasta ella sabía que estaba destinada a algo grande. Lo había sabido desde niña, cuando se disfrazaba con su peluca rubia, improvisada con paja del establo, e imitaba a las actrices de las telenovelas que veía su madre. Esta chasqueaba la lengua y la obligaba a copiar más versículos del Libro de Proverbios, como penitencia por su vanidad. No debió de ser fácil para Alison Mary crecer en esas condiciones, escolarizada en casa por una estricta madre evangélica; pero, aun así, la joven consiguió escapar a Sídney apenas cumplidos los diecinueve, dispuesta a cumplir su sueño o morir en el intento, y convertida en la mucho más ambiciosa *Alicia* Harlow.

Si yo no hubiera estado allí esa mañana, Alicia habría muerto en el intento; pero eso ella no lo sabía, al igual que el resto de mis protegidos, ni lo sabría jamás.

Mi labor debía ser siempre benéfica, silenciosa e imperceptible.

La reconocí de inmediato porque no caminaba como los demás; parecía que George Street fuera una pasarela, y ella una modelo en plena función.

Miraba la pantalla del móvil y corría con sus tacones de vértigo, recitando el texto de un guion en voz baja y sujetando un café en un vasito de papel. La seguían otros cuantos ibis más: esas aves conocidas cariñosamente como *bin chickens*, o "pollos de basurero".

Mi cometido, como siempre, era cumplir con la misión y disiparme de inmediato entre la multitud.

Alicia no sabía que, en siete segundos exactos, un tranvía la lanzaría sobre la calzada, y de ahí... al otro plano, cercenando su existencia en este.

Siete. Seis. Cinco...

El semáforo se puso en rojo, pero Alicia continuó leyendo mientras caminaba, distraída. Los ibis la siguieron también, con sus patas largas y sus picos negros como la guadaña de la muerte.

Me agazapé al borde de la calle, esperando.

Escuché llegar al tranvía.

Tres. Dos.

El tranvía hizo sonar la campana.

Alicia levantó la vista del teléfono, con terror en los ojos.

La empujé, justo a tiempo, y ambos rodamos por el suelo, entre el olor a café derramado, el traqueteo eléctrico del tranvía pasando a escasos centímetros de nosotros y el grito colectivo de toda la gente que acababa de presenciar la escena.

—¡Eh! ¿Estás bien? —me preguntó ella, sacudiéndose el polvo de los codos—. ¡Vaya susto! Ese tranvía casi se nos lleva por delante.

—Estoy bien —respondí, ignorando la palabra "nos".

Ella me escaneó de arriba abajo, sonriendo con labios carnosos, pintados de rojo intenso.

—¿Cómo te llamas?

No. No. Este no era el plan.

Yo tendría que estar ya a cientas de millas de allí, y no conversando con mi protegida. Iba contra las normas, y me iba a llevar una buena reprimenda si no salía pitando.

Pero no pude evitarlo.

Obviamente, no podía decirle mi nombre, así que miré a mi alrededor frenéticamente, en busca de inspiración.

Un repartidor de comida rápida pasó junto a nosotros, con una gorra en la que ponía: «Garrett's Burgers».

—Garrett —dije con naturalidad.

—¿Garrett *qué?*

Lo preguntó como si fuera importante. Como si, quizás, mi apellido pudiera servirle de escalera para trepar a lugares a los que no podía llegar sola. Obviamente, no era así, pero eso me daba igual. Se me ocurrió algo apropiado y sonreí al decirlo.

—Celestine. Garrett Celestine.

—Soy Alicia —dijo tendiéndome la mano—. Déjame que te invite a un café. Para agradecer que me hayas salvado la vida, *Garrett Celestine.*

Lo dijo con una sonrisa burlona, como si en realidad no creyera que la hubiera salvado; como si pensase que, de todos modos, habría saltado a tiempo por su cuenta. Para ella todo era un juego, y se notaba que se estaba divirtiendo.

—No... no creo que pueda —respondí, mirando hacia arriba por si alguien había venido a controlarme—. Tengo que regresar al trabajo.

Ladeó la cabeza, dejando caer los mechones caoba sobre un hombro.

—Yo también —admitió—. Iba de camino a una audición. Pero podríamos quedar más tarde. ¿Trabajas por aquí?

—Bueno... aquí y allá. Viajo bastante.

—Pero ahora estás en Sídney —replicó, juguetona—. Parece que el destino ha querido que coincidiésemos. Y uno no debe contradecir al destino, ¿no crees?

Se mordió el labio, provocándome.

Para mí todo aquello era nuevo.

No solía interactuar tanto con *ellos*, y, para ser sincero, me estaba resultando fascinante.



Nos casamos seis meses después.

Alicia era puro fuego; y yo, acostumbrado a lidiar con las llamas, me quedé prendado de ella desde el primer instante.

Su belleza me desarmaba. Su vida era una procesión de castings, fiestas donde supuestamente conocería a ese productor que la haría saltar a la fama y noches llorando junto a una botella de vino, cuando su sueño se le escapaba de nuevo, y otra puerta se cerraba.

Pero yo siempre estaba ahí, a su lado, sosteniéndole la mano, porque sabía algo que ella no: la esperaba algo grande, algo increíble, una misión que solo ella podría llevar a cabo... nunca llegué a saber qué era, pero sin duda existía; si no, no me habrían llamado para salvarla.

Quedarme con ella supuso para mí un sacrificio impensable, aunque nunca se lo dije, ni a ella, ni a nadie.

El día en que se cumplió un mes desde el incidente del tranvía, me presenté ante La Diosa. Le pedí que me permitiera convertirme en un hombre mortal para vivir junto a esa mujer a la que apenas acababa de conocer. Le supliqué que me liberase de mi labor celestial, para poder experimentar una vida común en La Tierra.

La Diosa me miró con tristeza, oculta entre sus velos de nubes y estrellas.

—No lo hagas —me advirtió—. Los mortales son volubles. Te decepcionará.

—Me he enamorado —repliqué.

—Eso es imposible.

—Puede ser. Pero es cierto.

—Eso no es amor, Igniel. No te confundas.

—Insisto. Sé lo que digo.

—Haré lo que tú desees, aunque sentiré tu pérdida. Eres libre de elegir, y te concederé lo que me pides, pero recuerda que no podrás volver atrás. No podrás hablar a nadie de tu pasado, y te convertirás en un hombre mortal, como ella. ¿Aceptas, aun bajo estas condiciones?

Asentí.

—Acepto.

—Te dejaré un regalo de despedida —dijo la Diosa tras pensarlo un momento—. Podrás conservar tus alas y tu fuego, pero los usarás solo para actos altruistas. De lo contrario, los perderás también.

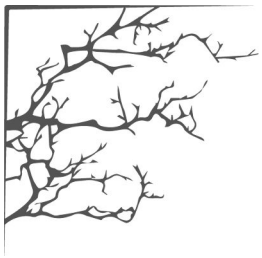
—Gracias, Mi Señora.

La Diosa me concedió la mortalidad, y con ella el derecho a amar... A sangrar...

Y a equivocarme.

Yo elegí a Alicia, y me equivoqué.

Pero entonces aún no lo sabía, y tardaría años en entenderlo.



Oksana



Le quité lo que quedaba de su camiseta, sin pedirle permiso.

—Ya te he dicho que estoy bien —gruñó, pero su voz temblaba de tensión contenida.

Sí, claro. Acababan de clavarle una antorcha en el costado, y su ropa había ardido en llamas.

Estaba claro que no podía estar *bien*, por muy fuerte que fuese.

Sintonicé con su mente, y no pude captar un mensaje concreto, pero sí algo parecido al miedo, y una expectación que crecía.

Noté que él deseaba que yo hiciera algo. ¿Pero qué? Algo... ¿prohibido? Algo en lo que ni siquiera se atrevía a pensar, por miedo a ser descubierto.

Estaba cada vez más intrigada.

Me situé detrás de él, tiré de los jirones de su camiseta, y los dejé caer al suelo.

Y entonces las vi.

Dos cicatrices antiguas y rosadas, en forma de líneas arqueadas. Una a cada lado de la columna, en la parte superior de su espalda.

Parecía un desgarro, o la sombra de algo que un día estuvo allí, pero ahora ya no estaba.

Como si algo hubiese sido arrancado de él, y no hubiera vuelto a crecer nunca más.

Sin pensarlo, extendí la mano. Garrett se tensó al notar el contacto, pero no se apartó. Pasé los dedos por la curva de una de las marcas, y al posar el dedo sobre ellas, una oleada de recuerdos ajenos me sacudió.

Garrett, sobrevolando un poblado medieval, tratando de salvar a niños inocentes de un saqueo sangriento.

Un campo de batalla en el norte de África, mientras él buscaba entre los rostros a quienes le habían asignado, desesperado por salvar sus vidas antes de que una guerra injusta las terminase demasiado pronto.

Había tantas imágenes inconexas que tuve que soltarlo tras unos segundos, abrumada por tantos recuerdos, que parecían datar de cientos, incluso miles de años atrás.

No lo entendía.

No podía ser.

—No eras humano —susurré.

De pronto, todo cobró sentido.

Garrett nos había ocultado sus habilidades de dominio del fuego, pero al conocerlas, simplemente pensé que se trataba de una habilidad mágica, igual que mi telepatía, o la telequinesis de Naomi.

Pensé que era un descendiente de brujos, con la habilidad de manipular el fuego a su antojo.

Pero Garrett era mucho más que eso, y ahora empezaba a entender más cosas.

Garrett guardó silencio, sin responder a mi pregunta.

Saqué el botiquín de la mochila que él cargaba, y empapé una gasa en desinfectante para limpiarle la herida dejada por el mango de la antorcha.

Durante un rato, no dijimos nada. Le limpié y vendé la lesión, mientras él se mordía el labio, sin emitir ni un solo quejido.

Pero le dolía, y se notaba.

Si alguna vez había sido un ser de otro plano, ahora ya no lo era. Su carne sangraba y dolía igual que la mía. Podía sentir dolor, y sus heridas no se cerraban al instante.

El silencio nos envolvió como una cúpula, pero no era incómodo. Era denso, como una dulce melaza, y lleno de cosas sin decir.

—¿Qué eras? —pregunté, sin poder contener más la curiosidad—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Garrett suspiró.

Me empujó suavemente a un lado, para que dejara de vendarle. Ladeó la cabeza, y observé que tenía la barba algo crecida, aunque

le quedaba bien igualmente. Era difícil que algo le quedase mal a Garrett.

—Su nombre era Alicia —susurró de manera inesperada. No me miró al decirlo, como si hablara para sí—. Me enamoré de ella como un idiota. No sabía lo que hacía; ni siquiera me di cuenta de a cuánto estaba renunciando para estar con ella. Pero lo hice, y aun así, no me arrepiento.

—Sé lo de tu ex en Sídney —admití—. ¿Te refieres a ella?

Asintió. Era difícil no saberlo, cuando no paraba de recibir llamadas relacionadas con su escandaloso divorcio.

—Vaya mierda —dije, porque me costaba encontrar algo mejor que decir en tal situación.

Lo había dejado todo por esa mujer, y ahora ella lo había dejado colgado.

—Pero... ¿tú todavía la amas?

Recordé las palabras del engendro que nos había atacado:

«Sabemos lo que tú más deseas, y con nosotros podrías recuperarlo. Tus alas... Tu familia... Todo. Todo lo que Ella no quiso darte, con nosotros lo tendrías».



—No. A ella no. Pero Addison... ella es otra cosa.

—¿Addison?

Garrett sonrió con nostalgia.

—Mi hija.

—¿Tienes una hija? —exclamé, algo horrorizada al imaginarlo—. Nunca me habías hablado de ella.

Nunca fui amante de los niños.

Solo había tenido malas experiencias con ellos.

Pero la imagen de una niña con los ojos de Garrett me descolocó más de lo que esperaba.

—Supongo que hablar de ella solo me hace echarla de menos todavía más —murmuró—. Pero ella hace que todo valga la pena.

Todo lo que dejé atrás. Todo lo que perdí. Vivo esperando el día en que vuelva a estar con ella.

—Pues... Espero que ocurra pronto —dije, a falta de algo mejor.

Me costaba imaginar a Garrett como padre. Pero sentí el dolor que destilaban sus palabras, y también que no quería seguir hablando de ello. Se notaba que, si seguía escarbando ahí, iba a romperse algo que ya estaba demasiado cerca del límite.

—Tenías alas —afirmé. No era una pregunta. Comencé a atar cabos—. Eras un...

—¡Shh! —Me hizo callar—. Por favor, no lo digas. Te dije que no podía hablar de ello.

Pero yo no pude evitarlo. Estaba horrorizada. Furiosa en su lugar.

—¿Qué Diosa sería ser tan cruel como para arrancarle las alas a uno de sus vasallos, después de milenios a su servicio? —exclamé, alzando las manos—. Por eso mismo no venero a ningún dios. Todos los que he conocido eran unos caprichosos, con complejo de mártir.

El rostro de Garrett se torció un instante, como si mi comentario le hubiera dolido.

—Ya te dije que fue un contrato —respondió, con un suspiro que sonó más a confesión que a defensa—. No cumplí mi parte. Me lo gané. No fue culpa de Ella.

Bufé.

—¿Y qué hiciste tú, si se puede saber? ¿Qué crimen tan terrible pudiste cometer para merecer esto? Eres demasiado bueno, Garrett. Demasiado puro. Te conozco bien, y sé que no pudiste hacer algo tan terrible como para merecer... todo esto.

Mi mano volvió a posarse sobre sus cicatrices, sin pensarlo. Se notaban irregulares, como si la raíz de sus alas hubiera lacerado la piel al arrancarlas. Tenía aspecto de haber sido doloroso. Traumático.

Sus músculos se tensaron bajo mis dedos y su piel se erizó. Garrett me miró, y esta vez su mirada fue distinta. El fuego titilaba, débil, reflejado en sus pupilas. Algo se encendió en sus ojos, y casi habría jurado que ardía por mí.

No dijo nada, pero se acercó un poco más.

Me acarició el pelo; pude ver de reojo que me faltaban un par de mechones, que aquella criatura infernal me había chamuscado.

Apartó lo que quedaba de mi cabello, sujetándolo detrás de mi oreja.

Sentí el aroma de su piel, de su vello corporal algo quemado; el suave sudor que hacía brillar sus hombros bien torneados, de tantas horas pasadas haciendo deporte en el mar.

Lo tenía justo ahí, desnudo de cintura hacia arriba. Impresionante, moldeado por el ejercicio y bronceado por el sol.

Pensé que iba a besarme.

Entreabrí los labios y me acerqué, deseosa de cerrar la distancia entre nosotros.

Pero entonces recordé lo que había ocurrido antes, cuando había intentado conectar con Teo.

No quería que pensase que era por eso; que estaba usándolo para besar a otro, que solo existía en mi imaginación.

Esta vez, la atracción era real, y era por él: no había duda.

Estábamos muy cerca, a apenas unos milímetros.

El fuego chisporroteó un poco más fuerte, y Garrett dio un respingo.

Se frotó el costado y se ajustó de nuevo el vendaje que le había puesto sobre la herida.

—Discúlpame, estoy muy cansado —dijo, cerrando el tema—. ¿Te importaría si descansamos un rato?

Asentí, tragándome todas las palabras que no había podido pronunciar.

—Claro. Con esa herida deberías dormir un poco. Me quedaré despierta haciendo guardia. Podemos turnarnos.

Nos acomodamos en una oquedad de la roca, espalda contra roca, hombros pegados. El fuego nos rodeaba, proyectando sombras anaranjadas.

Nos tocábamos, pero no hablamos más.

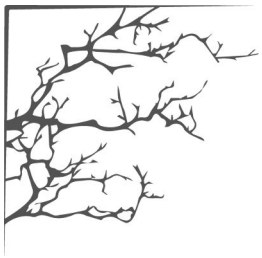
Pero su hombro rozaba el mío.

Sentí su calor y observé de reojo sus labios, y la línea perfecta de su mandíbula. Me pregunté cómo sabrían esos labios si me besaran.

Pensé que, si me hubiera tomado en ese mismo lugar y en ese instante, no lo habría rechazado.

Me quedé despierta para vigilar, aunque creo que él tampoco se durmió.

Sin necesidad de leer su mente, sabía que algo mutuo estaba creciendo entre nosotros, e iba más allá de esa sensación de ser dos seres expulsados del paraíso, incomprendidos por el resto del mundo.



Garrett



Sídney, Australia – 6 años atrás

Recuerdo perfectamente el día que marcó el inicio del fin. El día en que comencé a entender las palabras de La Diosa; el verdadero dolor y decepción de la vida como mortal.

Una fiesta. Un centenar de rostros sonrientes, copas alzadas y miradas maquilladas. Gente de la industria del cine, todos fingiendo que no se envidiaban entre sí. Y un productor recién aterrizado de Los Ángeles que puso su mira sobre mi mujer... justo delante de mis narices.

Llevábamos cuatro años casados. Teníamos una hija, Addison, que acababa de aprender a decir "papá" y se reía con el mismo carisma que su madre.

La vida, al menos en apariencia, era perfecta.

Estaba encantado de mi elección, y me preguntaba por qué no lo habría hecho antes.

Después de mi caída, me enamoré aún más de Alicia, y también de la vida terrenal. Me acostumbré a ser Garrett Celestine, me olvidé de quién era Igniel, y comprendí todo lo que me había perdido contemplando La Tierra desde las alturas: los detalles minúsculos, los placeres que solo tienen sentido cuando sabes que el tiempo es limitado.

Además de los obvios placeres carnales, que con Alicia me llevaron a esferas desconocidas, descubrí algo que me fascinó desde el primer minuto: la cocina.

No me costó nada decidir mi profesión, y conseguí un puesto de cocinero a la primera.

Manejar el fuego me resultaba hogareño y familiar. Y, ahora, tenía el aliciente extra de poder sentir hambre, y el placer de poder

saciarla y disfrutar del sabor de una tarta de chocolate recién hecha, o del chisporroteo de un wok dulce y picante, con ajos tiernos, jengibre y guindilla. Todo eso era nuevo para mí, y me encantaba.

Y luego estaba el kitesurf.

Muchos practicaban surf en la zona, pero eso no era lo mío. El surf era divertido, pero no tanto como el *kite*.

Si sabías rendirte al viento, este te elevaba, y podías volar sobre las olas.

Me gustaba ir a la playa de Brighton-Le-Sands, con su costa larga y plana. Allí, entre el cielo y el agua, recuperaba algo de lo que había sido. Usando mi cometa y la dirección de la brisa, tomaba impulso y volaba, aunque fuera solo por unos segundos.

Por entonces, aún conservaba mis alas, aunque eran invisibles al ojo humano.

Las usaba poco, y siempre en secreto, solo si había vidas en peligro o algo que mereciera el riesgo.

Después de todo, el acuerdo era claro: no debía intervenir en exceso. No debía ser visto. Y, sobre todo, debía usarlas solo para ayudar a otros.

A veces me perdía horas en el agua, con la cometa tensada por el viento y el sol bajando tras el horizonte. No pensaba en nada. No sentía culpa, ni pérdida, ni gloria. Solo era un hombre, existiendo, quemando sus horas y cortando el azul con sabor a sal en los labios.

Años más tarde, desde esa misma playa, observaría los tejados de las villas residenciales de Kyeemagh, pensando en que Addison vivía allí, aunque yo ya no pudiera ir a verla.

Pero no nos adelantemos.

La fiesta.

Alicia llevaba un vestido rojo y aterciopelado, que recordaba a un capullo de rosa. Destacaba entre todos los demás, a pesar de encontrarnos en un auténtico hervidero de *beautiful people*.

La casa a la que nos invitaron se encontraba en Tamarama (o, mejor dicho, *Glamarama*, como solíamos referirnos cariñosamente a aquella zona, rebosante de ricos y famosos). El jardín tenía vistas infinitas al Pacífico, había champán en cada esquina y por todas las partes resonaban conversaciones sobre *nuevas oportunidades* y

productores *a la caza de talento local con acento exótico* que le diese vidilla a las típicas producciones americanas hechas con cortapastas.

Brandon Hollister no me pareció un mal tipo cuando lo vi por primera vez: otro cuarentón alto y con barba recortada, con no demasiados kilos y suficiente pelo en la cabeza para ser considerado atractivo. No era particularmente guapo ni feo, pero sí tenía ese encanto intangible que se desprende de la gente que se baña en el éxito, la popularidad y el dinero.

Ojeó a Alicia y me ignoró a mí, pero eso me dio absolutamente igual, porque yo era un feliz cocinero, y no estaba allí para hablar de mí, sino para impulsarla a ella al estrellato.

Hollister se acercó, le ofreció una copa a mi mujer y soltó una frase con gancho. Tras las típicas presentaciones, desveló que tenía un proyecto perfecto para ella.

Nos miramos: vi la ilusión rebosando en sus ojos. Asentí, animándola.

—Tengo una serie en preproducción —dijo Hollister, con una mano en el costado de la boca, dejando claro que aquello era una primicia—. Y necesitamos a una actriz *exactamente como tú.*

—¿Como yo? —repitió ella, ilusionada—. ¿Y qué clase de actriz soy yo?

—Encantadora, bella, ambiciosa... Serías perfecta para el papel. Pero no buscamos solo una actriz: ¡buscamos un icono! Alguien memorable.

—¿Y de qué es la serie?

—Vampiros. Brujas. Demonios... Un mundo sobrenatural que convive con el nuestro.

Alicia soltó una carcajada exagerada y agitó su melena.

—¡Vaya! Así que, ¿un rodaje de fantasía? Eso sí que no me lo esperaba —Rio de nuevo, algo decepcionada—. ¿Es una serie para niños?

Esta vez fui yo quien sonrió, porque había ciertas cosas que no me permitían contarle, y me divertía su ingenuidad.

—No es cosa de niños, querida —replicó Hollister—. La plataforma nos ha puesto cien millones de dólares sobre la mesa, así

que parece que también muchos adultos creen en mi serie. Imagínate la exposición que supondría... *Alicia.*

Alicia se quedó sin aire cuando Hollister pronunció su nombre con acento americano.

Me tendió su copa, sin girarse a mirarme.

—Cariño, ¿me traes otra? —dijo con voz entrecortada.

—Por supuesto —dije, emocionado al ver que su oportunidad, por fin, se estaba materializando.

Entendí que era mejor que me alejase un poco, para que ellos dos pudieran discutir los pormenores en privado.

No sabía que, a partir de entonces, se esperaría de mí que me mantuviese alejado *para siempre*, para que ellos pudieran hacer *todo tipo de cosas* en privado. Cosas que antes habían sido exclusivamente mías, y que no eran, en absoluto, profesionales.

Me pasé el resto de la fiesta haciendo burbujas en un refresco con una cañita, y rememorando el día en que la había conocido.

Qué lejos había llegado mi Alicia, mi Alison Mary. Estaba tan orgulloso de ella. Ahora lo entendía todo: por eso tuve que salvarla. Por eso nos conocimos.

Esa noche, mientras ella se quitaba el vestido frente al espejo y la niña ya dormía, me acerqué por detrás a bajarle la cremallera.

—Puedo sola —dijo, apartándome.

—Sé que puedes. Tú puedes con todo, pero... tenemos algo que celebrar, ¿no?

Se dio la vuelta, cubriéndose el sujetador con la parte superior del vestido abierto, como si fuéramos dos desconocidos.

—No lo entiendes, Garrett.

Dio un paso atrás. Parpadeé, perplejo.

—La verdad es que no. Explícamelo.

—Esta es mi oportunidad, y no voy a dejarla pasar.

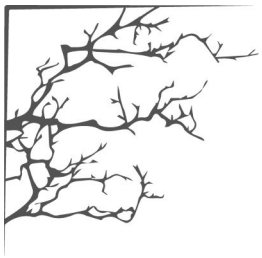
—¡Claro que no! —la animé—. ¡Es la oportunidad de tu vida!

—Lo es —respondió con dureza—. Y haré *todo* lo necesario para que no se me escape.

—¡Por supuesto! Y yo te apoyaré desde las sombras, orgulloso de ti y de lo lejos que llegarás. De lo lejos que *has llegado.*

Sacudió la cabeza, y pronunció nuestra sentencia de muerte, aunque en su voz no hubo pesar alguno:

—Garrett, Garrett... no seas inocente —dijo—. ¿Acaso crees que alguien consigue cosas grandes aquí sin dar nada a cambio?



Garrett



Sídney, Australia – 6 años atrás

Desde que Alicia conoció a Brandon Hollister en aquella fiesta, algo cambió para siempre.

El amor que yo creía que compartíamos, real o no, se evaporó en un suspiro; en el mismo instante en que comprendió que yo ya no era un peldaño útil, sino un obstáculo en el camino hacia el éxito. Ella no quería un compañero: quería una escalera. Y necesitaba una que la llevara más alto de lo que yo podía ofrecerle.

La Diosa me lo había advertido.

Y entonces, por fin, entendí lo que Ella había querido decirme.

Pero lo peor no fue perder a mi esposa, sino lo que vino después.

El divorcio en sí fue rápido. Frío. Estratégico.

Alicia, que un segundo antes me susurraba amor eterno cada noche, se transformó de pronto en un demonio legal, rodeada de los mejores y más sanguinarios abogados de Australia y Estados Unidos.

Con su ayuda, y con el respaldo de su nuevo amante, se quedó con todo: la casa, el coche, el dinero... Pero a mí eso me daba igual: mientras me quedaran mi wok y mi *kite*, seguía siendo yo. Y al principio, al menos, podía ver a mi hija cada fin de semana. No era ideal, pero era algo.

Pero eso fue solo hasta que Alicia se mudó al extranjero... y se la llevó con ella.

A mi Addison. Mi niña. Mi pedazo de cielo en la Tierra.

Eso *sí* que me partió en dos.

Esa niña era la única parte de este mundo que aún me conectaba con lo sagrado, y ella la usó como un escudo y como moneda de cambio.

Alicia no quería verme más; no quería nada que le recordase a los días en los que era solo Alison Mary, la de la granja de ovejas. La que se hacía pelucas de hierba seca y ataba piedras a la suela de las chanclas para practicar a caminar con tacones.

Me dejó sin nada y me impidió ir a ver a la niña, alegando todo tipo de excusas sobre mi incapacidad de cuidar a mi propia hija. Lo único que ella buscaba era ser libre de viajar a su antojo con su nuevo amante, y de paso borrar un pasado que habría preferido que no existiese. Conmigo incluido.

Mientras tanto, conservé mi trabajo como cocinero. Para poder sobrellevar todos los gastos legales, tuve que conseguirme otro empleo extra en un bar de la playa, sirviendo hamburguesas a surfistas en Brighton-Le-Sands.

Me encantaban los surfistas y su modo zen de ver la vida. Me hice amigo de casi todos. Algunos, más observadores, me notaban decaído y me decían:

—Tío, vete a pillar un par de olas y verás cómo todo se aclara.

No estaban totalmente equivocados.

Fue justo allí, trabajando en ese bar, donde volví a encontrarme a Theodore d'Alessandro, casi dos siglos después de la noche en el cementerio.

Entró con sus gafas de sol, a pesar de que ya había oscurecido. Pidió un ridículo zumo de tomate, que le serví con la obligatoria ramita de apio, riéndome por dentro de su humor negro.

Cuando me acerqué a su mesa, noté que apenas había cambiado: quizás más pálido y más fuerte; con ropa moderna y pelo más corto, pero en esencia el mismo que muchos años antes.

—Te conozco de algo —me dijo—. ¿Hemos coincidido en algún sitio?

Sonreí.

Lo había seguido durante años.

Una vez lo había salvado de morir quemado en Chicago, aunque él no lo sabía. En otra ocasión fue en Edimburgo, cuando estuvo a punto de ser atravesado por la estaca de un cazador de vampiros. En todas esas ocasiones, alguien de Arriba había decidido que

Theodore d'Alessandro tenía aún asuntos pendientes, y no debía marcharse.

Pero, obviamente, no podía contarle nada de eso, así que me encogí de hombros y respondí:

—Puede ser. A mí también me suena tu cara.

Entrecerró los ojos, dudando.

—Un momento, ¿tú no estabas en Chicago cuando el Gran Incendio? —preguntó, intrigado.

—No sabría decirte...

—Eras el encargado de planta del hotel donde me alojaba. Conseguiste sacar a todo el mundo. Nos salvaste la vida.

—Algo recuerdo...

Era más astuto de lo que parecía.

Teo dio un golpe sobre la mesa.

—Maldita sea, ¡fue en 1871! —masculló, comprendiendo lo que aquello implicaba.

Me olisqueó como un perro, aunque con disimulo. Se notaba que no entendía nada. Seguramente, yo no olía a vampiro, ni a lobo, ni a bruja. Theodore estaba desconcertado. Sabía que yo era algo sobrenatural, pero no podía adivinar de qué tipo.

—Estás perdiendo el tiempo en este bar de mala muerte —declaró, dando un sorbo al zumo de tomate y poniendo cara de asco —. Tienes que venir a Ibiza conmigo. Te pagaré lo que haga falta.

Una semana después, me deshice de lo poco que Alicia me había dejado y empecé una nueva vida en el Serenata Nocturna.

Me daba igual la distancia, porque aún tenía mis alas.

Sabía que, desde Europa, aún podría volar.

De vez en cuando regresaba a Australia, a Estados Unidos o a Europa; a dondequiera que Alicia hubiera llevado a la niña esa semana. Observaba a Addison desde lejos: jugando en jardines extraños, haciendo puzles en su cuarto o aprendiendo a leer con niñeras cambiantes.

Sabía que ese no era el trato que había firmado, y que no me habían permitido conservar mis alas para eso. Pero la tentación era tan grande...

Y yo solo quería verla.

Me ocultaba entre las nubes, o detrás de alguna rama. Y, a la mañana siguiente, me presentaba como si tal cosa en el trabajo, sin que nadie notase mi discreta escapada.

Las cosas iban relativamente bien, hasta que un día me descubrieron.

Teo me vio salir del bar, y me siguió convertido en cuervo. Seguramente se cansó de volar mucho antes que yo, pero comprendió lo que yo era en cuanto me vio extender las alas.

Y eso, a La Diosa, no le gustó en absoluto. Si hasta entonces había hecho la vista gorda ante mi pequeña transgresión, a partir de ahí todo fue diferente. No podía dejar pasar que un vampiro, un sin alma, hubiera descubierto a uno de sus soldados, y no solo eso: me había pillado infraganti, usando mi poder para fines egoístas, sin intención de ayudar a nadie en particular... aparte de a mí mismo.

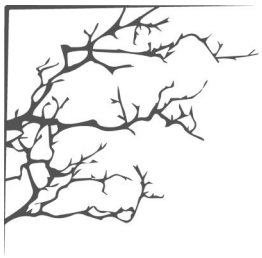
Esa misma noche, la Diosa me quitó las alas.

—Debí haberlo hecho cuando te dejé marchar —dijo con pesar, antes de abandonarme a mi suerte.

Pero tuvo compasión de mí, y me dejó conservar el fuego. Quitarme también eso habría sido lo mismo que matarme, y, aunque era dura, Ella nunca fue malvada.

Privado de mis alas y de la capacidad de visitar a Addison dondequiera que su madre la llevase, me planteé regresar a Australia, pero, para entonces, Alicia ya pasaba muy poco tiempo allí. Ella y Hollister iban y venían, con Addison y sus niñeras a cuestas, saltando entre continentes. En mi nueva situación, era muy poco realista seguirlos, viajando de un país a otro según los caprichos de sus rodajes y sus vacaciones. Mi condición de mortal me obligaba a trabajar de cocinero para sobrevivir, y no era tan fácil mudarse tan a menudo.

Ese fue el motivo por el que me quedé en el Serenata, lidiando desde allí con sus abogados y tratando de salir de aquel lodazal en el que yo mismo me había metido por pura ingenuidad.



Garrett



Abrí los ojos y noté que el fuego casi se había extinguido, y el túnel estaba a oscuras. Oksana seguía a mi lado; había sucumbido también al sueño, agotada tras dos noches sin dormir y aquel entorno hostil que te extenuaba física y mentalmente.

Extendí el brazo e invoqué una pequeña llama. Alimenté la hoguera y decidí alejarme un poco, en busca de algún rincón apartado donde hacer mis necesidades. Para ser sincero, esa faceta de la mortalidad no era de mis preferidas. Al levantarme sentí una punzada aguda en el costado, y recordé mi herida. Sí, y ese tipo de problemas mortales *menos aún*.

Caminé hasta el final del túnel; llegué hasta el lugar del que había salido uno de aquellos Liberadores corrompidos.

En un punto, el túnel se bifurcaba, y me pareció divisar a lo lejos una masa de agua: un fantástico lugar para ahogarse, si te perdías.

Me acerqué a ella y la iluminé con la mano; era tan amplia que ni se veía el final. Rellené una de mis botellas, equipada con un filtro; nunca se sabía cuándo volverías a encontrar agua en un lugar como ese.

Después regresé sobre mis pasos y continué por el otro camino, el que circundaba la laguna. Tuve que andar un buen rato hasta llegar al final.

Al salir, me hallé en una caverna amplia, del tamaño de un estadio de fútbol; con techos altos y cargados de estalactitas, y tres túneles que se adivinaban a lo lejos.

En el suelo, pequeños montículos humeaban, y de vez en cuando alguno explotaba como un géiser, expulsando una nube de gas fétido.

Un sitio *encantador* donde los hubiera.

No tenía sueño, así que crucé la gran caverna y me puse a inspeccionar los túneles del otro lado, tratando de decidir cuál nos

acercaría más a nuestro destino, y como sortearíamos esos géiseres apestosos sin que nos chamuscaran el trasero.

Los dos primeros túneles eran muy parecidos a aquel donde había dejado a Oksana dormida, y a los que habíamos recorrido desde nuestra llegada: angostos, oscuros y con paredes de piedra. El tercero, sin embargo, lo descarté enseguida: tras un par de palmos el suelo había cedido, y solo se apreciaba un hondo abismo oscuro sin fondo ni final.

Me alegré, porque aquello limitaba nuestras opciones al primero o al segundo.

Me di la vuelta, dispuesto a regresar a donde estaba Oksana y montar guardia hasta que ella despertase.

Pero justo entonces, una risa dulce resonó en la caverna grande. Me pareció escuchar el rumor de las olas del mar, y de repente, el suelo lleno de géiseres se convirtió en una hermosa playa de arena.

Me quedé quieto, sabiendo que la Umbrícora estaba tratando de jugar con mi mente.

Una niña, de espaldas y agachada a unos metros de mí, recogía conchas con sus dedos regordetes, y las iba lanzando en un cubo de plástico.

—¿Qué te parece esta, papá? —dijo, dándose la vuelta.

Era Addison, con sus rizos negros y sus dientes mellados.

Me quedé inmóvil.

Mi mente dijo *no*. Mi corazón gritó *corre*.

—Esto no puede ser real —murmuré.

Addison me tendió una concha blanca y pulida, cuyo interior brillaba, iridiscente.

—¿No te gusta? —preguntó entristecida.

—Es... preciosa —dije, incapaz de decepcionar a aquella Addison, aunque supiese que no era la real.

Miré a mi alrededor. La caverna ya no estaba. Aquello era mi playa en Brighton-Le-Sands, y uno de mis amigos surfistas me saludó con la mano.

—¡Hey, tío! ¿Hoy libras? —me gritó, mientras corría hacia el agua con su tabla.

—¿Noah? —lo saludé, extrañado.

—¡Me voy a pillar olas! ¿Vienes?

—¿La echo en el cubo? —insistió la niña, ignorando al otro hombre y agitando su concha en el aire.

Seguí mirándola con desconfianza. Sabía que la Umbrícora podía usar recuerdos, voces, imágenes... cualquier cosa posible contra mí.

—¿Crees que a mamá le gustará?

Pero era su voz, era ella... y hacía tanto tiempo que no la veía. La lógica decía que no, pero el corazón insistía en que era mi hija.

Y el amor nunca fue buen amigo de la lógica. Ni siquiera para un ángel caído.

—Sí... claro, Addie —respondí—. A mamá... le encantará.

—¡Vamos a dársela!

Addison extendió la mano. Iba descalza, y solo llevaba un bikini y una camiseta de volantes, cortita, a la altura del ombligo. La recordaba perfectamente. Se la había comprado yo mismo.

—¿Dónde está tu madre?

—Yo te llevo —dijo, mirándome con sus ojos negros y brillantes —. Ven a cenar con nosotros. Mamá dice que te echa de menos.

Si algo sabía, era que mi exmujer no tenía las más mínimas ganas de verme, y no iba a permitirme entrar en su casa, o acompañar a la niña hasta allí. Miré alrededor, imaginando que andaría por allí. Alicia ni siquiera sabía que me había visto obligado a buscar un trabajo extra en el bar de surfistas, y probablemente no esperase encontrarme cerca.

Mejor sería que desapareciese de allí antes de que Alicia me viese y me denunciase por acoso, o alguna de esas ideas suyas para alejarme más aún de ella y de la niña. Si me quedaba ahí, seguro que terminaba gastándome aún más dinero en abogados.

Dudé. ¿Otra trampa de Alicia para pillarme en falta?

—Creo que es mejor que vayas tú sola —murmuré, aunque me dolió mucho hacerlo.

—¡No! Ven con nosotras. Es por ahí.

La pared de la gruta apareció de nuevo, y a sus pies los tres túneles.

Addison me señaló el primero; el más amplio.

Me levanté, cada vez más confundido.

La visión de ese túnel me devolvió al presente, pero me provocó una nueva duda.

¿Qué hacía mi hija en la Umbrícora?

No era ella. No podía serlo. Pero, ¿cómo era posible que yo sufriese una alucinación como las que veían los mortales? Había estado allí otras veces, y había sido inmune a esos espejismos. Pero ahora... ahora yo también era mortal, y...

Y mi corazón la echaba de menos.

No podía dejarla allí sola. Aunque solo existiera una ínfima posibilidad de que fuera realmente mi hija, se me partía el alma en dos diciéndole que no, haciéndola llorar.

No era capaz de abandonarla.

Tomé su mano, pequeña y calentita. Parecía de verdad. Era exactamente igual que la suya. La apreté, sintiendo la emoción de volver a tenerla conmigo.

La seguí hacia el túnel que me señalaba. Ella trotaba, feliz, y se giraba cada dos segundos a mirarme, sonriendo.

Cuando entramos en el pasadizo, el aire se llenó de humo. Las paredes, rojizas, comenzaron a moverse, latiendo como carne viva. Era espantoso, pero ella seguía alegre, ajena a aquel entorno infernal.

—Addie, ¿no te da miedo este sitio? —dije con cautela.

—¡No! Mamá nos espera. Ya verás.

Dio otro saltito, feliz con su cubo lleno de conchas.

—Addie, no quiero continuar. Este sitio es peligroso. Regresemos.

La niña apartó mi mano de una sacudida y echó a correr, desapareciendo al fondo del túnel con una risa traviesa.

La perdí de vista; corría más rápido de lo que recordaba.

Continué hasta que apareció una cueva a un lado del túnel, y allí me detuve.

Addison ya no estaba.

En su lugar había una plataforma elevada, hecha de minerales negros y brillantes, con una base repujada y llena de aristas cortantes.

Y sobre él se encontraba uno de mis más antiguos enemigos.

Umbrael'Zathar había decidido por fin manifestarse, y lo hizo como sombra pura, con tentáculos de fuego y ojos en llamas tan espantosos como los de sus siervos.

—Has venido —dijo satisfecho—. Sabía que no podrías resistirte a ella. Veo que tus años de mortal te han debilitado, y ya no eres lo que eras, Igniel.

—¿Vas a matarme? —pregunté, aceptando que, quizás, este sería el final de mi viaje.

Pensé en Addison. Y pensé en Oksana, dormida e indefensa en aquel plano maldito.

—No —dijo Umbrael con una carcajada malévola—. Quería hacerte una oferta.

—Ya tengo suficientes ofertas, gracias —murmuré, concentrándome para hacer crecer la llama sobre la palma de mi mano.

—No es una oferta *de esas*. No es como las de tu *diosa*. Esta es real, y es la mejor que te harán nunca.

Sus tentáculos se movieron, sibilinos, acercándose hacia mí con disimulo. La risa de Addison resonó en alguna parte.

—¿Y cuál es el trato que ofreces? —pregunté.

Umbrael se inclinó, quizás para mirarme a los ojos, aunque su rostro no tenía una forma definida.

—Ayúdanos a romper el sello. Ayúdanos a liberar lo que duerme. Y tú, Garrett Celestine... Tú, Igniel... tú serás recompensado.

—¿Recompensado?

—Te devolveré lo que te quitaron. Acabo de mostrarte lo que puedo hacer. ¿Imaginas tener eso para siempre?

Tragué saliva. Me concentré en enviar todo mi fuego a mis manos, pero sin dejarlo salir todavía.

—No sería real.

—No notarías la diferencia.

—No.

Sentí cómo la caverna se deformaba. Las paredes comenzaron a acercarse entre sí, mientras la cueva lateral se estrechaba.

Umbrael estaba tratando de hacer que la tierra me tragase, literalmente.

Me había atraído a su guarida, y además me había separado de Oksana.

Pensé en ella, y en lo que le ocurriría si yo no hacía algo para regresar junto a ella a tiempo.

Los Liberadores lo habían dicho: yo podía serles útil, pero a ella la matarían.

No podía permitirlo.

—Has llegado más lejos de lo que esperabas, ¿verdad, Igniel? —tronó la voz del demonio—. Pero fue solo porque yo te dejé llegar. ¿De verdad pensabas que no había advertido vuestra presencia? ¿De verdad creíste que decapitar aquella estatuilla ridícula me dejaría sordo y ciego, estúpido ángel caído?

Su risa retumbó, haciendo temblar las paredes. Di un par de pasos atrás, sorteando sus tentáculos.

—Me serías muy útil, Igniel —dijo, enroscándose en torno a mis pies—. Tú, tu fuego y tus alas. Lamentaría tener que liquidarte.

Una estalactita se desprendió del techo, y estuvo a punto de empalarme.

—Sería muy fácil, Igniel...

Dejé brotar el fuego de mis palmas y lo lancé sobre Umbrael, directo a su centro.

El demonio gruñó, pero no retrocedió. Me giré y corrí de vuelta a la caverna más amplia, donde había encontrado a la falsa Addison.

Umbrael me siguió, reptando como una masa viscosa por suelo, techo y paredes. Me daba ventaja a propósito: igual que el gato deja que el ratón escape, para divertirse más al darle caza.

Me detuve un segundo. Respiré. Si iba a morir, lo haría mirando al monstruo, no dándole la espalda.

Me giré e impacté con fuego de nuevo, directamente en su centro. Impacté con fuego de nuevo, apuntando al pecho que no tenía. Los tentáculos se retorcieron, pero no fue suficiente.

Aquel demonio era indestructible. Podía retrasar su avance, pero jamás podría aniquilarlo.

Me lanzó un tentáculo, que bloqueé con una muralla de llamas. El impacto me arrojó contra una roca y sentí un hueso crujir. Tosí

sangre, pero me levanté igualmente, tras rodar unos metros por el suelo.

Rodé por el suelo, tosiendo sangre.

Generé una lanza de fuego y se la arrojé como una jabalina. Esta vez, un grito múltiple se alzó, rebotando por las paredes del túnel. Vi cómo una parte de él se disolvía, aunque no por mucho tiempo. El demonio chisporroteó y se oyó un grito múltiple, que hizo ecos por el túnel.

Vislumbré la caverna grande, pero al girarme, Umbrael había estallado, replicándose en una decena de criaturas iguales y más pequeñas.

Seguí corriendo: si no podía matarlo, tenía que llevarlo al lugar donde quizás, al menos, pudiese contenerlo.

Al llegar a la caverna salté lo más lejos que pude y giré sobre mí mismo, con los brazos extendidos.

De mi pecho brotó un círculo de fuego en espiral, que causó una explosión. La onda de choque barrió al menos a tres de sus formas, que se deshicieron en niebla roja. Pero las otras se reagruparon de nuevo, formando un Umbrael más grande que el del principio.

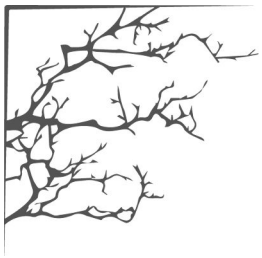
Detrás de mí estalló un géiser, mordiéndome la espalda.

Mientras tanto, un tentáculo de sombra se alargó hacia mí. Traté de esquivarlo, pero me alcanzó el hombro, desgarrándome la carne. El dolor fue agudo, real, y terriblemente humano.

Caí y rodé por la roca caliente y humeante. Me costaba respirar. Umbrael flotó sobre mí, con los tentáculos extendidos, dispuesto a asestarme el golpe final con lentitud torturante.

Lo miré fijamente a los ojos, oliendo su maldad y su satisfacción. Odiaba pensar que esa sería la última parada de este breve viaje que había sido mi vida en La Tierra.

Tenía la grave sensación de no haberlo aprovechado debidamente, y de haber dejado muchas cosas sin decir a aquellos a quienes quería.



Oksana



Me desperté en completo silencio y oscuridad, y lo primero que hice fue soltar un improperio.

¡Mierda! Me había dormido montando guardia. ¿Qué clase de inepta hacía eso?

El fuego se había extinguido y su luz y calor se habían disipado. No quedaban ni las brasas. Tanteé el suelo y las paredes alrededor, pero Garrett no estaba.

Aquel túnel estaba completamente negro, y yo no tenía ni una maldita linterna.

—Garrett —llamé, al principio en voz baja. Luego más alto—. ¡Garrett!

Nada. Solo el eco de mi propia voz, rebotando en paredes que ni siquiera podía ver. ¿Se había marchado y me había dejado sin luz?

No me gustaba admitirlo, pero estaba a un paso de entrar en pánico.

Me incorporé a tientas. Las rocas estaban húmedas y las superficies eran irregulares, incluso punzantes en algunas zonas. Sentí la boca seca, la espalda tensa y el corazón acelerado.

No tenía ni un maldito sorbo de agua. Nada.

Vale. Tenía que salir de ahí y encontrar a Garrett, o encontrar agua, luz, o cualquier cosa que no fuese esa oscuridad espesa y desesperante.

Recordé que había algunas cuevas laterales en el túnel. Quizás, si ponía las manos sobre la pared e iba siguiendo su trazado, podría ir avanzando, poco a poco.

Recordé el encuentro con los dos Liberadores: uno vino de atrás. Otro de más adelante. Eso era una garantía de que, si continuaba, encontraría algo al final, y quizás también a Garrett.

Cerré los ojos, tratando de escuchar algún pensamiento ajeno que me guiase.

Como siempre, cuando más lo necesitaba, mi telepatía falló.

Típico.

Maldito Garrett. ¿Cómo había podido dejarme así? Sabía perfectamente que mi mochila se había hundido en aquella poza al llegar. ¿Qué esperaba que hiciese? ¿Usar ultrasonidos, como un maldito murciélago?

Extendí los brazos y tanteé la pared. Unas manos de piedra recibieron las mías y tiraron de mí hacia un nicho en la roca.

Di un grito, aterrada, y me separé de la piedra, recordando las estatuas cambiantes.

Una oleada de miedo me nubló la mente.

Volví a tocar la pared, y de esta de nuevo surgieron unas manos de piedra que se agarraron a las mías. Grité de nuevo y forcejeé hasta quitármelas de encima.

Aquello era horrible. Habría echado a llorar, pero allí el miedo era inútil. Si servía de poco en La Tierra, en este lugar directamente no iba a servirme para nada.

Inspiré hondo. Cerré los ojos, aunque daba lo mismo.

Y entonces empecé a caminar, pero esta vez sin tocar la pared.

Solo a ciegas.

A oscuras.

Sola, un paso tras otro.

Tropecé con rocas, con raíces, con lo que podrían haber sido huesos. Caí varias veces, arañándome las manos y las rodillas. Cuando me acerqué la mano al rostro, sentí el olor de la sangre. La toqué con la punta de la lengua. Sí, era sangre.

Pero el dolor me importaba menos que salir de ese túnel, así que seguí caminando.

No porque supiera a dónde iba, sino porque sabía que no habría servido de nada quedarme allí quieta, en medio de la oscuridad y la nada.

Al cabo de un tiempo, escuché un chapoteo de agua bajo mis pies. ¿Un charco? Me di la vuelta y escaneé el suelo hasta encontrar algo parecido a un palo; quizás una raíz. Lo hundí en el agua y luego me lo llevé a la nariz. Parecía agua sin más: agua encharcada, pero no era un ácido, ni sangre, ni nada particularmente horrible.

Di un paso más. Bien. Podía cruzar un maldito charco. Hundí el pie con cuidado. Luego el otro, y comencé a caminar.

Poco a poco, el agua se fue volviendo más profunda, hasta llegarme a las rodillas.

Aquello no pintaba bien, así que decidí dar la vuelta. Pero en aquella completa negrura, fue difícil recordar por dónde había venido. Giré sobre mí misma, calculando dónde estaría la orilla. Caminé un poco en esa dirección. Pero en vez de regresar a la zona donde aquello era solo un charco, el agua comenzó a llegarme a las caderas.

Al siguiente paso, perdí pie: de pronto, estaba demasiado hondo para seguir caminando.

Contuve un grito de pavor y pataleé para no hundirme, buscando la manera de regresar a algún lugar donde pudiera tocar el fondo. Pero no había manera.

Mi mente comenzó a viajar a lugares tenebrosos: me encontraba en las más absolutas tinieblas, chapoteando para salvar la vida, sin saber hacia dónde ir ni cómo salir de esas aguas que, de pronto se habían vuelto demasiado profundas.

Ni siquiera sabía lo que había en el fondo. No me habría sorprendido que hubiera un remolino que me absorbiese, o una bestia gigante, dispuesta a atraparme con sus tentáculos y arrastrarme hasta el fondo. Y, además, estaba agotada. Pronto me faltaría la energía para seguir nadando, ¿y entonces qué? Me hundiría. Terminaría igual que Mitya.

—¡Basta! —me grité a mí misma, tragando un poco de agua.

Estaba fría, pero no sabía a nada en particular. Tosí, boqueando para no hundirme más.

Era agua. Solo agua.

Podía con eso.

Cada vez tenía menos fuerzas, pero seguí moviendo brazos y piernas para mantenerme a flote, mientras trataba de buscar una lógica en aquella oscuridad implacable.

Me recordé a mí misma que no era una presa, atrapada en una cárcel.

No. Había una salida. Garrett había estado allí antes, y la había usado.

Había un décimo círculo en alguna parte, y si llegaba a él, llegaría a Teo, y también a la salida.

¿Qué había dicho Garrett acerca de todo eso?

Algo sobre la Umbrícora mostrándose como el peor de tus miedos, y la necesidad de comprenderlo para poder alcanzar la salida.

Seguí pataleando para no hundirme mientras trataba de pensar con claridad. El agua estaba fría, y comencé a sentir las extremidades entumecidas. Pero seguí nadando.

¿Qué más?

Algo de una cueva llena de gente encadenada... ¿la cueva de Platón?

Maldita sea, debería haber prestado más atención cuando lo dijo.

Los prisioneros solo veían sombras y creían que esa era toda la realidad. De acuerdo. Esa podía ser yo: atrapada en mis miedos, en mis voces, en la sombra de un don que me había convertido en prisionera de mi propia mente.

Mi don era también mi prisión.

Cerré los ojos, esta vez en rendición.

Aquello era solo una ilusión. Una representación de mi propio miedo.

Me dije que, si conseguía entenderlo y aceptarlo, podría salir.

No iba a dejarme vencer... Pero tampoco podía seguir luchando contra aquello que no podía controlar, si no quería morir ahogada. No tenía sentido seguir pataleando, cuando ni siquiera sabía si nadaba en la dirección correcta. Así que me dejé caer hacia atrás en el agua, entregándome al movimiento lento y constante.

Dejé de resistirme y solo floté.

El agua comenzó a llevarme hacia adelante, mientras me abandonaba a lo desconocido.

Poco a poco, la oscuridad se aclaró un poco. Las sombras se disolvieron, dejando paso a luces lejanas y ecos de voces.

Algo me rozó la coronilla y extendí una mano hacia atrás, más allá de la cabeza. Noté una roca resbaladiza y viscosa bajo los

dedos. Era repugnante, pero al menos estaba firme: en mi situación, *tierra firme* era la mejor noticia posible.

Me di la vuelta y agarré a la roca con ambas manos. Para entonces ya podía ver algunas formas, gracias a una luz muy leve que provenía del otro lado. ¿El fuego de Garrett?

Me tumbé con el pecho sobre la roca y me arrastré, tirando con los brazos, hasta que mi cuerpo entero estuvo fuera.

Había salido. ¡Lo había conseguido!

Una lágrima me ardió en la mejilla.

Me la quité con el dorso de la mano: llorar era de flojas.

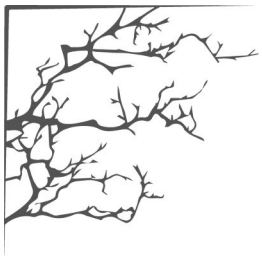
Por un instante me quedé ahí, en cuclillas, abrazando mi propio cuerpo mientras me escurría, tratando de entrar en calor.

Tomé aire, feliz de haber llegado a la otra orilla sin ahogarme.

La calma duró exactamente tres segundos. Un gruñido gutural estremeció el túnel y un grito desgarrado rompió el aire como una lanza.

Garrett estaba en peligro.

Si es que todavía estaba vivo después de haber gritado así.



Oksana



Corrí tan rápido como pude, jadeando y siguiendo la dirección de sus gritos. Una luz titilaba a lo lejos, y pronto entendí que aquello no era una sola hoguera, sino fogonazos defensivos, que Garrett estaba usando para atacar a su oponente.

Al final del túnel me detuve, con el corazón a punto de explotar. Ante mí se abría una caverna inmensa, tanto como un estadio de conciertos, o más.

El suelo humeaba. El terreno frente a mí era un páramo rojizo, salpicado de grietas ardientes y charcos de agua hirviendo. Géiseres explotaban en la distancia, lanzando columnas de vapor sulfuroso que teñían el aire de amarillo y lo volvían prácticamente irrespirable. De pronto, una explosión abrió el suelo a escasos metros de mí. Salté hacia atrás y me tapé la boca y la nariz, tosiendo. Me costaba ver entre tanto humo.

Cuando el géiser más cercano se apagó, por fin pude verlo: Garrett se encontraba justo al otro lado de la caverna. Cerca de él se abrían tres túneles: dos amplios, y un tercero más estrecho.

Garrett estaba arrodillado, herido y salpicado de sangre por todas partes.

Una figura amorfa, hecha de pura oscuridad, flotaba sobre él con la calma cruel del que ya no puede perder a su presa. Extendía sobre él unos tentáculos negros y humeantes, que parecían ramas quemadas y retorcidas.

Garrett alzó la vista, jadeante y con los ojos entreabiertos, como si ya hubiera aceptado el final.

De eso nada, pensé.

No mientras yo estuviera en pie.

La criatura alzó un tentáculo, dispuesta a atravesarle el pecho.

Sentí una arcada de terror.

¿Qué podía hacer yo, con mi ridículo machete escondido en la bota, contra una cosa como esa?

Escuché.

Escuché con todas mis fuerzas, como si me fuera la vida en ello. Porque me iba la vida en ello: a mí, y a Garrett.

La sola idea de perderlo, de que se esfumase frente a mis ojos, se volvió casi más aterradora que la de morir yo misma.

Y entonces lo escuché.

No era Garrett. Era el monstruo.

Un susurro, como el goteo de algo viscoso, surgió de la mente de la criatura.

«Pobre criatura mutilada. Se arrancó a sí mismo del fuego divino para arrastrarse entre barro y carne. Eligió la debilidad. Eligió morir. Estúpido. Podría haberlo tenido todo.»

Aquel pensamiento se escuchaba tan nítidamente que me tambaleé.

El monstruo *pensaba*. Y yo podía escucharlo.

Hacía tiempo que no leía una mente con tanta claridad.

Garrett alzó las palmas, pero apenas una chispa nació de ellas. La criatura lo observó. No con furia, sino con desprecio. Casi con diversión. Me concentré, tratando de vislumbrar su mente de nuevo. Lo que percibí fue un eco, antiguo y despectivo:

«Eligió mal. El salto estaba abierto. El tercer túnel es el atajo al décimo círculo, pero el miedo siempre vence a los mortales. A mí me negaron el paso por el tercero... a ellos, a los que son valientes para saltar al vacío... a esos no.»

Traté de descifrar aquel pensamiento críptico, pero entonces vi el tentáculo alzarse para matar.

—¡Garrett! —grité.

No sé si me oyó, pero agarré una gran piedra sulfurosa y corrí hacia adelante sin pensar.

Lancé la piedra de azufre a un lado del monstruo, directa a la boca de un géiser. Este explotó, llenando el aire de humo y distrayendo por un segundo a la criatura.

Me abalancé en dirección a Garrett y lo obligué a ponerse en pie.

—¡Sígueme! —dije, tirando de su brazo.

Frente a nosotros estaban los tres túneles. Los dos primeros eran amplios, de roca, como los anteriores. Pero el tercero, iluminado por los flashes de luz, era solo un hueco negro, sin suelo visible.

Un salto al abismo.

—¡Garrett! —grité, empujándolo hacia el precipicio—. Es este. El tercero. El atajo al décimo círculo. Es el único camino.

—¿Estás loca? —gritó con voz entrecortada.

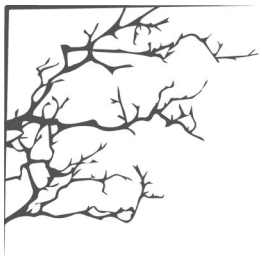
—¡Confía en mí!

Ni siquiera estaba del todo segura, pero daba igual si el monstruo nos mataba o si moríamos en el intento de escapar de sus tentáculos de sombras.

Garrett dudó.

Los tentáculos de la criatura apenas me rozaron la espalda con un extraño chispazo, pero sentí un dolor insoportable.

Luego grité y me lancé al abismo.



Oksana



Caímos.

El aire nos succionó y el descenso fue puro, suave, como si no tuviéramos peso. Extendí los brazos y me sentí envuelta en una fina capa de tul dorado que me sujetaba. No sentí miedo, solo fascinación. Era una sensación nueva, casi agradable.

Al tocar el suelo, no hubo impacto ni dolor. Fue solo una transición limpia, como si hubiese atravesado una cortina de seda.

Cuando abrí los ojos, ya no había fuego ni oscuridad; solo luz. El cielo era de un azul radiante, y ante mí las olas del mar rompían con placidez, con aquel sonido relajante que tanto añoraba de Ibiza.

Estaba en la terraza del bar Serenata Nocturna, aunque había cambiado. Ahora parecía más grande y luminosa, y estaba llena de flores, como si se estuviera preparando una fiesta. Hoy no olía a cerveza derramada ni a humo de tabaco, sino a romero y lavanda, a pan tostado con tomate y a domingo por la mañana.

Todos estaban allí: Mina, Leonard, Naomi, Iris, Teo. Todos bajo el sol, sentados en mesas que habían juntado, riendo, hablando, disfrutando de la mañana.

¿Teo y Leonard a pleno sol?

Pero eso no era lo mejor.

Mi hermano Mitya jugaba con un cubo de Rubik, sentado al borde de la terraza y con los pies en la arena.

Vivo.

Llevaba una camiseta negra con una frase friki incomprensible para mí, y me sonrió cuando me vio.

—Oksi —dijo, como si nada—. Hoy es tu fiesta de compromiso, y tienes que cantar. Lo prometiste.

Me quedé sin habla. ¿Mi fiesta de compromiso? ¿Con quién?

No sentía el picor de mi herida. No sentía dolor. No sentía nada más que... calma. Por primera vez en años.

Me giré y Garrett estaba allí.

No estaba herido, ni agotado.

Llevaba una camisa blanca de lino, y el pelo recogido hacia atrás con una cinta negra. Reía. Sujetaba la mano de una hermosa niña, que correteaba entre las mesas con alas de mariposa en la espalda.

Y yo...

Yo podía oír los pensamientos de todos. Lo escuchaba todo con claridad y sin interferencias. Y todos pensaban cosas buenas: sobre mí, sobre la vida, sobre la gente que los rodeaba.

Todo era perfecto.

Una parte de mí susurró que aquello no podía ser real. Que algo no cuadraba. Pero la ignoré, porque me gustaba demasiado estar allí.

Arrimé una silla y me senté con los demás. Garrett me trajo un café con un corazón dibujado en la espuma y lo dejó frente a mí. Me besó la frente.

—Estás preciosa —me dijo.

Lo observé, boquiabierta.

—¿Te gusta cómo lo hemos decorado? —preguntó Mina, sonriente.

—Me... me encanta —tartamudeé sin entender.

Quería quedarme ahí para siempre.

Cerré los ojos, abrumada.

«Puedes quedarte», susurró una voz profunda.

Me giré, y el Serenata se desdibujó un poco, pero todo se normalizó al instante.

—Cariño —dijo Garrett—. ¿Ya has decidido qué canción cantar?

—Mamá vendrá un poco más tarde —comentó Mitya, sin mirarme a los ojos, tal y como él solía hablar—. Está muy orgullosa de ti.

Maldita sea. Me encantaba estar allí. Leyendo mi mente, como solía hacer, Mitya interrumpió mis pensamientos.

—Entonces, ¿nos quedamos aquí para siempre? —preguntó ilusionado—. Solo di que sí, y ya no tendrás que volver a la otra realidad.

Abrí la boca para contestar. Quería quedarme. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Pero Garrett comenzó a cambiar.

Su camisa blanca se desvaneció, y de nuevo tenía el pecho desnudo, cubierto de heridas.

—Oksana.

Lo miré, confundida.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

—Esto no es real —replicó.

—¡Sí lo es! —me resistí.

—¿En serio? —Garrett miró alrededor—. ¿Estás segura?

Seguí su mirada y vi de nuevo a Teo tomando el sol. A mi hermano, vivo.

Y a Garrett sin una camisa hortera.

No contesté, pero él avanzó y trató de tomarme la mano.

—No le hagas caso —dijo Mitya, interponiéndose entre nosotros —. ¿Nos quedamos o no, Oksi? Tienes que responder ya, o me iré.

—Sabes que lo que estás viendo no es verdad —intervino Garrett —. No puedes elegir quedarte.

—¿Por qué? ¿No puedo tener paz de una vez por todas?

Mi voz tembló.

—Sabes que todo lo bueno cuesta un esfuerzo —dijo en voz baja —. Y quedarte aquí no te costaría nada. Eso es una señal de que es falso.

—¡Ya he pagado lo suficiente!

—Lo sé, pero tú no eres de las que se rinden. Aguanta un poco más. Casi hemos llegado. Ven, dame la mano a mí. Ignora lo que estás viendo. No sé qué es, pero no es real. No está ahí.

Me tendió la mano.

Lo miré a él y después a Mitya.

Sabía que Garrett tenía razón, pero no quería aceptarlo.

—Oksana, la mano.

Sintiendo una pena horrible, tomé sus dedos entre los míos, y el mundo perfecto del Serenata empezó a parpadear.

—Por favor —murmuré conteniendo las lágrimas—. No me lo quites.

—No es real —repitió Garrett con firmeza—. No es real.

El cielo se volvió gris.

Los rostros empezaron a desdibujarse.

—¡Garrett! —grité con la voz desgarrada—. ¡Por fin había encontrado mi lugar!

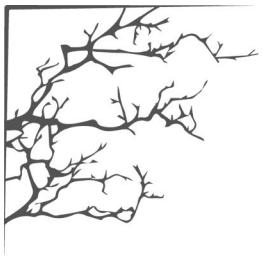
Me lancé sobre él y lo empujé con fuerza. Me puse a llorar, aunque lo odiaba. Pero ahora, odiaba a Garrett todavía más.

Una ola arrasó la playa, y el Serenata se derrumbó.

Me aferré a Garrett, gritando, temblando... Odiándolo.

Pero también queriéndolo, en parte, por haberme obligado a salir de ahí.

El mundo perfecto de la alucinación desapareció y, ahora sí, tocamos tierra.



Oksana



Aterrizamos como plumas, en un silencio absoluto, sobre un suelo blanco hecho de grandes baldosas de mármol.

El aire era más frío. Más seco.

Nos encontrábamos en una terraza alta y desolada, en un día gris y nublado. Esta vez sí, habíamos llegado a nuestro destino. Aunque ya no estábamos en una cueva, seguía siendo la Umbrícora. La ilusión de Ibiza había quedado atrás, deshilachándose como un trapo viejo.

Sabía que lo que acababa de ver, ese mundo perfecto de mentiras dulces, era falso. Pero aún sentía el sabor del café falso en la lengua. Aún oía la voz feliz de Mitya como un eco lejano. Aún recordaba la sensación de alegría al saber que mi madre, por fin, me aceptaba y estaba orgullosa de mis elecciones, aunque fueran distintas de lo que ella había querido.

Garrett no dijo nada, y yo tampoco.

Solo me abrazó, tambaleándose, y no me costó devolverle el abrazo. Porque, aunque él acababa de destruir mi fantasía de paz y felicidad, también había conseguido sacarme de ella.

Nos quedamos así, fundidos en ese abrazo durante más tiempo del necesario; durante mucho más tiempo del que se habrían quedado dos amigos, o dos compañeros de misión.

Apreté más fuerte y gimió. Lo solté y di un paso atrás, notando que tenía la piel cubierta de sangre seca, la venda desprendida, y su respiración era superficial. A mí me escocía la espalda, y al frotarme encontré algo de sangre en la mano.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada al constatar su estado.

Tardó un instante en responder.

—Estoy... vivo —susurró—. Eso ya es mucho.

—¿Dónde está tu mochila?

—La perdí. No sé cuándo.

—O sea, que ya no nos queda comida. Ni agua.

—Lo resolveremos después —respondió con una calma que me desesperaba—. Lo importante es que hemos llegado al décimo círculo. Y estamos enteros. ¿Tú estás bien?

Asentí con poca convicción.

—Gracias por sacarme de ahí —dije sin mirarle—. Me comporté como una idiota.

—No te creas —respondió—. Es difícil no caer en sus trampas. Juegan con tu mente. Saben qué teclas tocar. ¿Qué viste exactamente?

Sacudí la cabeza.

—Tonterías.

Garrett asintió, respetando mi silencio.

—¿Y Umbrael? —preguntó—. ¿Te hizo algo?

—Ah, ¿era él? Pues era feo de narices. Debería haberlo imaginado, claro.

—¿No llegó a tocarte, verdad? —insistió, mirándome con más miedo del que habría querido mostrar.

Dudé un instante.

—Fue solo un roce.

—Oksana...

—No es nada. —Me giré para que viera la espalda de la camiseta rasgada—. Un golpe tonto, eso es todo.

Garrett no respondió, pero su mandíbula se tensó. Obviamente, no me creía. Frunció el labio, pero no dijo nada más.

Me acerqué con Garrett a la barandilla de aquella sombría terraza y la vista me dejó sin aliento.

Una ciudad se desplegaba ante nosotros como un sueño: blanca, infinita y con estructuras imposibles.

Nos encontrábamos en lo alto de una torre, bajo un cielo gris y uniforme. No había sol ni estrellas: solo un resplandor plateado, que no parecía venir de ninguna parte. Era una urbe vasta y etérea, de calles retorcidas y arquitectura redondeada y voluptuosa: vislumbré arcos y cúpulas esculpidos en piedra blanca y traslúcida, como alabastro. Los sostenían columnas esbeltas y retorcidas, y se unían

entre sí con puentes y escaleras que, a veces, no parecían llevar a ninguna parte, y se terminaban bruscamente, en medio del aire.

La ciudad parecía infinita, sin habitantes a la vista. Pero sentí que algo nos observaba, desde varios puntos.

—*La Ciudad sin Sol* —dijo Garrett—. Es tan hermosa como la recordaba. Pero no te dejes engañar por su belleza, porque guarda cosas terribles.

—No lo entiendo —susurré—. Dijiste que cada uno ve la Umbrícora de forma distinta. ¿Cómo es posible que esto sea "igual que lo recordabas"?

—Porque el décimo círculo no cambia —aclaró—. Este lugar es estable, por eso es aquí donde viven los Liberadores.

Me giré hacia él.

—¿Pueden vivir aquí?

—Pueden *sobrevivir* —corrigió—. Pero este lugar los consume. Tarde o temprano, todo lo que entra en la Umbrícora se transforma, y ellos no son una excepción.

—Como esos dos que nos encontramos en los túneles.

—Sí. Seguramente, algún día fueron humanos, o criaturas sobrenaturales. Pero fueron perdiendo su esencia.

—Espantoso.

—Lo es. Y por eso tenemos que sacar de aquí a Teo, antes de que este sitio nos destruya a todos.

En eso estábamos de acuerdo.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?

Garrett me miró en silencio.

—Tendrás que encontrarlo tú.

Negué con la cabeza, pero él lo ignoró.

—Lo oíste una vez —dijo con voz firme—. Puedes volver a hacerlo.

Me esforcé por escuchar de nuevo, tal y como había hecho en la cueva, con aquel gigantesco demonio. Cerré los ojos, inspiré hondo y busqué.

Me llegó una vibración tenue, y después un murmullo lejano. Procedía del centro mismo de la ciudad, como un susurro casi imperceptible.

—¿Allí? —dije, sin estar convencida del todo.

Le señalé un palacio en el centro, reminiscente del Taj Mahal, aunque mucho más alto y estilizado. Se encontraba en el corazón de la urbe, no muy lejos de donde estábamos.

Garrett escrutó en la distancia.

—Tiene lógica —dijo, asintiendo—. El Palacio de los Perdidos. —Luego se giró hacia mí y me sostuvo la mirada—. Eres buena, Glacialina. Solo necesitas dejar que se derrita un poco esa coraza que llevas siempre.

—Déjate de tonterías y dime cómo se baja de aquí.

Garrett sacudió la cabeza.

—Siempre me atrajo de ti tu dulzura —dijo, esbozando una sonrisa idiota.

Le sostuve la mirada un segundo, pero no se movió de donde estaba. Solté un bufido.

—Déjalo. Ya busco yo las escaleras.

Rodeé la terraza hasta encontrar una trampilla disimulada entre las baldosas de mármol. Tiré de una anilla y apareció una escalerilla de caracol, angosta y polvorienta.

—Los caballeros primero —dije.

—Pensaba que era "las damas primero".

—Sí, pero eres tú el que lanza fuego. Yo solo tengo un cuchillo miserable, que de poco me va a servir aquí.

—Un cuchillo letal, y si no, pregúntaselo a aquellos Liberadores.

—Garrett. Baja.

Él obedeció y se escurrió por la trampilla. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor, pero no se quejó en absoluto de sus heridas.

Me quedé ahí un segundo más, con la mano en el suelo de piedra, sabiendo que La Ciudad sin Sol nos esperaba... y lo que fuera que nos observaba, también.

Al llegar abajo, nos encontramos en una calle sin empedrar, con un polvo de arena fina y nacarada que cubría el suelo. La flanqueaban edificios blancos a ambos lados, muchos sin ventanas. A pesar de ello, la sensación de ser observada solo aumentó.

—¿Por qué no se ve a nadie? —le dije a Garrett en voz baja.

—Seguramente, no nos consideran una amenaza.

—Eso es porque no han visto mi cuchillo —dije, y me arrepentí de inmediato de mi intento fallido de humor.

Garrett solo frunció el ceño.

—Si bien recuerdo, el palacio debería de encontrarse por ahí —dijo.

Se detuvo ante una bifurcación y se asomó con cautela por una de las esquinas.

—¿Has estado alguna vez? —pregunté.

Asintió.

—¿Y qué propones? ¿Entrar por la puerta principal? ¿Con platillos y trompetas?

—Es la única que hay —respondió encogiéndose de hombros—. Pero dudo que suelan tener muchas visitas del extranjero.

Él sí que consiguió sacarme una sonrisa.

Me asomé por la esquina donde se había detenido Garrett. Ahí estaba: El Palacio de los Perdidos. Parecía todavía más grande desde allí. La calle se ensanchaba, llevando hasta un porche de entrada cubierto.

No había puerta; solo un arco de piedra en forma de herradura. Lo flanqueaban dos criaturas muy parecidas a las que nos habíamos encontrado en el túnel, pero más grandes y corpulentas. Sus ojos eran cuencas llenas de fuego, y sus cuerpos, montones encorvados de hueso negro y membranas viscosas. No parecían vivos, pero tampoco del todo muertos.

—Demonios guardianes —murmuró Garrett—. Habrá que quitarlos de en medio. ¿Sigues oyendo a Teo?

Cerré los ojos. El eco estaba allí, ahora más alto y más nítido. Ahora sí, podía captar la voz de Teo, aunque eran solo palabras entrecortadas, sin sentido.

—Sí. Creo que está dentro.

Garrett asintió, preparado para atacar, pero el suelo vibró bajo nuestros pies.

Nos miramos al instante.

—¿Lo notas? —dije, bajando el tono.

Él asintió, pálido.

—Umbrael está aquí.

Tragué saliva.

El monstruo que casi nos había matado había conseguido seguirnos.

—Es fundamental que cerremos el portal cuando salgamos —dijo Garrett, en voz baja—. Y que no nos llevemos ningún *souvenir*.

—¿Souvenir?

—Sombras. Demonios. Presencias de este plano. Ni una pizca de ellas debe tocarnos, o podrían salir al otro plano a través de nosotros.

—Tranquilo —murmuré—. No vi nada que combinara con mis cortinas.

Y sin más, me incorporé y salí de nuestro escondite.

En cuanto los demonios nos vieron, las cuencas de sus ojos ardieron con mayor intensidad.

—Abrid paso —ordenó Garrett, con voz de trueno.

Uno de ellos habló en un gorgoteo, a través de la oquedad viscosa que le servía de boca.

—La carne mortal no puede cruzar.

—Eso lo veremos —dije.

Me adelanté medio paso. Saqué el cuchillo de la bota: no era mucho, pero era lo único que tenía.

Los demonios, sin darnos tiempo a reaccionar, se abalanzaron sobre nosotros, blandiendo sus garras infectadas. Extendí el brazo y blandí el cuchillo, apuntando a su cara, mientras me agachaba y giraba sobre mí misma para esquivar los golpes.

Vi de reojo cómo Garrett lanzaba una chispa al suelo. Al principio, no pareció gran cosa. Pero entonces, la piedra del suelo estalló. El fuego subió por sus brazos, danzando en espirales que se movían.

—¡A tu izquierda, Garrett! —grité, viendo que ambos demonios habían decidido lanzarse a la carga sobre él.

El demonio se movió con rapidez, más de la que esperábamos. Garrett giró y lanzó fuego directo al cuello de la criatura, que se dobló con un chillido antinatural.

El otro cambió de idea y se lanzó contra mí. El impacto me tiró al suelo, y sentí el peso de su cuerpo seco y membranoso sobre el mío, con sus huesos negros clavándose en mis costillas.

—¡Garrett!

Él dudó un par de segundos. No porque no quisiera ayudarme, sino porque el suelo temblaba otra vez: Umbrael estaba ya a las puertas de la ciudad.

Grité y le clavé el cuchillo al demonio justo bajo la mandíbula. La hoja entera desapareció en su carne, pero el golpe me dejó el brazo entumecido, y sentí que el aire no me llegaba del todo. El demonio se revolvió, tratando de sacarse el cuchillo y morderme el cuello a la vez. Rodamos juntos por el suelo, forcejeando.

De pronto, el fuego de Garrett nos envolvió, y el calor me lamió la piel. No solté el arma hasta que la criatura explotó en humo y ceniza, y Garrett se lanzó a mi lado.

—¿Estás bien?

Me sacó a rastras del residuo oscuro y pegajoso. Asentí, con la cara manchada de ceniza y restos de la criatura.

—Sigamos —dije, respirando con dificultad—, antes de que aparezca el jefe de estos dos.

Nos lanzamos escaleras arriba, sin mirar atrás. Las escaleras se movían, y algunos escalones se deshacían tras nuestros pasos. La Umbrícora nos estaba permitiendo avanzar, pero ya no habría vuelta atrás.

Garrett tropezó, y el peldaño en el que se encontraba comenzó a desmenuzarse.

—¡No te pares! —chillé.

Lo tomé por el codo, y sentí su brazo flaquear. Estaba sangrando más que antes.

La escalera nos llevó hasta una puerta de nácar en lo alto, tallada con motivos florales.

Garrett se detuvo frente a ella, respirando con dificultad.

Las escaleras continuaban.

Dudamos.

Pero no había mucho tiempo para pensárselo: el rellano en el que nos encontrábamos comenzó a deshacerse por las esquinas.

Garrett tomó aire, mirando a un lado y otro frenéticamente. Vi en sus ojos que estaba a punto de decirme algo. Un gesto cruzó su

rostro, fugaz, como si una emoción demasiado grande quisiera escaparse y no encontrara la forma.

Alcé una mano, nerviosa. No había tiempo para discursos cursis.

—Después —le dije—. ¡Ábrela! Usa tu fuego.

Garrett sacudió la cabeza y se pasó la mano por los ojos, sacándome de quicio.

—Solo quería decirte que no tengo ni idea de lo que vamos a encontrar ahí dentro —dijo con voz entrecortada—. Pero ahora no hay vuelta atrás, y yo... tú...

El suelo retumbó. Umbrael se acercaba. La escalera desaparecía.

—Garrett, ¡no hay tiempo!

Le di una patada a la puerta y la cerradura cedió, permitiéndonos pasar al otro lado.

Había esperado encontrar muchas cosas en ese palacio, pero lo que nos encontramos no era ninguna de ellas.

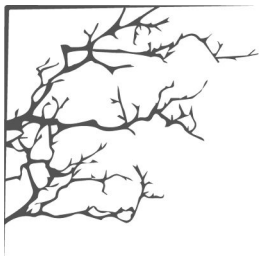
Había una sala circular, de mármol pálido, con una mesa en el centro. Sobre ella reposaba un enorme tablero de ajedrez, con una partida a medias.

A cada lado del tablero se encontraba un hombre, y uno de ellos era Teo. Estaba encadenado al asiento, pero no forcejeaba ni trataba de escapar. Solo sostenía una pieza en el aire, con aspecto ausente.

El otro hombre era delgado y elegante, aunque de aspecto demacrado.

Por un instante, me pareció estar viendo a dos viejos amigos, compartiendo una partida tranquila.

Pero en esa calma había una amenaza más cruel que cualquier monstruo: la idea de que Teo quizás, había pasado tanto tiempo allí que ya no quería ser salvado.



Garrett



Emmanuel levantó una ceja, tomando una pieza del tablero con la misma tranquilidad de siempre.

No era la mirada de un demonio, pero tampoco la de un inocente. Era la de un muchacho arrogante y brillante, pero perdido, que seguramente se había olvidado de quién fue un día.

Y mientras lo observaba, no pude evitar recordar la primera vez que lo vi.

Fue en Hampshire, Inglaterra, en 1861.

Aunque estuve presente durante la transformación de Theodore, cuando su hermano fue arrastrado a la Umbrícora por Umbrael, y él convertido en vampiro por uno de los Liberadores, esa no fue la primera vez que los vi a él y a su hermano.

La primera fue en una noche de octubre, particularmente gélida.

El viento se filtraba por los alféizares mal aislados de la villa de los d'Alessandro, haciendo parpadear las llamas de las velas dispuestas sobre candelabros de pared. En la chimenea de piedra gris, el fuego crepitaba con fuerza, gracias a un par de troncos recién arrojados por un sirviente. Una luz anaranjada teñía el salón, dándole un aire fantasmal, casi infernal.

Yo me había encaramado en la rama de un tilo, junto a una de las ventanas. Las cortinas de brocado estaban entreabiertas, y la disposición del mobiliario me ofrecía una vista privilegiada del interior.

En el centro de la estancia, sobre una mesita de té cubierta con un paño de encaje, dos muchachos jugaban una partida de ajedrez con lujosas piezas de hechura toscana, talladas en alabastro.

Me habían enviado a vigilar esa casa, por orden directa de La Jefa. Debía concentrar mi atención en Winifred d'Alessandro, no en sus hijos. Pero incluso entonces, Emmanuel ya mostraba signos de

seguir algún día la misma senda que su madre, así que me quedé allí, curioso por verlo de cerca.

Winifred, a ojos del mundo, era una dama de sociedad venida a menos: en apariencia era solo una señora bien educada, entregada a sus deberes parroquiales y anfitriona de reuniones benéficas.

Pero en los círculos que yo frecuentaba, se la conocía por otros nombres: "La bruja oscura de los portales", "La nigromante de Hampshire" y algunos bastante menos corteses. La tenían bajo vigilancia desde hacía varios años, debido a su obsesiva búsqueda del acceso a planos prohibidos.

El clic de una pieza sobre el tablero devolvió mi atención al salón de los d'Alessandro.

—No puedes mover el caballo de esa forma, Emmanuel —protestó Theodore, exasperado, pasándose una mano por los cabellos lisos y claros.

—¿Y por qué no? —replicó Emmanuel, sonriendo con una chispa de picardía—. Mi caballo es mágico. Está al lado del brujo, y este lo ha hechizado. Tú también puedes hacerlo, si quieres.

—¡Eso no es un *brujo*! Es un alfil —respondió Theodore, conteniendo una carcajada.

—"Alfil" suena a algo extremadamente aburrido. Me gusta más pensar que es un brujo y con sus poderes puede cambiar el movimiento de las otras piezas. ¿Por qué mi caballo no puede transformarse en un caballo alado? Es muy fastidioso jugar siempre igual.

Theodore negó con la cabeza, resignado. Por aquel entonces, era un hombre muy distinto. Tenía el porte de un joven formal y de familia acomodada, preparado para heredar tierras y responsabilidades. Todo en él reflejaba su futura misión en la vida: solo había que ver su camisa de lino con cuello alto, perfectamente planchada, y los puños pulcramente almidonados, sin una mancha.

Emmanuel, mucho más desaliñado, era la imagen opuesta de su hermano: llevaba la corbata algo torcida, el cabello rizado e indomable, y había una viveza en los ojos que dejaba claro que era más avispado que su hermano, y también un rebelde nato.

—No sé por qué juego contigo —murmuró Theodore, echándose hacia atrás en la silla y cruzándose de brazos—. Siempre haces trampas.

—No son *trampas* —protestó Emmanuel con solemnidad fingida —. Solo intento hacer el juego un poco más interesante.

—Hay una diferencia entre hacer el juego "más interesante" y hacer lo que te viene en gana, ¿sabes, hermano?

—Pues yo no la veo. Estoy harto de que el caballo siempre haga lo mismo. Los caballos reales no van por ahí saltando dos cuadrados hacia delante y uno hacia un lado. ¡Se supone que esto es un juego! Debería ser divertido. ¡Emocionante!

Emmanuel entornó los ojos, rezumando terquedad, y Theodore soltó un suspiro paciente.

—Escúchame. Puedes decir lo que quieras, pero en el ajedrez no existen los brujos, ni los caballos alados —dijo mientras reordenaba las piezas con delicadeza, deshaciendo la última jugada de su hermano—. No puedes convertir los peones en torres, ni hacer que la reina y el rey se casen y aprovechar los peones descartados para convertirlos en sus hijos. Simplemente, no.

—¡Pues debería poderse! La magia es parte de la vida. Es lo que la hace interesante.

Emmanuel exhaló y se levantó a azuzar un poco el fuego, con cara de genio incomprendido.

Theodore lo observó con la mandíbula tensa.

—Sé dónde has oído eso —murmuró.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Acaso insinúas que madre nos miente?

—No he dicho eso. Madre tiene sus aficiones, y yo las respeto. Pero la vida real es trabajo, dedicación y esfuerzo. Si te quedas esperando a que un alfil mágico haga que a tu caballo le salgan alas, vas a esperar mucho tiempo. Tienes que jugar según las reglas del mundo en que vivimos y dejar de vivir en las nubes.

Emmanuel alzó la vista del fuego y miró fijamente a su hermano.

—Yo creo en lo que no se puede ver.

—No digas tonterías.

—No son tonterías —insistió Emmanuel, bajando la voz, como si las paredes pudieran escuchar—. Ambos sabemos lo que hace madre cuando dice que va a misa y no vuelve hasta la madrugada.

—¿Huir del lecho de padre?

Emmanuel soltó una risilla amarga.

—Te hace gracia cuando hago trampas al ajedrez, pero no cuando digo la verdad.

—No me hace gracia.

Se hizo un silencio breve, roto solo por el crujido de la leña. Emmanuel dejó las tenazas junto a la chimenea y regresó a su asiento.

—Tú sabes que hay algo más —dijo en voz baja—. Lo sientes. Aunque no quieras.

—No sé de qué hablas.

—No me mientas, hermano. Madre te enseñó a sentirlo, y a mí me está enseñando también.

Theodore no respondió. Observó el tablero, como si este contuviera respuestas que prefería no decir en voz alta.

—Y algún día, cruzaremos —añadió Emmanuel en un susurro—. Al otro lado.

—¿Qué lado?

—Donde los brujos vuelan. Donde las piezas cobran vida. Donde podremos convertirnos en lo que queramos, y cumplir todos nuestros deseos.

Theodore cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió, su voz era distinta.

—Yo solo quiero una vida honrada y en paz.

—¿Aunque eso signifique renunciar a la verdad? ¿A tus deseos más profundos?

La partida quedó en pausa. Las piezas blancas, de Emmanuel, dominaban el tablero. Las negras, de Theodore, estaban casi barridas.

—Me voy a la cama —dijo Theodore finalmente, levantándose de la silla con un gesto brusco—. Has ganado.

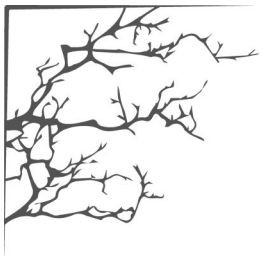
—Lo sé.

—Pero con trampas.

—Con magia.

Desde mi puesto oculto, me incliné hacia delante. A veces, dejarse ganar también podía ser una forma de querer a alguien.

Tomé nota mental de todo, sabiendo que volvería a esa casa. Y ya entonces supe que la historia de aquellos dos hermanos no terminaría bien.



Garrett



Hacía doscientos años que no veía a Emmanuel d'Alessandro, pero su aspecto no había cambiado demasiado.

O tal vez sí.

Estaba más pálido y delgado; hacía mucho que dejó de ser aquel joven de dieciocho años que un día decidió jugar a ser espiritista junto a la tumba de su madre. Aún tenía el mismo porte de aquel muchacho insolente que le hacía trampas a su hermano, pero su mirada era distinta: vacía, agotada, como si hubiera olvidado que un día fue humano, y ahora fuese solo un cascarón hueco, lleno de sombras.

La Umbrícora lo había transformado, igual que hacía con todo el mundo.

Teo estaba frente a él, sentado en un sillón de respaldo tallado, el rostro macilento. Con los ojos entrecerrados, estudiaba el tablero de ajedrez. Sus brazos y tobillos estaban atados con cordones de sombra a columnas salomónicas de mármol blanco, pero no parecía interesado en escapar.

Oksana, ignorando al otro, se arrodilló junto a Teo de inmediato.

—¡Teo! —susurró, tocándole el brazo con manos temblorosas.

Este la miró, sin más. No habló, ni sonrió, ni siquiera pareció reconocerla. Luego volvió a mirar el tablero de ajedrez que había frente a él, como si fuera lo único que le interesara en el mundo. Las piezas estaban colocadas en posiciones caóticas, y sospeché que la partida se había jugado durante horas, o quizás días, sin normas claras y sin sentido.

—Habéis venido —dijo Emmanuel desde el otro extremo de la mesa.

Se levantó, sujetando una reina blanca entre los dedos. Comenzó a caminar lentamente, con el mismo porte de caballero incomprendido que ya tenía de adolescente.

—¿Quién iba a pensar que el cascarrabias de mi hermano llegaría a hacer amigos? —dijo con ironía—. Siempre fue un amargado, incapaz de ver más allá de la punta de sus botas. Mi Señora me pidió que lo ejecutase, pero le concedí una última partida de gracia. Por los viejos tiempos.

—Lleva dos siglos buscándote —le espeté—. Tratando de ayudarte a regresar. ¿Y eso es todo lo que puedes decir sobre tu hermano?

—¿Regresar? —rio Emmanuel—. Yo no quiero "regresar" a la miseria de la mortalidad. Pronto el mundo entero será nuestro, y junto a Mi Señora reinaremos en todos los planos de la existencia.

Así que era cierto.

Su madre, La bruja oscura de los portales, había conseguido su objetivo. No había muerto, y se había convertido en la cabecilla de los Liberadores de la Umbrícora, como siempre había soñado. *Como siempre había temido La Jefa.*

—No puedo creer que le hiciera esto a su propio hijo — dije escupiendo las palabras, mirando a Teo encadenado. Después miré a Emmanuel—. A sus dos hijos, realmente.

—¿Y tú, Igniel? ¿Tú has sido un buen padre? —replicó Emmanuel, entrecerrando los ojos.

Sus palabras envenenadas me golpearon como un dardo.

El suelo tembló. Umbrael estaba cada vez más cerca.

—No eres el único que ha estado espiando a los demás —añadió Emmanuel, de pie y apoyando los codos en el respaldo de la silla—. Por cierto, siento lo de tu caída. Una jugada absurda. Incluso para mis estándares.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste? —pregunté, ignorando sus ataques—. Te has convertido en el peón de tu madre y en carcelero de tu propio hermano. ¿Qué te ofreció a cambio?

Otro estruendo sacudió la torre, esta vez, más fuerte. Las columnas vibraron. Oksana alzó la vista, alarmada. Sentí el pulso de aquella criatura milenaria, inmune a mi fuego y a cualquier arma humana conocida, aproximándose de manera inexorable.

Extendí una mano tras la espalda, invocando pequeñas chispas.

—Habéis despertado a Umbrael —dijo Emmanuel—. Nadie puede derrotarlo, de modo que vuestros minutos están contados. Aunque tú sabes salir de aquí, ¿verdad, Igniel? Todos los ángeles tienen la habilidad de viajar entre planos. ¿Esa sí que la conservaste? ¿O te pasó como con las alas?

Maldito humano podrido.

Otro estruendo sacudió la torre y las paredes trepidaron. Afuera, en La Ciudad sin Sol del décimo círculo, las sombras comenzaron a huir. Un rugido tronó por los corredores del palacio.

Teo siguió en la misma posición, como drogado, mientras Oksana mantenía una mano sobre su hombro con aire protector. Observé las cadenas que lo sujetaban; parecían ataduras mágicas, que solo podría soltar el que las había creado.

—Suelta a tu hermano, Emmanuel —ordené—. Ayúdanos a sacarlo de aquí, o morirá, y nosotros junto a él.

—Es un traidor. Se niega a unirse a los de su propia sangre. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque siempre fuiste un rebelde, y nunca te gustaron las normas.

Señalé el tablero y él enarcó una ceja con desprecio.

Empecé a trazar un círculo bajo mis pies. La sangre aún húmeda de mi herida, que empapaba el bajo de mis pantalones, dejó un rastro circular a mi alrededor.

—El alfil era un brujo, y podía hacer que al caballo le salieran alas —continué, mirándolo fijamente a los ojos—. ¿Recuerdas, Emmanuel? Cambiabas las normas del tablero para hacerlas tuyas. Soñabas con un mundo diferente. Pero ese mundo no es este.

Emmanuel bufó.

—Sandeces.

—Lo sean o no, tú mismo lo dijiste, hace mucho tiempo.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Emmanuel, con la reina blanca suspendida en el aire.

—Lo sé porque estuve allí —respondí—. Porque te escuché soñar en voz baja con un mundo donde las piezas volaban y la magia obedecía tus reglas.

Emmanuel parpadeó. Por un instante, sus ojos dejaron de ser los de un carcelero. Parecían los de un muchacho, asombrado de que alguien recordase lo que él ya había olvidado.

Sus dedos aflojaron el agarre sobre la pieza que sujetaba. Su rostro se contrajo de manera casi imperceptible, mientras, por las ventanas, una nube de humo negro cubría la ciudad entera.

—El brujo podía cambiarlo todo —seguí hablando, porque mis palabras parecían estar despertando una parte de Emmanuel dormida durante siglos—. Y el rey y la reina podían resucitar a los peones, si se unían en dos casillas adyacentes. Sé que lo recuerdas, Emmanuel. Yo estuve allí y lo vi. Tu hermano lo odiaba, pero, aun así, siempre te dejó jugar a tu manera. Él habría hecho cualquier cosa por ti. Ha estado buscándote durante siglos.

Emmanuel apretó la reina blanca entre los dedos, tan fuerte que la partió en dos.

—Puede que no me conozcas —continué—. Pero yo te vi cuando aún tenías esperanza. Cuando aún eras tú. Y ahora, eres el único que puede hacer que tu hermano vuelva a ser él mismo.

—Estás loco —murmuró Emmanuel, aunque cada vez sonaba menos convencido.

Sentí que estaba resquebrajando la ilusión en la que había vivido desde su llegada a la Umbrícora. Inspiró hondo, aunque probablemente ya ni siquiera necesitase respirar.

—Vamos, Emmanuel. Hazlo una vez más —le dije, bajando la voz —. Por él, no por ti. Cambia las reglas. Dale una jugada que no tuvo. Dale alas. Y que sea él quien elija volar o quedarse.

Oksana me miró. Quizás leyó la explicación en mi mente, porque asintió y miró de reojo el círculo de sangre que había trazado.

—Madre me matará —murmuró Emmanuel, mientras una chispa de lucidez iluminaba sus ojos por primera vez.

Se escuchó otro golpe; esta vez muy cerca, en la torre. La puerta de mármol tembló.

—Emmanuel —dije—. Umbrael está aquí. Y si entra, no habrá salvación para tu hermano. Él vino aquí por ti. No puedes hacerle esto.

Una llamarada de fuego y humo azotó las ventanas de la torre.

Emmanuel se volvió hacia Theodore. Lo miró durante largos segundos. Sus labios se movieron, pronunciando palabras en un idioma tan antiguo como La Tierra. Después, con un simple gesto de la mano, hizo desaparecer las cadenas.

Teo se desmayó al instante, pero Oksana lo sostuvo.

—Marchaos —dijo Emmanuel, sin mirarnos—. ¡Ahora!

—Vendrás con nosotros —le dije, aunque supe que no lo haría.

—No. Este tablero necesita una última jugada. Y alguien que lo cierre.

La puerta estalló. La criatura llenó el umbral: una efigie de humo, tentáculos y ojos ardientes.

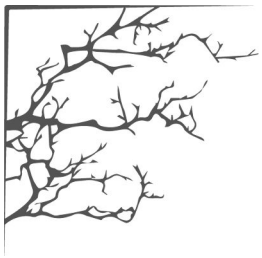
Emmanuel se giró hacia él. Por un instante, su silueta pareció completamente humana de nuevo.

—Este brujo aún tiene una última partida —murmuró—. Y esta vez... no haré trampas. Porque mi hermano merece ganar una partida. Al menos una.

Activé el círculo con el fuego de mis manos, y una grieta se abrió en su centro. Me concentré en cerrarlo en el mismo instante en que se abrió del todo: el último paso era casi más importante que el primero.

Oksana abrazó a Teo y lo empujó hacia la grieta. Los tres saltamos, justo cuando Umbrael rugía, quedándose atrás.

Me pareció ver que Emmanuel alzaba el brazo en despedida; seguramente fue lo último que hizo en su vida, antes de que Umbrael lo convirtiese en cenizas.



Oksana



—Está despierta —susurró la voz amortiguada de Mina desde algún lugar cercano.

Parpadeé en la penumbra. La luz trémula de unas velas arrojaba sombras temblorosas sobre paredes de roca. El aire olía a polvo antiguo, a humedad y a cera derretida. Pero lo más inquietante no era el lugar en sí, o lo que había en él, sino aquello que faltaba.

Aturdida, traté de escuchar, pero solo encontré silencio. Un silencio mental tan puro, tan absoluto, que resultaba insoportable.

Faltaba el murmullo constante de las mentes ajenas. Esa maraña de pensamientos, a menudo ininteligibles, había sido mi condena y la banda sonora de fondo de toda mi vida adulta, y despertar sin poder oírla me hizo sentir perdida.

Una gota salpicó por detrás de mí, en una esquina, y escuché la respiración de Mina a mi lado, esperando una respuesta.

Me incorporé sobre los codos, y cada músculo protestó poniéndose tenso, mientras mis huesos se quejaban, recordándome todos los golpes recibidos.

Estaba sobre un lecho improvisado de mantas ásperas, cuyo tejido burdo dejaba pasar el frío de las losas de la cripta.

Miré alrededor. A mi lado, Garrett yacía inconsciente. Dormía sobre un costado, con el cuerpo lleno de vendas y rasguños. Aun así, en su letargo, su expresión era serena. Parecía extrañamente vulnerable, casi dulce.

La camisa negra que llevaba no era suya. Era demasiado grande y demasiado aburrida para alguien como él. Seguramente era de Leonard; aquel tipo era un estirado, y solía usar ese tipo de ropa.

Garrett suspiró en sueños y sonrió un poco. Mi pecho se contrajo, con algo que parecía ternura.

—¿Dónde está Teo? —pregunté con miedo a saber la respuesta.

Estaba claro que no estaba ahí, tendido en el suelo junto a nosotros, y, en mi opinión, eso era una mala señal.

Mina no respondió al instante. Solo me señaló una esquina de la cripta. Mis ojos siguieron su dedo y se toparon con un sepulcro de piedra tallada.

—¿Qué...?

Me obligué a ponerme en pie, aunque mis piernas parecían hechas de plomo.

Traté de buscar alguna mente que me diese pistas. Necesitaba oír algo, cualquier cosa: de Mina, de Garrett o de quien fuese; pero el vacío me golpeó de nuevo. Solo un pozo sin fondo, donde antes había un zumbido constante.

Me mareé un poco estando erguida y me agaché de nuevo, con la cabeza entre las rodillas. Vi mis brazos sucios, llenos de manchas negruzcas.

—¿Puedes andar sola? —preguntó Mina con preocupación.

Asentí, apoyándome en ella. Mi mano buscó instintivamente la pared rugosa para sujetarme también del otro lado. Me dolía hasta respirar, pero no iba a ser débil frente a los otros.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mina, frotándome el brazo con cariño.

—He tenido resacas peores —respondí con tanta indiferencia como pude.

Mina me miró, extrañada. Empezaba a parecerme a Garrett, haciendo chistes malos en los peores momentos.

—Dama de hierro, ¿eh? —murmuró, con una risa triste—. Entonces, ¿no estás herida? Tienes el pelo quemado. Y la camiseta rota. Y no sé qué es esa sustancia negra que llevas por todo el cuerpo, pero...

—Bah. Solo un par de moretones, sangre de troll y un rasguño en la espalda. Nada que no se cure con reposo y desinfectante.

—Entonces estás bastante mejor que Teo... Ven, échale un vistazo.

Nos acercamos al sepulcro. Era casi hermoso, todo gris y tallado con símbolos florales. Dentro, Teo yacía inmóvil, más pálido que

nunca, con las manos cruzadas sobre el pecho. Por suerte no tenía tapa; de lo contrario, habría parecido ya enterrado.

Contuve la respiración.

—¿Está...?

—No lo sabemos. No responde y está frío, aunque en... *ellos*... podría ser normal. Necesitamos que Selena lo vea, porque no se ha movido desde que cruzasteis el portal. Leonard y yo estuvimos allí día y noche, esperándoos. Aparecisteis de la nada, y os trajimos hasta aquí. Has dormido durante diez horas.

Rocé la frente de Teo, que estaba fría. Su pecho se mantenía inmóvil, sin respirar.

—Garrett dijo que la Umbrícora podía destruir a cualquiera, si permanecía el suficiente tiempo en ella —murmuré, sin apartar la vista de Teo.

Mina me devolvió una mirada dura.

—No digas eso. Se recuperará.

—Tú no viste lo que yo —respondí con voz lúgubre—. Cuando lo encontramos, parecía un fantasma. Ni siquiera se esforzaba ya por liberarse.

Un sonido sordo nos interrumpió: un golpe seco, madera contra piedra. La trampilla del techo se abrió y cayó una nube de polvo.

—Ya lo tengo todo arreglado —dijo Leonard, descendiendo con un salto felino. Tenía los brazos llenos de bolsas del supermercado—. Salimos en cuanto Oksana y Garrett despierten... ¡Oh! Me alegra verte ya en pie, Oksana.

—¿Salimos hacia dónde? —pregunté, todavía algo aturdida.

—Ibiza —respondió Mina con paciencia—. Hay que llevar a Teo a casa cuanto antes. Leonard e Iris salieron hace horas a organizarlo todo, y yo me quedé aquí, cuidando de vosotros tres. —Se giró hacia Leonard—. ¿Habéis encontrado la manera de transportar a Teo, cariño?

—Tendrá que viajar en el maletero —anunció él, cruzándose de brazos—. Iris ha conseguido una furgoneta de reparto, sin ventanas traseras. Y un par de cajones de madera bastante grandes para evitar que entre la luz.

—¿Teo viajará en el maletero de una furgoneta? —pregunté, con el ceño fruncido.

—No es lo ideal, pero es discreto —respondió Leonard—. Yo iré con él, para asegurarnos de que todo va bien; aunque nadie preguntará. Acabo de volar al puerto y he untado al responsable de seguridad del ferry. Y os he traído sándwiches.

—Buen trabajo, cariño —dijo Mina, acercándose a él y besándolo en la mejilla mientras él la rodeaba por la cintura—. ¿Dónde está Iris?

—Está arriba, al teléfono con Johannes —respondió él—. ¿Qué tal Garrett? ¿Pensáis que podríamos darle un empujoncito para que se despierte antes de que se haga demasiado tarde? Son ya casi las nueve de la noche, y, si nos damos prisa, podremos evitar las horas de sol.

En ese instante, Garrett se removió un poco. Un suspiro escapó de sus labios y sus párpados temblaron. Habló con la voz rasposa de alguien que regresaba de muy lejos:

—Glacialina...

Me tendió la mano, entreabriendo los ojos con una sonrisa. Corrí y me arrodillé a su lado, tomándola entre las mías.

—Y luego dicen que los vampiros son inmortales —murmuró arrastrando las palabras—. Mirad a esta chica de aspecto inocente... salió del mismísimo infierno sin un solo rasguño...

—Inocente, inocente... no sé —comentó Mina con una sonrisa traviesa.

Me agaché, mirándolo directamente a los ojos, y sentí que el mundo entero vibraba bajo mis pies.

Sus ojos azules me buscaron en la penumbra, y yo me acerqué un poco más, atraída por la paz de su rostro.

—Estás aquí —dijo, apenas en un susurro, acercándose como para besarme. Pero luego se dejó caer de nuevo, agotado—. Lo conseguimos.

Asentí, con el corazón saltando en el pecho. A pesar del dolor en mi cuerpo, del miedo que todavía sentía, y del silencio mental que me envolvía, ver que Garrett había regresado me hizo sentir mil veces mejor.

Después de todo, había sido mi compañero en aquel terrible viaje. Y, ahora, yo era la única que sabía que aquel hombre guardaba más secretos que todos los demás juntos en esa cripta, y eso no era decir poco.

Un móvil vibró sobre una de las lápidas, resquebrajando la quietud de nuestro reencuentro.

—Es el tuyo, Garrett —dijo Mina—. Por cierto, no ha parado de sonar desde que os fuisteis. ¿Qué operadora tienes? El mío aquí abajo no tiene señal.

—Eso es porque usas compañías cutres de prepago, Lechuguita —se burló Garrett con voz débil, aunque su sonrisa duró poco.

Mina le devolvió su teléfono, y él frunció el ceño al ver la pantalla.

—Es mi abogado —murmuró, cancelando la llamada—. Disculpadme un momento.

Se levantó con dificultad y se encaminó a la escalerilla que llevaba arriba, a la iglesia. Leonard trató de ayudarle a subir, pero Garrett alzó una mano, rechazando su ayuda con orgullo. Leonard se encogió de hombros y lo dejó hacer, aunque estaba claro que le costaba salvar los peldaños.

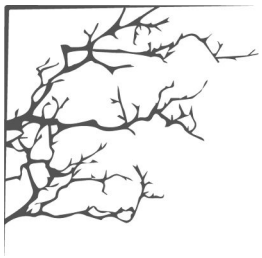
Escuchamos sus pasos resonando sobre nuestras cabezas, y su voz se coló a través de la trampilla abierta:

«¿Cómo que no me presenté a tiempo al juicio? Te dije que no estaría disponible durante unos días... Haré lo que haga falta... Mañana mismo, si es necesario. No, no... ¡Maldita sea, Doolan! ¿Es que no puede ser por videollamada? No puedo creer que esto esté sucediendo. Claro que sí. Sabes que Addison es lo único que me importa.»

Al parecer, el infierno no venía siempre en forma de demonios o cavernas oscuras. A veces, era una sala de tribunal, o las consecuencias terribles de una decisión pasada.

Y a veces, era la certeza de que justo cuando habías empezado a enamorarte de alguien, ya estaba a punto de marcharse al otro

extremo del mundo, en busca de aquello que realmente le importaba.



Oksana



Apenas amanecía cuando conseguí sacar aquella horrible furgoneta blanca del típico cuello de botella que se formaba tras la llegada del ferry al puerto de Ibiza.

Habíamos viajado en ferry toda la noche, y acabábamos de desembarcar. El mar iba pasando de negro a anaranjado a nuestras espaldas, mientras me esforzaba por sortear el tráfico con aquel vehículo bastante más grande de los que estaba acostumbrada a conducir. Encima, Mina se quejaba sin parar de que apretaba demasiado el acelerador. Había tenido que pelearme con ella para que me dejase tomar el volante, pero al final había cedido y ahora compartía con Iris los dos asientos del banco delantero.

Después de todo lo ocurrido, yo estaba demasiado cansada para soportar sus estupideces y su conducción de tortuga coja. Y, además, necesitábamos que Selena viese a Teo cuanto antes. Si Mina hubiera conducido, estaríamos aún en la península.

Mientras avanzaba por la carretera, tenía la sensación constante de que algo nos seguía. Debía de ser una mezcla entre el estrés y el pánico que había vivido en los últimos días; no era fácil volver a la vida normal después de algo así.

Recordé el trayecto desde las ruinas de Edeta hasta el puerto. Garrett les había hecho a Iris y Mina un resumen de lo ocurrido. Después, en el ferry, habíamos tratado de dormir en unas butacas extremadamente incómodas. Por motivos obvios, tuvimos que dejar a los dos vampiros en la furgoneta mientras duró la travesía en barco.

Ahora, por fin de vuelta en la isla de Ibiza, la brisa entraba por la ventanilla, trayendo olor a tierra, a sal y a algo que olía a "hogar", o lo más parecido a eso que había sentido en años.

Pero el silencio dentro del coche se había vuelto espeso, mientras cada uno le daba vueltas a sus propios problemas por resolver.

Garrett parecía estar rumiando acerca de su conversación con el abogado. Aunque no la llegó a compartir con nosotros, era bastante fácil de adivinar.

Iris lloraba a ratos, preocupada por Teo.

Y yo...

Yo me preguntaba qué sería de mi futuro en la agencia.

Ahora que en mi cabeza ya solo había silencio, iba a servirles de poco.

Había pasado de captarlo absolutamente todo de niña, sin desearlo, a ir fallando de vez en cuando durante las misiones del Serenata. Pero nunca pensé que llegaría tan rápido a esto: a este silencio absoluto, tan vacío que daba vértigo.

Era difícil saber si aquello sería temporal o definitivo, pero si lo era... Si lo era, no me imaginaba mi vida siendo solo camarera, después de todo lo que había hecho y visto en el Serenata Nocturna.

Observé mis nudillos, blancos sobre el volante. De reojo, a través de la reja que separaba el compartimento de carga, atisbé la figura de Garrett con la cabeza gacha, sentado sobre uno de los cajones de madera. Desde que dejamos el barco, apenas había dicho una palabra.

—Entonces... ¿qué creéis que pasó con Emmanuel? —preguntó Mina de pronto, en voz muy baja, como si temiese despertar a Teo.

Sentí una oleada de pánico al revivir esos últimos segundos en la Umbrícora, y no pude contestar.

Me centré en la carretera y decidí dejar la respuesta a Garrett. Él guardó silencio unos instantes. Al final, carraspeó, enredó los dedos en la reja separadora y se inclinó hacia delante.

—Hizo lo correcto —dijo al fin, sin mirar a nadie—. No creo que sobreviviese, pero se comportó como un héroe, y gracias a él, su hermano ahora está aquí. Espero que descanse en paz... y que ya no esté en ese lugar sin nombre, atrapado con la loca de su madre.

Giré hacia el norte, tomando una carretera secundaria flanqueada de pinos y alguna que otra palmera. Iris apoyó la frente en la ventanilla, observando los rayos del amanecer con absoluta desolación.

—Garrett, comprueba que las cajas estén bien cerradas, por favor —murmuró sin girarse.

—A cal y canto, querida —respondió él, moviendo un poco las mantas de arpillera que cubrían nuestra extraña carga. Luego dio un par de golpecitos sobre una de las tapas—. ¿Qué tal por ahí dentro, profesor Ellington?

—Un paseo encantador y nada claustrofóbico —surgió su voz de las profundidades.

—¡Aguanta, cariño! —lo animó Mina, encaramándose a la reja y haciendo bocina con las manos—. Ya falta poco.

—¿Tienes claro a dónde vamos, Glacialina, o estamos dando vueltas por toda la isla? —preguntó Garrett.

—No me distraigas con tonterías si quieres llegar de una pieza, Celestine. Lo de tirarte a la cuneta sigue en pie.

Garrett estuvo a punto de responderme algo, pero su móvil vibró otra vez. Sacó el aparato y contestó en voz baja. Era difícil oírlo con el ruido del motor, pero aun así capté algunas palabras.

—¿Sí?... Entiendo... De acuerdo. ¿Entonces hoy... no es posible? —Una pausa larga, más grave que cualquier otra palabra—. Bien. Mañana por la mañana, si no hay nada mejor...

—Por cierto, ¿te quedaste sin móvil? —me preguntó Iris, mientras Garrett hablaba.

Asentí.

—Fue una tontería llevármelo, la verdad.

—Si quieres, tengo uno de reserva en casa de Teo. Puedes usar ese hasta que te compres otro.

Le di las gracias mientras Garrett colgaba. Quizás Iris no fuera tan insoportable, después de todo.

—¿Tu abogado? —le pregunté a Garrett sin girarme, para no parecer demasiado interesada en la respuesta.

Él asintió, los hombros tensos.

—Tengo que estar en Sídney antes del miércoles, o perderé el juicio por no presentarme. Doolan me está ayudando a encontrar un vuelo.

Me puse firme de golpe, olvidando a mis compañeras que estaban al lado.

—¿Vas solo? ¿Sin descansar siquiera?

—Claro —dijo con una risa sin humor—. No puedo perder a Addison.

—Pero... ¿tienes algún amigo allí? ¿Alguien que te apoye durante el juicio?

Se encogió de hombros.

—Ah, sí, tengo amigos surfistas, aunque hace mucho que no los veo. Pero estará mi abogado, de todas formas. Es un buen tío. Lo conocí en un bar de la playa.

Estuve a punto de ofrecerme a ir con él, pero comprendí de inmediato que habría estado fuera de lugar presentarme en el juicio contra su exmujer sin ser invitada. Era curioso que pudiera acompañarlo al mismísimo inframundo sin que nadie alzara una ceja, pero habría sido raro que quisiera apoyarlo en un proceso que, a todas luces, era injusto para él.

—¿Es por la custodia de tu hija? —preguntó Mina muy seria.

—¿Sabías que tenía una hija? —la interrumpí, extrañada.

Mina e Iris me miraron como si fuera una extraterrestre.

—Pues claro —dijo Mina con los ojos como platos—. ¿En qué planeta vives? Desde que conozco a Garrett ha estado luchando por la custodia de Addison. ¿De verdad no lo sabías?

Me encogí de hombros.

—Pues... no. O sea, me lo dijo hace poco. Sabía lo de sus juicios, pero pensé que eran por la casa, o algo así.

—Cómo se nota que no te interesan NADA los niños —comentó Mina, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Es como si bloqueases toda la información relativa a ellos.

Me encogí de hombros y detuve la furgoneta frente a la villa de Teo, aunque nadie se movió del asiento.

—Raoul dice que ahora viene, y nos ayudará a bajar los cajones —dijo Iris, alzando la mirada del móvil con los ojos enrojecidos.

—No hace falta. Ya los bajo yo —dijo Garrett—. ¿Me ayudas, Oksana?

Lo miré con el labio torcido. ¿Estaba loco?

Que lo bajase Raoul. Yo estaba molida. Y sospechaba que pronto empezaría a dolerme la cabeza otra vez.

—Creo que ya viene por ahí —dije, señalando vagamente con la mano hacia la verja de la casa.

La figura gigante de Raoul apareció entre las sombras del porche de la casa, caminando a grandes zancadas. No llevaba su típico traje negro; solo unos pantalones de bolsillos color caqui y una camiseta negra que parecía a punto de explotar. Sin duda, debía de ser difícil encontrar ropa de talla hombre lobo.

—¡Mete la furgoneta en el garaje! —me dijo, indicando la dirección con las manos.

Asentí y entré en el garaje cubierto. Una vez dentro, Raoul abrió la puerta trasera y liberaron a Leonard. Este salió, alisándose la ropa, y se unió a Raoul y a Garrett para transportar el otro cajón hasta el interior de la casa, que estaba a oscuras, con todas las persianas bajadas. Iris los seguía de cerca, en silencio, e iba encendiendo las luces a su paso.

—¿Selena está aquí? —pregunté, mirando a mi alrededor la casa vacía.

—Vendrá esta tarde —respondió Raoul con un gruñido, soltando el cajón en medio del lujoso salón minimalista.

—¿Todavía sigue enferma? —dije, extrañada—. ¿Pero qué narices le pasa?

Raoul me miró fijamente durante unos segundos larguísimos.

—Nada —respondió secamente.

Mina me miró de reojo con una pregunta muda.

—Cuánto misterio, por favor —me susurró al oído cuando Raoul desapareció en la cocina.

—Pero, ¿ya está mejor? —le gritó luego a Raoul desde el salón.

—Sí —respondió él sin dar más información.

Iris se dirigió a todos nosotros.

—Oksana, Garrett, creo que deberíais volver a casa y descansar lo que podáis. Habéis hecho un trabajo durísimo, y os estaremos agradecidos siempre. Pero ahora no hay mucho más que podáis hacer por Teo.

Me tendió su teléfono viejo, y yo lo metí en el bolso, por si acaso.

—Leonard y yo nos quedamos —dijo Mina—. No vamos a dejarte sola en esta casa tan grande. Te voy a preparar un curry. No has

comido nada normal desde hace días.

Iris asintió.

—Gracias. Gracias a todos.

Asentí, aceptando su agradecimiento sin decir nada más.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo Garrett, abrazándola en despedida.

Yo no la abracé. Habría sido raro.

Luego regresamos a la furgoneta, solos Garrett y yo.

—Te llevo a casa —dije sin mirarle, poniendo el motor en marcha —. Supongo que tendrás que hacer la maleta. Y dormir un poco.

Garrett asintió, mirando por la ventanilla.

—Necesito muy poco equipaje —dijo con cierta amargura—. No me interesan las posesiones materiales.

Me giré un instante y me encontré con su rostro de querubín, con los ojos azules y los cabellos dorados. Me pregunté cuántos siglos, o quizás milenios, habría vivido como un inmortal. ¿Habría tenido una casa, posesiones... algo que fuera solo suyo? ¿O simplemente habría existido, como la luz, sin nada más que él mismo?

—Esta vida debe de ser muy rara para ti —comenté, pensando en voz alta.

Garrett sonrió.

—Rara, sí.

—Ya hablas con la misma elocuencia que Raoul.

Esta vez estalló en una carcajada.

—Dime que es un cumplido.

—No lo es. El pobre no era el más brillante de la clase de lengua, eso seguro.

—¿Sabes? A veces eres un poco mala, Glacialina.

Me encogí de hombros.

—Ninguna novedad. Siempre lo he sido.

—Uno siempre puede cambiar.

—Generalmente, a peor.

—Me encanta lo positiva que eres siempre.

—Y a mí lo equivocados que están los que creen que pensar en positivo puede cambiar una realidad de mierda.

Garrett se calló de golpe, y me arrepentí de inmediato de haberle hablado así.

—Yo... disculpa. No iba por ti —dije, aunque ya era tarde.

—No pasa nada. Tienes razón —respondió con voz casi inaudible.

Aparqué bajo su bloque de apartamentos: un edificio de playa, no muy lejos del Serenata.

—Supongo que aquí termina nuestra aventura —le dije.

De pronto, me sentí decaída al pensar que ahí terminaba todo. Después de todo lo vivido, íbamos a despedirnos así, con un "choca esos cinco" en la puerta de su casa.

Garrett bajó del coche, aún un poco tambaleante. La camisa negra de Leonard le colgaba floja sobre el torso, vendado por Mina mientras estaba inconsciente. Quise decir algo más, pero él se me adelantó.

—Supongo que no querrás subir a desayunar conmigo —dijo, con la mirada fija en mis labios.

Sonreí, sin poder evitarlo.

—¿Desayunar? —repetí.

Comer era lo último en lo que pensaba en ese momento.

—Ya sabes, para celebrar que no nos mató ese maldito pulpo gigante, o lo que fuese...

Ni siquiera fingí pensármelo.

—¿Tienes vodka en casa? —pregunté, bajando del todo la ventanilla.

—No. Y son las nueve de la mañana, por cierto.

—¿Ginebra? Ya es de noche en Australia, así que tenemos vía libre.

—Tampoco. Lo siento.

Garrett se apoyó en el marco de la ventanilla, de modo que sus ojos quedaron a la altura de los míos.

—¿Entonces qué demonios beben los surfistas cuando celebran cosas? —pregunté, sosteniéndole la mirada.

—Agua de coco y kombucha, Glacialina. Somos gente sana, y el mar no es ninguna broma.

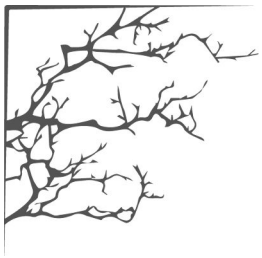
Puse los ojos en blanco.

—Eres peor que Mina.

—No te creas. También tengo espinacas congeladas, si prefieres un batido verde. O puedo hacer huevos con beicon, si prefieres algo más... —Me miró con intención—. Algo más *carnívoro y contundente*.

Solté un suspiro dramático y apagué el motor de la furgoneta.

—No me gusta mucho nada de lo que tienes, pero me sacrificaré —dije, sacando la llave del contacto, y por primera vez en días, me sentí de un humor maravilloso.



Oksana



Accedimos al apartamento de Garrett por una escalera exterior. Para entonces, el sol ya se alzaba majestuoso sobre la playa de San Antonio.

—No tengo ascensor como vosotras, pero a cambio me quedé con las vistas —dijo Garrett, forcejeando con la cerradura.

La puerta estaba abombada, seguramente por la sal y la humedad, y tuvo que darle un par de empujones hasta que cedió.

Al entrar, noté el típico olor de las casas de la costa: a sal y a madera envejecida, mezclado con un dulce aroma a crema solar.

El apartamento era amplio, abierto, con luz cálida y muy pocos enseres personales. La mayor parte de las superficies estaban limpias y vacías, a excepción de algunos libros y revistas de viajes, llenos de fotografías coloridas. Sobre una de las paredes colgaba un mural de fotos en blanco y negro, que en su mayoría mostraban a una niña pequeña en diferentes poses.

—Siéntate —dijo, señalándome un sofá en el salón, que compartía espacio con la cocina, de la que lo separaba una barra—. Déjame ver...

Se puso a rebuscar en la nevera, y mientras observé la tabla de surf que colgaba de la pared, como si fuera una obra de arte.

—Vaya, lo del beicon no va a poder ser —dijo, con la cabeza en el frigorífico—. Y huevos tampoco tengo... Perdona, compré pocas cosas antes de irme.

—Tranquilo. Yo tampoco llené la nevera antes de bajar a los infiernos.

Garrett rio.

—Pero tengo corn-flakes, Glacialina. También mantequilla y pan congelado. ¿Te gusta el *Vegemite*?

—¿El qué?

—Tú déjame a mí. Seguro que te encanta. Si quieres, puedes ir al baño y arreglarte mientras tanto. Hay toallas en el armario blanco.

Miré mi reflejo en la puerta de una vitrina: tenía la ropa rota y arrugada, con manchas y restos de batalla por todas partes. Me había aseado un poco en el ferry, sí, pero sin camarote y con prisas, los baños públicos no daban para milagros.

—La verdad... lo agradecería. ¿Estás seguro? ¿No prefieres que te ayude en la cocina?

—Claro que sí. Tú dúchate tranquila. Yo me encargo del desayuno. Y te dejo algo de ropa limpia fuera.

—Gracias —dije, más sorprendida de lo que habría querido admitir.

No estaba acostumbrada a tantas atenciones.

La mayoría de la gente, incluida mi familia, me había tachado siempre de borde, y lo demostraban en la forma en que me trataban. Incluso cuando fingían ser amables, sus pensamientos los traicionaban.

Claro que ahora mi telepatía estaba muda.

Pero, aun así, Garrett no parecía tener capas ocultas. Él era sencillo. Transparente. Lo que veías era lo que había.

Y eso, para alguien como yo, era sorprendentemente reconfortante.

El baño era de estilo anticuado, pero estaba pulcro, sin una sola mota de polvo, sin un solo pelo en la ducha. Al abrir el armario me encontré un par de toallas dispares, con olor a recién lavado y dobladas a la perfección.

Me desnudé y me detuve frente al espejo.

Lo primero que noté fue mi pelo, chamuscado por un lado. Lo mejor sería cortarlo, pero de momento, se podría resolver con una coleta.

Aparte de eso, tenía arañazos y moretones por todas partes, pero nada roto. Me puse de lado, tratando de ver la herida en mi espalda. Era difícil, porque los tentáculos de Umbrael me habían golpeado justo en el centro, y esa parte no podía vérmela en el espejo. Me pareció ver una mancha oscura, pero no dolía

demasiado. Con suerte sería solo un moretón, y desaparecería rápido.

Para haber estado en un plano del que casi nadie regresaba, estaba de una pieza.

No por presumir, pero hasta yo estaba impresionada de mí misma.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Garrett desde fuera.

—Estoy desnuda —respondí sin pensar.

Al otro lado se hizo un silencio espeso, y escuché a Garrett removerse, incómodo.

—¿Garrett? ¿Todo bien?

—Eh... sí. Solo... te dejo ropa limpia delante de la puerta. Caminaré de vuelta a la cocina. Cuenta hasta cinco antes de salir, para asegurarte de que me he ido.

Hizo una pausa.

—A no ser que quieras que te vea desnuda. En ese caso, cuenta hasta tres.

Sonreí y grité:

—¡Uno!

—Dos.

—Tres...

Puse la mano sobre el pomo de la puerta.

¿Abrirla... o no?

Casi podía sentirlo al otro lado, conteniendo la respiración.

Sacudí la cabeza.

¿Pero qué narices estaba haciendo?

Garrett era mi compañero de misión. Estaba recién salido del infierno (literalmente), seguía colado por su ex, y tenía una hija que lo necesitaba.

—Cuatro, cinco —terminé lentamente—. Voy a salir.

Cuando abrí la puerta, Garrett ya no estaba.

En el suelo me esperaban unos pantalones cortos oscuros, con cordón, y una camisa de botones verde y negra, estampada con hojas de palmera. La clase de prendas que casi nadie podría ponerse

sin parecer ridículo. Pero que, de algún modo, a él le quedaban perfectas.

Cuando terminé de ducharme olía a *noodles* con verduras al wok, y se me hizo la boca agua.

—¿No decías que no tenías comida en casa? —pregunté, extrañada.

—He bajado al súper. El pan estaba enmohecido. Y los corn-flakes parecían chicle.

—Vaya con el cocinero. En casa del herrero...

Rei, y él se encogió de hombros.

—Cocino poco en casa, y no suelo invitar a nadie —dijo, sirviendo los platos.

—Por cierto, tienes un apartamento bonito —respondí, acercándome a una estantería—. Sencillo. Tranquilo. Sin pretensiones. Como tú.

—¿Eso es bueno? —preguntó, poco convencido.

—Créeme, lo es.

Sobre la estantería reposaba un marco con la fotografía de una niña en la playa, con un helado más grande que su cabeza.

—Es ella, ¿verdad? —pregunté—. Addison.

—Sí. Recuerdo bien ese día —dijo Garrett, con aire nostálgico—. Se habían burlado de sus dientes en el colegio, y la llevé a tomar un helado para animarla. No sabía que los niños podían ser tan crueles. Siempre creí que la malicia era solo cosa de adultos.

Me giré, apartando la mirada de su rostro nostálgico, que, por algún motivo, me perturbaba.

—Yo nunca encajé con los otros niños —confesé, sin saber por qué lo decía en voz alta—. De pequeña siempre se burlaban de mí en todas partes, o me odiaban, o me envidiaban. Y, para colmo, podía escuchar todo lo que pensaban —añadí con una sonrisa amarga—. Supongo que, por eso, ahora no soy muy buena con los niños, en general.

Garrett me miró, asintiendo.

—Te entiendo.

Con él siempre sentía que lo entendía todo, sin necesidad de largas explicaciones.

—¿Y el helado le ayudó a superarlo? —pregunté, señalando la foto.

—Puede —respondió con una sonrisa triste—. Aunque creo que le ayudó aún más que le explicase que la opinión de los demás no cambiaba quién era ella realmente. Que era libre de escuchar los comentarios que le gustasen, y de desechar aquellos que le pareciesen injustos.

—Un buen consejo —comenté—. Ojalá me lo hubieran dicho también a mí, a su edad.

—Nunca es tarde para escucharlo —murmuró.

Entonces empujó el plato hacia mí.

—Come, por favor —dijo—. Llevamos días sin comer nada normal. Necesitas coger fuerzas.

Miré el cuenco humeante y los palillos, sin saber ni por dónde coger aquello.

—Creo que es la primera vez en mi vida que desayuno noodles —comenté.

Su rostro se contrajo y dejó caer los palillos.

—¿Habrías preferido leche con cereales?

—¡Es perfecto! —exclamé, al ver que se levantaba a buscar otra cosa.

Me levanté también y lo tomé del antebrazo.

—De verdad. Me encanta.

Lo obligué a sentarse.

Quedamos frente a frente, uno a cada lado de la mesa, nuestros ojos clavados los unos en los del otro.

No había nada que decir; al menos, no todavía.

Comimos en silencio, mientras el cansancio físico y mental comenzaban a descender sobre nosotros. Después Garrett se excusó para ir a la ducha, y yo me tumbé en su sofá color arena, mientras un canal de la tele emitía videoclips musicales.

Tomé una manta suave de color espuma de mar y me cubrí con ella. Cerré los ojos, escuchando la música mientras esperaba a que Garrett regresase.

No recuerdo mucho más; debí de quedarme dormida de inmediato. Cuando volví a abrirlos, el sol anaranjado entraba a

raudales por los ventanales del balcón, y Garrett, sentado en una butaca frente al sofá, hojeaba una revista de surf, con ropa nueva y el pelo lavado.

—Buenos días —me saludó con voz dulce, apoyando la revista sobre las rodillas—. Parece que eres humana, después de todo. Empezaba a tener dudas.

Me desperecé y disimulé un bostezo.

Mi primer instinto fue rebuscar en el aire, tratando de captar algún pensamiento que me diese pistas sobre dónde estaba, y qué había ocurrido mientras dormía. Pero no hallé nada, claro.

—¿Qué hora es? —pregunté, algo confusa.

—Hora de almorzar. O de merendar. O... de cenar, según qué horario sigas.

—Trabajo en el Serenata —dije, volviendo a cerrar los ojos para bloquear el sol de la tarde—. Ya sabes qué horarios seguimos allí.

Él sonrió de nuevo, asintiendo.

—Horarios *inhumanos* —comentó, y pareció muy satisfecho con su juego de palabras—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Es solo que...

—¿Qué?

Dudé un momento.

Me daba miedo decirlo en voz alta.

Era como si, al decirlo, estuviera aceptando que aquello existía. Que era parte de la nueva realidad. Una realidad que no estaba segura de que me gustase.

—Desde que regresamos, es como si mi telepatía se hubiera apagado por completo —dije finalmente, dejando las supersticiones a un lado—. Hay un silencio absoluto. No oigo nada de nada. Es extraño. Es...

—¿Aterrador?

Asentí, recordando las cicatrices de su espalda.

—Sí —admití—. Es difícil perder algo que dabas por sentado. Algo que pensabas que te definía. Que era parte de tu ser, de quién eras...

—Lo es —respondió escuetamente.

—Otra vez estás hablando como Raoul —dije, aunque, en el fondo, no se necesitaba decir más.

Sabía que él, más que nadie, entendía cómo me sentía.

Garrett apartó la revista y se sentó junto a mí en el sofá. Encogí las piernas para dejarle sitio, y él tomó uno de mis pies entre sus manos calientes.

Comenzó a masajearlo lentamente por toda la planta y el empeine, desde el dedo meñique hasta el tobillo, deteniéndose un buen rato en el talón, magullado por las botas.

Cerré los ojos, dejando escapar leves gemidos de placer.

Después de lo que habíamos pasado, aquel masaje era un placer celestial, verdaderamente orgásmico. Cuando por fin terminó, me sentía como si flotase en una nube.

—Eso ha sido maravilloso —dije, exhalando toda la tensión que me quedaba dentro.

—Sé hacer cosas aún mejores —respondió con aire misterioso.

Abrí la boca, sin saber qué decir. Él bajó la mirada, casi como si se arrepintiera de haberlo dicho.

Me acerqué a él, sin pensar. Le tomé la mano y sentí la aspereza de sus nudillos, las cicatrices típicas de un cocinero y el calor bajo la piel.

—¿Sabes qué es lo peor de perder la telepatía? —susurré—. Que ahora tengo que adivinar las intenciones de los demás. Que tengo que lanzarme a ciegas y confiar. Y eso no se me da *nada* bien.

—Puedes confiar en mí —dijo.

Me abrazó, y le puse las manos en la cintura. Lentamente, tanteando sus reacciones, las pasé por debajo de su camisa y fui subiendo hasta el lugar que más deseaba acariciar. Mis manos quedaron justo sobre sus omóplatos, firmes bajo la tela suave de su camisa floreada.

Él se quedó inmóvil, invitándome a continuar.

Con la punta de los dedos, recorrí lentamente la zona donde sabía que se ocultaban las cicatrices.

Garrett se estremeció, y me miró como si todo el universo hubiera desaparecido, y solo quedásemos nosotros dos.

—Aunque, creo... —añadí—, creo que contigo no es tan terrible no poder escuchar tu mente. Porque te entiendo más que a nadie.

Asintió, sin dejar de mirarme.

—Y me parece que tú... —continué—, que tú me entiendes a mí también.

Entonces me besó: un beso de fuego, de pasión contenida, como si acabase de lanzarse al abismo, y el único paracaídas fuera yo.

Su beso fue tan ardiente que sentí vértigo.

Ladeé la cabeza en dirección al dormitorio, y Garrett me levantó en volandas. Me llevó hasta allí sin dejar de mirarme, riendo en voz baja mientras le intentaba desabrochar los botones de la camisa, acunada entre sus brazos.

Me dejó en la cama y se sentó al borde, y ahí terminé de quitársela. La dejé caer al suelo y me puse detrás de él, con las manos sobre sus hombros, admirando sus cicatrices. Brillaban bajo la luz tenue que se filtraba a través de las cortinas.

Apoyé los labios sobre una de ellas, justo donde alguna vez nacieron sus alas. Luego las besé. Recorrí las cicatrices despacio, como leyendo un idioma secreto escrito en su piel. Lo imaginé alado, esplendoroso, como debió de ser algún día: una criatura mágica y poderosa, capaz de hacer cosas que yo no podía ni imaginar. Era extraño pensar en todo lo que habría visto aquel hombre, aquel ángel, durante siglos, o quizás milenios.

—Te las devolvería, si pudiera —susurré, apoyando la mejilla sobre su piel.

—Tú ya me estás devolviendo algo que pensé perdido —respondió él, girándose hacia mí y tomando mi rostro entre sus manos.

Me tumbó sobre las sábanas con una delicadeza que jamás había visto en ningún ser humano y me desabrochó la camisa de palmeras, sonriendo.

—No era tu estilo —admitió, sosteniéndose por encima de mí sobre manos y rodillas—. Pero me encantaba vértela puesta.

Entre caricias, me ayudó a quitarme lo demás, sin romper ese silencio cómplice que habíamos creado. Me devoraba con los ojos, admirando cada centímetro de piel que iba descubriendo. Fue

sembrando besos diminutos por mi piel, hasta que quedamos desnudos frente a frente.

Sus manos reptaron por debajo de mi cintura, subiendo por mi cuerpo. Cuando alcanzó la herida sin darse cuenta, sentí una punzada y arqueé la espalda.

—¿Te duele? —preguntó, alarmado.

—No. Solo... no es el mejor sitio ahora mismo —dije, guiando sus manos hacia mis pechos—. Aquí están mejor.

Garrett rio y no protestó en absoluto.

Cuando entró en mí, mi cuerpo se estremeció como si recordara al suyo, aunque nunca lo hubiera tocado antes. Nos buscamos con hambre, encajando a la perfección. Había tanta intensidad, y a la vez tanta vulnerabilidad en sus caricias, que me sentí como si fuera la primera vez que hacía el amor.

Nos deshicimos el uno en el otro, como dos llamas que al tocarse no se apagan, sino que arden más fuerte.

Esa noche no hubo máscaras. No hubo bromas, sarcasmo ni escudos. Solo dos cuerpos que se reconocían, dos fuegos distintos que al encontrarse no se consumían, sino que se avivaban el uno al otro.

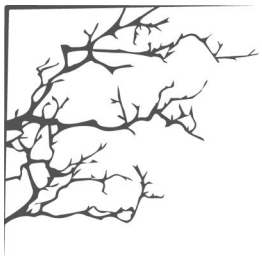
Y así, nos fundimos sin prisa, sin temor.

Como si, por fin, hubiéramos encontrado algo a lo que aferrarnos.

Algo por lo que quedarse.

Algo por lo que volver.

Algo que valiese la pena, a pesar de haberlo perdido casi todo.



Garrett



Me marché al amanecer, temprano, dejándola desnuda sobre mi lecho. Dormida era aún más hermosa; no por su cuerpo, que ya conocía, sino porque el sueño la hacía bajar la guardia, y su rostro por fin se rendía a la paz.

La noche anterior había bajado sus murallas solo por un rato, y me había permitido entrar. Y fue perfecto.

Tan perfecto que dolía marcharse, tras haber probado lo que era tenerla.

Me vestí con un nudo en el estómago, sin saber si aquella sería la última vez que la vería así. Sospechaba que, si conseguía aquello por lo que había luchado tanto tiempo, tendría que renunciar a ella.

Lo había dicho en voz alta, sin rodeos: los niños no eran lo suyo. No estaba hecha para cuidar de nadie más.

Y, aunque esa noche nos hubiéramos sentido como dos mitades del mismo fuego, yo no volvería a separarme de mi hija ni por nada ni por nadie, si es que conseguía recuperarla.

Fue una despedida silenciosa, sabiendo que, a la vuelta, solo podría elegir a una de las dos.

Me detuve en la puerta, con una parte de mí deseando volver a la cama y olvidarme del juicio, del mundo y de todo.

Pero no podía; el avión no iba a esperarme. Y perder ese avión era sinónimo de perder a mi hija. Una línea que no podía cruzar, ni siquiera por una mujer como ella.

Había una época en la que volaba por mi cuenta, pero eso ya no era posible, así que me esperaban casi treinta horas de viaje entre España y Australia. Prácticamente, el extremo opuesto del globo: dos escalas, tres aviones y cuatro aeropuertos.

Cuando por fin llegué al aeropuerto de Sídney estaba exhausto, y solo era el principio del viaje.

Desde el avión reconocí su silueta inconfundible, con sus dos pistas principales recortándose en verde contra el mar, no muy lejos de aquellas playas donde solía hacer surf, o llevaba a Addison a jugar mientras observaba los aviones despegando y aterrizando, como objetos extraños que no pertenecían a mi mundo, porque yo no los necesitaba.

Al salir del aeropuerto me sentí aturdido. Mi cuerpo quería dormir, pero me recibió un día de pleno sol. Por más que en los vuelos intentaran adaptarte al horario del destino, el hábito era más fuerte.

Y el jet lag, implacable.

Alegrías de la mortalidad.

Esa tampoco era mi parte preferida.

Miré la hora; no valía la pena pasar por el hotel, así que llamé a Doolan.

—Acabo de aterrizar —le dije.

—El juicio es en tres horas.

—¿Estás en el despacho?

—Claro —respondió extrañado.

—Perfecto. Desayunemos juntos y me pones al día. Quedamos el bar de siempre.

El despacho de Doolan se encontraba cerca de Gouldburn Street, no muy lejos de los juzgados.

El taxi me dejó en una zona de edificios altos y modernos, y busqué la cafetería acristalada donde solía reunirme con mi abogado. Él ya estaba allí, tomando un café con leche y revisando unos documentos que llevaba en su maletín desbordado.

—Tienes mala cara —me soltó sin levantar la vista.

—Digamos que he estado en el infierno.

—Vaya, justo el sitio al que vamos esta tarde. Te va a venir bien el entrenamiento.

—Me encanta que siempre tengas buenas noticias. ¿Qué historias encantadoras tienes hoy para mí? ¿Algún cuento de hadas nuevo, por parte de nuestra querida Alicia?

—Nada fuera de lo común. Abandono, malos tratos, pasado dudoso... ¡Lo clásico!

Resoplé.

—¿Y cómo planea justificarlo?

—Ni idea. Yo creo que no tiene nada, pero está intentando alargar el proceso hasta que la niña sea mayor de edad.

Tragué saliva.

El tiempo pasaba tan deprisa en la esfera humana, que ese plan no me parecía del todo descabellado.

—¿Y nosotros qué tenemos? —le pregunté con pocas esperanzas.

Doolan alzó una ceja, removiendo el café y salpicando los papeles.

—¿Qué fue de aquellas pruebas que encontró tu amigo?

Me mordí el labio.

—Se perdieron.

Doolan no dijo nada durante unos segundos.

Después tomó un sorbo y me miró como si acabara de suspender el examen.

—Tú sabrás lo que haces.



Un par de horas más tarde, estaba sentado en el juzgado de familia. El aire acondicionado era casi tan frío como el silencio que se extendía entre los bancos de la sala. Me esforcé por mantener la espalda recta y disimular el temblor de mis manos, apretadas en puños sobre las rodillas.

Al otro lado se encontraba mi exesposa, venida desde Estados Unidos en mitad de un rodaje. La luz artificial no ayudaba a sus ojeras, ni tampoco el maquillaje o el exclusivo traje de chaqueta beige que llevaba puesto. El bótox y la cosmética de lujo la mantenían joven y congelada en el tiempo, pero en su rostro había una sombra que no estaba allí cuando la salvé de aquel tranvía en el centro, en lo que parecía una dimensión paralela.

Me pregunté si ahora era más feliz; ahora que tenía todo aquello que siempre había soñado: la fama, la villa en Hollywood, el apellido de su nuevo marido millonario...

Su abogado habló con calma, abriendo la sesión.

—Señoría, solicitamos protección para la menor Addison Celestine. Mi clienta, Mrs. Hollister, desea preservar la estabilidad emocional y física de su hija, que ha sido víctima de constantes ausencias y una figura paterna inestable. El señor Celestine, aunque afirma quererla, ha demostrado que no puede ofrecerle un hogar seguro.

Doolan me había recomendado guardar silencio y dejarlo todo en sus manos, así que no me moví ni un milímetro.

Ni siquiera me molesté en protestar, o en explicar lo mucho que me habría gustado haber estado cerca de Addison, si su madre no se la hubiera llevado de continente en continente, haciéndolo bastante difícil en la práctica.

Una a una, desfilaron sus "pruebas" contra mí: informes psicológicos a los que les faltaban páginas, fotografías recortadas, transcripciones de mensajes donde yo aparecía como evasivo, ausente, incluso iracundo (¿de verdad escribí yo eso? Ni siquiera lo recordaba). No había ninguna mentira absoluta, pero sí muchas verdades maquilladas, que al juntarlas me dejaban en una luz espantosa.

Por último, el abogado de Alicia habló de los "entornos oscuros" en los que yo me movía, de mi "falta de transparencia sobre mi pasado" y de mis "asociaciones con grupos de riesgo".

Esa sí que era buena.

Si supieran la mitad de mi pasado, no dormirían por las noches.

La jueza asintió lentamente. No habló mucho, sino que se limitó a tomar notas y escuchar.

Doolan fue respondiendo a todo con compostura, pero pronto supe que sus palabras se quedarían cortas. Lo argumentó todo bien, pero no tenía nada que mostrarles. Carecía del impacto de las acusaciones "documentadas" de Alicia. Ellos tenían armas; nosotros, solo escudos.

Después de muchos argumentos cruzados, la jueza entrelazó los dedos sobre la mesa y respiró profundamente. Cuando habló, su tono fue seco e impersonal. Para ella, no éramos más que un trabajo. Algo que debía terminar para poder seguir con su vida.

—Dado el historial de inestabilidad residencial, la escasa documentación laboral del señor Celestine y la preocupación razonable sobre sus entornos personales, este tribunal considerará...

Hizo una pausa.

Sentí el vacío de lo que estaba por llegar.

Iba a perderla.

Abrí la cremallera de mi mochila, despacio.

El dosier seguía ahí; llevaba un año y medio guardado, y nunca se lo había mostrado a nadie.

Lo saqué a medias, dudando.

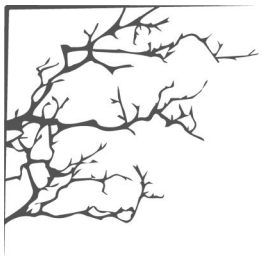
Podía entregarlo y todo cambiaría, pero otros saldrían perjudicados por mi culpa.

La jueza alzó la mirada.

—Si el acusado no tiene nada más que añadir, este tribunal se reservará la decisión final, que será comunicada en los próximos días.

Levanté la mano.

—Me gustaría añadir algo —dije con voz temblorosa, y todas las miradas se giraron hacia mí.



Oksana



Me desperté bastante tarde, en una habitación con olor a día de playa en la que entraba el sol a raudales a través de visillos blancos y vaporosos.

Tenía migraña, otra vez. Una de esas gloriosas, con auras multicolores que llegaban como premoniciones, acompañadas de esa sensación inquietante, como si alguien te observara desde dentro del cráneo. Una experiencia sensorial completa, en cuatro dimensiones. Deberían comercializarla en cines, con gafas especiales. Habría sido un puntazo.

Mi primera reacción tras abrir los ojos fue escuchar el entorno, en busca de pensamientos: algún vecino; algún paseante a lo lejos, en la calle... Pero nada. De nuevo, solo recibí silencio. Mi telepatía seguía apagada, quizás para siempre.

Al girar la cabeza, mi vista se encontró con una fotografía de Garrett, con el rostro moreno y sujetando a su hija. Esta llevaba dos pequeñas coletas, bañador y manguitos. Ambos sonreían de oreja a oreja.

La imagen me enterneció. Parecían muy felices juntos. Garrett era un buen tipo.

Seguramente, por eso me asustaba tanto.

Me incorporé de golpe, pero fue un error. La migraña atacó de nuevo al moverme: era como tener a alguien dentro de mi cabeza, golpeando a diestro y siniestro con un bate de béisbol.

Maravilloso.

Su lado del colchón ya estaba frío. Alargué el brazo, busqué mi teléfono y con los ojos entrecerrados traté de enfocar la pantalla. La migraña me volvía los ojos llorosos, y me costaba leer. Por suerte, me había dejado un mensaje de voz antes de subir al primer avión en Ibiza, y no tuve que leer nada. Lo escuché, abrazando la manta.

«Glacialina, cuando escuches esto, seguramente estaré volando en el cielo. Espero que te despiertes feliz y de buen humor. Yo, desde luego, he despertado con una sonrisa al verte a mi lado. Lástima que haya tenido que salir escopetado, pero ya sabes... el deber me llamaba. Te aviso cuando llegue a Bruselas, y después a Bangkok. Un beso.»

Su voz sonaba tranquila y reconfortante.

Se había marchado hacía apenas unas horas, pero el apartamento entero ya parecía otro lugar: demasiado vacío, como si hubiera perdido el alma. Quizás fuera porque había pocas cosas, en general, o quizás porque era tan grande y luminoso.

Recordé la noche anterior; la forma en que Garrett me había tocado: con cuidado, pero con una pasión desconocida para mí hasta entonces. Yo me había dejado llevar y había confiado por primera vez, a ciegas, sin saber lo que él estaba pensando.

Y me había gustado.

Me puse de pie. La cabeza me latía, casi tan fuerte como el corazón al pensar en él.

Menudo pensamiento cursi.

Si lo hubiera leído en la mente de otra, habría vomitado un poquito.

Me acerqué a la cocina, arrastrando los pies, y allí encontré una nota:

«Te he dejado un bol de fruta en la nevera y café en el termo. PD: No desayunes vodka.»

Sonreí, a pesar del dolor de cabeza.

Podría acostumbrarme a esto con gran facilidad.

Mordisqueé los trozos de plátano, kiwi y manzana con desgana. No me gustaba mucho la fruta. De niña solo me la comía porque mi madre me obligaba. Pero esto no estaba del todo mal; ventajas de quedarse en casa de un cocinero. Garrett le había añadido una salsa de miel, frutos secos y canela, y era relativamente comestible. En realidad, estaba deliciosa. Para ser fruta, al menos.

Mientras desayunaba volví a preguntarme si debería de haberme ofrecido a acompañarle en su viaje. ¿Con eso le habría hecho sentirse mejor, o me habría entrometido demasiado en sus asuntos personales?

El café no lo toqué, porque no me apetecía.

Con esa migraña, no me apetecía ni comer, ni beber... ni prácticamente existir.

Necesitaba irme a casa, tomarme algo para el dolor y encerrarme en mi habitación a oscuras hasta que se me pasase.

Lavé mi plato y salí del apartamento de Garrett, cerrando la puerta tras de mí.

De su casa a la mía había apenas un par de manzanas, y en circunstancias normales podría haber ido a pie. Sin embargo, mi cabeza estaba a punto de explotar, y además seguía teniendo la furgoneta, que habría que devolver al *rent-a-car* antes de que Johannes se quejase sobre la factura. No me sentía en condiciones de ir a devolverla yo misma, pero al menos la aparcaría cerca de mi casa, en algún lugar donde pudiese vigilarla por la ventana. Que la devolviese Raoul, que para eso le pagaban.

Además, dudaba que a mí me quedase mucho tiempo como empleada en el Serenata.

Aparqué frente al mini-market, en los bajos de un bloque de apartamentos turísticos cercano al mío. Recordé que mi nevera estaba tan vacía como la de Garrett cuando llegamos, y entré en la tienda en vez de subir directamente a casa.

Era básicamente una excusa, porque fui directa a la estantería de las bebidas. Sabía perfectamente donde estaba porque había ido a comprarla allí cientos de veces. Encontré mi marca preferida en una botella transparente con letras azules, brillando bajo las luces de neón del establecimiento.

La sostuve en la mano durante unos minutos.

Conocía perfectamente el peso de esa botella; sostenerla era una sensación familiar y reconfortante.

Había sido mi anestesia durante años. Una solución fácil, aunque cada vez más peligrosa.

Pensé en la historia que Garrett me había contado en su casa; la de cuando Addison llegó llorando del colegio, porque los niños le habían dicho que sus dientes eran raros.

La verdad, lo eran un poco, aunque supuse que era normal en criaturas en desarrollo que todavía estaban perdiendo los dientes mientras les crecían otros. Sinceramente, yo no tenía ni idea de niños, y para mí, ese fenómeno era sumamente perturbador. Pero el dato importante era lo que Garrett le había dicho a su hija al respecto. Algo así como:

«La gente dice muchas cosas, pero lo importante es que tú elijas qué creer. No todo lo que te dicen es cierto. Tú eres quien elijas ser, y no quien ellos te dicen que eres.»

Miré la botella otra vez, entrecerrando los ojos para evitar la luz excesiva que bombardeaba mi cabeza.

La sopesé un momento más, recordando la paz que me daba siempre; el silencio que llegaba después de los primeros tragos.

Solté un improperio y volví a dejarla donde estaba.

La gente siempre hablaría.

Pero yo no tenía por qué hacer caso a todo lo que escuchaba.

Garrett tenía razón.

Pagué un bote de desinfectante, gasas, y un maldito zumo de piña. Lo odiaba, pero un poco menos que el de melocotón, y mucho menos que las migrañas.

Fuera, el cielo comenzaba a nublarse. El dolor seguía ahí, torturándome a cada paso.

Saqué el móvil que me había prestado Iris y busqué a Garrett en los contactos. Quería decirle que había comprado un zumo de piña. Que me había encantado su bol de fruta. Que... lo echaba de menos después de pasar tantos días juntos, día y noche.

No sonó. El teléfono estaba desconectado, y saltó el buzón de voz. ¿Quién tenía el buzón de voz activado hoy en día... aparte de Garrett?

«Hey, has llamado a Garrett Celestine... Parece que me has pillado cabalgando una ola, haciendo magia en la cocina o, a lo mejor, solo haciendo un wok normalito, pero aun así necesito las dos manos, ¿sabes? Deja tu mensaje después del pitido... y si no te devuelvo la llamada en 24 horas, manda refuerzos. ¡Paz!»

—Maldito surfista —murmuré, intentando que no se me quebrara la voz.

Me detuve en mitad de la acera, imaginándolo solo en alguna lejana sala de juicios, en un tribunal lejano y anónimo donde nadie, absolutamente nadie, lo esperaría fuera para celebrar las buenas noticias... o para abrazarlo si las cosas iban mal.

Y, a juzgar por lo poco que había captado durante nuestras conversaciones, había más probabilidades de lo segundo que de lo primero.

Fantaseé con ir a buscarlo. Comprar el billete, meter lo primero que encontrase en una maleta y aparecer allí. Era algo que nunca había hecho, y que ni siquiera me parecía propio de mí. Pero, de pronto, la tentación era muy fuerte.

Abrí la app de vuelos, todavía frente al patio de mi casa y con la bolsa del supermercado en la mano.

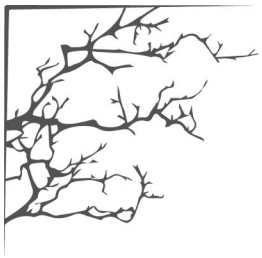
Justo entonces, el teléfono vibró en mi mano.

Por un instante pensé que era él, pero era solo Selena.

—¿Sí? —contesté de inmediato.

—Oksana —su voz temblaba un poco—. Es Teo. Ha despertado. Ven enseguida.

La bolsa se me cayó al suelo del shock, y lo primero que pensé fue que menos mal que había comprado un brik de zumo, en vez de la botella de vodka.



Garrett



Ibiza. Dos años antes.

Por aquel entonces, llevaba ya una buena temporada trabajando para Theodore d'Alessandro, sin contarle demasiado sobre quién era realmente. Sobre mi pasado más remoto no podía hablar: La Jefa me lo había prohibido. Y sobre el otro... no quería.

Todo habría seguido así si aquella noche no me hubiera quedado en el Serenata tras el cierre, con la excusa barata de limpiar la cocina.

Pero en lugar de una escoba, tenía entre manos una asquerosa botella de licor de frambuesa que no les gustaba ni a los vampiros. Iba a tirarla por el fregadero, pero se me ocurrió una idea mejor: usarla de *amiga* para repasar mis fotos antiguas con Addison, y para acallar el dolor de las cicatrices en mi espalda, que todavía dolían de vez en cuando.

El tintineo de la cortina de cuentas que protegía la entrada me hizo levantar la cabeza de las fotografías grabadas en mi viejo teléfono móvil: Addison con manguitos. Addison con gafas de sol. Addison comiendo arena.

—¿Quién es? —mascullé, sin apartar la vista del teléfono—. Está cerrado.

Teo entró en mangas de camisa, aunque era una noche particularmente fría y ventosa en Ibiza, y debían de ser las tres de la madrugada.

—Me da igual que esté cerrado —anunció—. Resulta que tengo la llave y soy el dueño. ¿Qué haces ahí tirado, Celestine? ¿Te han echado de casa?

Me levanté de golpe, estirándome la ropa y arreglando el delantal, que se me había desatado y me colgaba de una manera

muy poco elegante.

—Estaba... limpiando —murmuré.

Teo miró a nuestro alrededor.

La cocina estaba limpia desde hacía un buen rato.

—Yo diría que no te queda ya nada que limpiar. ¿Por qué no te vas y duermes un rato? Mañana abrimos a las diez y los mortales necesitáis dormir.

Asentí y comencé a recoger mis cosas.

—Sí. Ya me iba.

Estiré la mano para coger mi mochila, pero Teo se interpuso.

—Garrett —dijo al fin, sin preámbulos—. Sé que estás hecho polvo por lo de tu hija.

Me quedé quieto.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque no soy idiota. Y tú tampoco disimulas demasiado.

Me encogí de hombros, quitándole importancia.

—Estoy bien. Solo ha sido una semana dura.

—Puedo ayudarte.

—No necesito ayuda. Tengo abogado.

—Debe de ser muy bueno —dijo, mirando la botella abierta a mi lado—, porque estás sentado en el suelo de un bar a las tres de la mañana, bebiendo licor de frambuesa caducado y llorando sobre las fotos de tu hija.

Entrecerré los ojos.

—Confío en él.

—Por supuesto. La fe mueve montañas. Pero, si quieres un empujoncito, sé de alguien que podría escarbar en la basura del ciudadano más ejemplar y encontrar ratas muertas.

Sonreí a medias.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Muchos *alguienes* —añadió, con su característica altivez—. Los mejores en lo suyo. Si tu ex está jugando sucio, tú también puedes hacerlo.

Era cierto que d'Alessandro conocía a la mayoría de gente influyente de las Baleares, y también a muchos de los agentes en las

sombras, no siempre del todo legales, que te podían conseguir cualquier cosa que necesitases. *Cualquier cosa. Cualquiera.*

Sacó un trozo de papel del bolsillo y apuntó un número y un nombre.

—Dile que te manda Teo d'Alessandro. Y que tienes una fosa séptica a punto de desbordar.

—¿Qué? Vivo en un tercero.

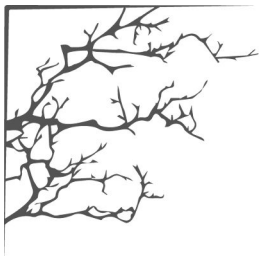
—Tú dilo. Ya sabrá de qué va y sacará toda la mierda que necesites.

Acepté el número con educación y me marché a casa, dispuesto a tirarlo en la primera papelera que encontrase.

Pero no lo hice.

Quizá esa noche, sin saberlo, Teo me salvó la vida. O, mejor dicho, me salvó de perder a mi hija, que era lo mismo.

Nunca volvimos a hablar de eso y nunca le di las gracias. Pero cuando me enteré de que se había perdido en la Umbrícora, no dudé en que debía ser yo quien fuera a buscarlo.



Garrett



Abrí la carpeta, llena de dagas envenenadas en forma de pruebas sólidas.

Si presentaba aquellos documentos, Alicia no solo perdería la custodia. También podría acabar con su fama. Incluso podría terminar entre rejas.

Aquello la destruiría.

Pero salvaría a Addison de aquella vida errante al cuidado de niñeras cambiantes, que era ahora su única realidad.

Y yo obtendría lo que quería.

Era un plan egoísta; quizás incluso malévolo.

Había mantenido ese sobre en secreto durante casi dos años, sin mencionárselo ni siquiera a Doolan, porque iba contra todo lo que había aprendido durante dos mil años trabajando como soldado altruista de La Diosa.

Ese no era yo.

Un ser de luz nunca haría algo así, y me sentía como si sujetase una granada entre las manos.

Si quitaba la anilla, todo saltaría por los aires.

Nada sería igual que antes, y habría víctimas. Víctimas mortales.

Y sería mi culpa.

¿O no?

Después de todo, nada de lo que ponía ahí era mentira.

—¿Le gustaría añadir algo, señor Celestine? —dijo la jueza, mirando el reloj con mal humor.

Tragué saliva.

Cerré los ojos.

Tendría que elegir: justicia o misericordia.

Alicia o yo.

Sus pruebas resultarían en un castigo para mí.

Pero, si me defendía, mi exmujer sería multada por sus infracciones. O, quizás, si la cosa escalaba, mi hija apenas vería a su madre. Si la prensa se enteraba, el escándalo mediático podía volverse enorme. Y, entonces, Addison sufriría... también por eso.

Quizás me odiaría.

Estaba claro lo que habría hecho un ángel.

Pero... ¿qué habría hecho un hombre mortal, con una única y breve vida por delante?

Me puse en pie.

—Señoría, con su permiso, me gustaría presentar algunas pruebas que contradicen la narrativa de la acusación.

Doolan me miró con la boca abierta, alzando las manos en un gesto que decía: «¿Te has vuelto loco? ¡Te he dicho que no hables!».

Lo ignoré, y la jueza arqueó una ceja.

—Proceda.

Abrí el dosier.

Me dije que no era justicia ni venganza: lo hacía por Addison, para protegerla, y porque ella se merecía una vida feliz, al igual que cualquier niño.

—Estas son algunas transacciones financieras encubiertas realizadas por la señora... Hollister. —Tomé aire. Me costaba llamarla por su nuevo apellido de casada, que no era el mío. Alcé la vista hacia la jueza, ignorando la cara de horror de Alicia—. Incluyen fondos sustraídos del fideicomiso de su propia hija. También puedo presentar registros de comunicación en los que amenaza directamente a una cuidadora, mi única testigo, que se negó a declarar debido a dichas amenazas. Finalmente, hay una declaración jurada de la psicóloga escolar, que acredita negligencia emocional y psicológica hacia la menor, entre otras cosas.

Un silencio denso cayó sobre la sala.

Alicia palideció.

Dejé la carpeta sobre la mesa de la jueza, y esta la hojeó con el ceño fruncido.

—Si es necesario, se presentarán cargos penales ante la fiscalía —dijo Doolan, subiéndose al carro de inmediato, como si todo esto hubiera sido parte de su plan desde el principio.

La jueza respiró hondo. Cerró el expediente y apoyó las manos sobre la mesa.

—Revisaremos todo el material y comunicaremos la decisión dentro del plazo legal —dijo con voz cansada.

Un golpe seco de martillo selló el final de aquel juicio, y antes de salir pude ver la cara de Alicia, convertida en una máscara de pánico al ver que todas sus fechorías acababan de ser expuestas.

Pero yo no sentí alivio. Solo una punzada aguda en el pecho, que también podía ser culpa.

Al salir, Doolan quiso chocarme los cinco.

—Tío. ¡Tío! ¡Qué calladito te lo tenías! ¿Por qué no me lo dijiste? Nos habríamos ahorrado muchos viajes, y le habríamos dado su merecido a esa zorra.

—No hables así de Alicia. Antes era mi esposa.

—¡Si ella hubiera podido, te habría metido en el trullo, chaval! Se merecía su castigo. Ella ni habría pestañeado, de haber sido al revés. Yo creo que, después de revisar todo eso, la jueza te otorgará la custodia completa de Addison. Puede que incluso le prohíban el contacto con la niña. ¡Vas a ganar! No: técnicamente, ¡has ganado ya! ¡Vamos a celebrarlo, acompáñame al bar!

Asentí, agotado por el jet-lag y el estrés mental.

Había ganado. Pero algo en mí se había perdido.

Aquello era la prueba de que hacía mucho tiempo que había dejado de ser un ángel, y me había convertido en un humano, a secas.

Era solo un hombre, tratando de hacer lo correcto a su manera. Como mortal, no me quedaba más remedio que jugar con las reglas de La Tierra.

Consulté la hora en Ibiza: temprano, por la mañana. Oksana estaría despierta, quizás.

Tenía alguna llamada suya, recibida mientras estaba volando entre continentes.

—Discúlpame un momento, por favor —le dije a Doolan, que iba de camino hacia el bar—. Me reuniré contigo allí, en diez minutos.

—¡Claro! Yo voy pidiendo. ¿Te va bien un LLB?

Lemon, Lime and Bitters. Un poco dulce y un poco amargo. Como lo que estaba a punto de hacer.

—Perfecto.

Cuando Doolan se marchó, dejé sonar el teléfono, y Oksana contestó al segundo tono.

—¡Garrett! —exclamó, algo soñolienta—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien —respondí quedamente.

—¿Solo bien?

—Muy bien.

Oksana suspiró al otro lado.

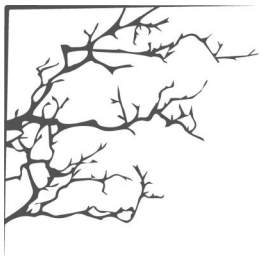
—Me alegro mucho. ¿Y Addison?

—De eso quería hablarte, Oksana. Pensé que debías ser la primera en saberlo.

Cerré los ojos, sintiendo lo que iba a decir como una puñalada en mi propio costado. Oksana nunca saldría seriamente con alguien que tuviera hijos. Se lo había dicho a Mina varias veces, e incluso a mí, estando en mi casa.

Ya me habían herido bastantes veces, así que me adelanté, antes de que fuera ella quien lo hiciese, y me dejase con el corazón roto y enamorado de alguien que no me aceptaría.

—Creo que me quedaré aquí, con Addison. Creo que... no voy a volver a Ibiza —dije—. Siento decírtelo por teléfono, pero no sé de qué otra forma habría podido hacerlo.



Oksana



En cuanto crucé el umbral de la casa de Teo, supe que Iris no había dormido en toda la noche.

Estaba más delgada que la última vez que la vi, con el cabello sucio y recogido a toda prisa en un nudo caótico, y la piel más pálida que de costumbre. Su rostro se veía afilado, tallado por el insomnio y la espera.

—Bienvenida —dijo con voz baja, casi apagada—. Pasa.

Sus ojos me recorrieron con atención, pero no con la expresión de una anfitriona curiosa: más bien la de una médium que intuye una sombra detrás de ti, y no sabe cómo decírtelo. Su mirada me incomodó.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Tengo algo en la cara?

—No —respondió, ladeando ligeramente la cabeza—. No es eso. Te noto... distinta.

—Se me quemó un lado del pelo.

—No me refería a tu aspecto. Es algo... no sé. Raro. No sé definirlo.

Sacudió la cabeza y se frotó los ojos con las manos.

—Perdona. Han sido unos días horribles. No saber si volveríais, si Teo... si seguiría aquí. Mi sensibilidad está disparada. Me vienen visiones a todas horas. Es la falta de sueño.

Asentí sin responder. Nada de lo que decía me resultaba ajeno. Aunque, en mi nueva situación, casi la envidiaba.

La seguí por la casa en penumbra, con todas las persianas bajadas. Con apenas una luz encendida aquí y allá, aquello parecía un maldito velatorio. Las velas se habían consumido en silencio, dejando la villa en una penumbra cálida, casi sagrada. Como si el tiempo se hubiese detenido para contemplar a Teo en su batalla invisible entre la vida y algo peor que la muerte.

Una puerta de madera oscura se abrió, y de ella salió Selena, con un vestido amplio de vuelo. Estaba secándose las manos en un paño blanco, y alzó la mirada al verme.

—¡Oksana! —gritó, lanzándose a mi cuello en un abrazo apretado.

Hacía tiempo que no la veía. Separé los brazos, incómoda por sus exageradas muestras de afecto, pero ella siguió:

—¡No puedo creer que salierais de ahí sin un solo rasguño! ¡Cuánto me alegro!

—¿Ya has dejado de vomitar? —dije, a ver si se apartaba.

Selena asintió varias veces: tenía ojeras, pero se le veía contenta, alerta y con los ojos brillantes, como siempre que se dedicaba por completo a su pasión.

—¡Estoy mejor, sí! —respondió.

—¿Y Teo? —pregunté, llevándome las manos a las sienes mientras estas se ponían a latir de nuevo, sumidas en otra oleada particularmente fuerte de migraña.

—Teo está en el dormitorio. ¿Pero estás segura de que tú te encuentras bien? ¿Te duele la cabeza o algo? Te veo rara.

—No es que me duela la cabeza. Es más bien que me la cortaría, si pudiera.

—Oh, no, pobrecita. ¡Espera! Tengo algo para ti. Acompáñame a la cocina. —Se giró hacia Iris—. Iris, cariño, ¿puedes ir a echarle un vistazo a Teo? Sigue sin hablar, pero tiene los ojos abiertos. Vigila que no se caiga de la cama, ni nada parecido.

La seguí hasta la cocina, donde tenía montada una exposición de botes de cristal y bolsitas de papel llenas de hierbas, todo esparcido entre cuadernos manuscritos de diferentes tamaños y formas.

—¿Cómo es el dolor exactamente? —me preguntó.

—Como para morirse —respondí.

Chasqueó la lengua. Luego sacó unas hierbas de color morado y me miró con ojo crítico.

—Lavanda —aclaró—. ¿Es en la parte frontal del cráneo, en la trasera, algún lado en especial...?

—Todo. Me duele todo.

Echó un montón de hierbas más en el cazo, mientras decía cosas como "menta, jengibre, manzanilla..." y recitaba palabras incomprensibles, posiblemente un hechizo.

—En dos minutos lo tendrás —me dijo con una palmadita en el brazo.

Dos minutos, cuando tu cabeza parecía un barril de dinamita, sonaba como mucho, muchísimo tiempo.

En ese momento, un grito llegó desde el dormitorio.

—¡Venid! ¡Ha dicho algo!

Selena soltó las hierbas y salió corriendo hacia la habitación de Teo. Yo la seguí, con una mano en la sien.

Cuando llegué a la puerta, Selena estaba de pie sin cruzar el umbral. Me detuvo, estirando un brazo para impedirme el paso, y con la otra mano me hizo un gesto para que no hablase.

—Shh... ¡No estropeemos el reencuentro! —me susurró.

Me asomé un poco para ver qué ocurría.

Teo estaba recostado entre almohadas, con los ojos entreabiertos.

Iris, sentada al borde de la enorme cama, le sujetaba la mano.

—Mi amor, ¡estás vivo! Estaba tan preocupada por ti. Me alegro tanto, tanto, de volver a verte. —Lo besó mil veces en el rostro y en los labios, mientras él permanecía quieto—. No puedo creerlo. ¡Has vuelto!

Teo ladeó la cabeza, sin contestarle.

Parecía un zombi.

Me pregunté si podía entender lo que Iris estaba diciendo, porque no reaccionó en absoluto.

Abrió la boca, murmuró un par de sílabas y se calló de nuevo.

—¿Qué has dicho, mi amor? —preguntó Iris, animándolo a repetir lo que quiera que hubiera sido eso.

Un sonido indescifrable salió de los labios de Teo.

—Va... —murmuró.

—¿Va?

Iris frunció el ceño, tratando de adivinar la palabra, pero no perdió la paciencia.

—Vamos, dímelo de nuevo... —suplicó—. Haz un esfuerzo, mi amor... tómate el tiempo que necesites.

—*Vanessa* —dijo él finalmente, y volvió a cerrar los ojos.

El rostro de Iris se volvió ceniciento.

Selena y yo nos miramos.

¿Acababa de nombrar a *su exnovia?*

Si aquello no hubiera sido tan trágico, me habría echado a reír.

—Necesito... ver... a Vanessa —musitó Teo en una especie de gorgoteo, aunque esta vez se entendió con total claridad.

¡Vanessa!

Eso sí que no me lo esperaba.

Iris abrió la boca, conmocionada.

Le soltó la mano a Teo como si le quemase y se levantó de golpe. Una almohada cayó al suelo, pero ni siquiera se molestó en recogerla.

Selena y yo dimos un salto hacia atrás para escondernos, pero nos pilló in fraganti.

—¿Y vosotras qué hacíais ahí espiando? —nos espetó, furiosa, saliendo a empujones—. ¿Lo habéis oído? ¿Habéis oído eso?

—Alégrate. Al menos no ha dicho *Oksana* —repliqué, y por su cara creo que estuvo a punto de soltarme una bofetada.

Seguramente no lo hizo porque sabía que acababa de volver de la Umbrícora, y si no fuera por mí, ese pedazo de canalla no estaría ahora ahí, nombrando a su última ex al despertar, en vez de decirle a Iris cuánto la había echado de menos.

—Es posible que tenga memoria selectiva —aventuró Selena, apaciguadora—. Habrá pasado por cosas horribles, el pobre.

—¡Ha dicho Vanessa! ¡VANESSA! —gritó Iris, a quien en este momento le importaba un bledo el estrés postraumático de Teo.

—¿Quieres que Selena le prepare una poción de veneno rápido o te gustaría uno más lento? —pregunté, y ambas me lanzaron miradas asesinas—. Vale, vale. ¿Sigue en pie lo de esa infusión de hierbas? La mía —le pregunté entonces a Selena, porque estaba empezando a considerar seriamente eso de arrancarme la cabeza para que dejase de dolerme.

Pero Selena estaba demasiado ocupada consolando a Iris, así que fui yo sola, agarré el cazo y me bebí la infusión directamente, tratando de filtrar las hojas con los dientes.

Estaba bastante caliente, pero aun así el alivio de la migraña fue inmediato. Cinco segundos después pude abrir los ojos del todo sin sentirme como un vampiro expuesto al sol del desierto.

—Trata de ponerte en su lugar —le decía Selena a Iris, masajeándole los hombros con ambas manos—. Está confundido, el pobre.

—¿Y no podría confundirse *con otras cosas?* —gritó Iris, exasperada.

—Te puedo hacer una tila —ofreció Selena sin perder la calma—. Creo que te vendría bien.

—¡No quiero una tila! —rugió ella de vuelta, y volvió a entrar a zancadas en el dormitorio.

—¿Crees que va a matarlo? —pregunté con una ceja alzada.

—No sabría decirlo...

—Si pensaba matarlo, podríamos habernos ahorrado la excursioncita a la Umbrícora, pero bueno... ¡De nada! —dije, mientras me colaba en el dormitorio también.

La escena era muy distinta de la anterior.

Esta vez, Iris estaba de pie, paseándose de un lado a otro de la habitación con los brazos cruzados.

—¿En serio? —le preguntó a Teo, con la voz afilada como una daga—. ¿Llevas semanas prácticamente muerto, y lo primero en lo que piensas al recuperar la conciencia es... en *ella?*

Teo la miró, pero no parecía verla del todo.

—Iris... Mi madre... Mi hermano...

¿Iba a recitarle su árbol genealógico?

—¿Tu madre? —preguntó Iris, medio histérica—. ¿Qué tiene que ver tu madre, que lleva doscientos años muerta? En serio, ¿siquiera te acuerdas de quién soy?

Teo sacudió la cabeza, como si con ello pudiera aclarar sus ideas.

—Mi madre sigue... allí. —Tosió y cerró los ojos—. Nunca murió. Se convirtió en la cabecilla de una rebelión inminente. Es... La bruja

oscura de los portales. La nigromante de Hampshire. ¿No lo entiendes?

—No entiendo nada, Teo.

Iris golpeó el borde de la cama con los ojos llenos de lágrimas.

—Escucha —dijo Teo, con la mirada flameando en rojo mientras la agarraba por la muñeca para que dejase de caminar arriba y abajo—. La necesitamos. A Vanessa. Ella es la clave.

—¿La necesitas tú, o la necesitamos todos?

—Basta —dijo él con firmeza—. Todo esto es mucho más grande que nosotros dos. El mundo entero está en peligro.

Pero Iris no escuchaba.

—¿Tienes idea de lo que he pasado? —lo interrumpió.

—Iris... —murmuró, intentando erguirse, pero cayó de nuevo entre las almohadas, demasiado débil—. Te amo. Lo sabes. Siento que su nombre fuera lo primero que dije, pero no tuve control sobre ello.

—Menuda telenovela —dije yo desde el fondo, y los dos tortolitos advirtieron mi presencia por primera vez.

—Oksana... —dijo Teo—. ¿Tú estuviste allí?

Me sentí casi peor que Iris en ese momento.

Después de todo lo que había pasado por ese chupasangre, ahora ni siquiera se acordaba de nada.

Típico de los hombres.

—Vanessa, ¿eh? —le dije—. Mira tú por dónde.

Selena me fulminó con la mirada. Iris no se rio.

Suspiré.

Cada vez entendía más a Garrett cuando nadie se reía de sus chistes.

Volví la vista hacia Teo.

—¿Vas a explicarnos por qué necesitas tanto a tu ex, la de la tienda de ropa, o vamos a tener que seguir presenciando este drama de celos que parece un culebrón de media tarde?

Teo tragó saliva y habló de nuevo, esta vez con voz más firme.

—Vanessa tiene sangre demoniaca. Ella es la única persona de confianza que puede infiltrarse entre ellos y ayudarnos desde dentro.

Miré a Iris y luego a Selena.

Aquello tenía bastante sentido.

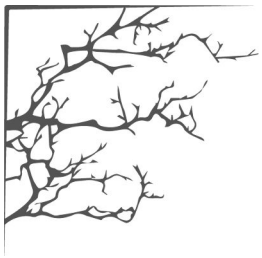
—Llamad a Johannes —dijo Teo, tosiendo—. Que encuentre a Alistair, el cazador de demonios. Que venga también él, cueste lo que cueste... Necesitaremos a todo el mundo que pueda unirse. La guerra podría estallar en cualquier momento, y toda preparación será poca.

—Voy yo —me ofrecí, deseosa de largarme de aquella habitación, donde los dos amantes necesitaban una buena conversación... y seguramente también un buen polvo.

Me dolía menos la cabeza, pero seguía teniendo la sensación de ver sombras donde no las había, y la espalda me estaba matando.

Vamos, me había convertido en una alegría andante.

—Debemos darnos cuenta de que nada de esto ha terminado —dijo la voz de Teo mientras salía—. La pesadilla solo acaba de comenzar.



Oksana



Cerré la puerta de la casa de Teo y respiré hondo. La migraña había cedido al fin, dejando solo una especie de eco sordo en mi cráneo. Pero la otra sensación no se marchaba: la de tener a alguien acechando detrás de mí, como una sombra que se movía y que podía intuir por el rabillo del ojo, pero que desaparecía en cuanto me giraba para mirarla de frente.

Me froté los brazos. Tenía frío, a pesar del sol primaveral.

Subí a la furgoneta y me marché a casa. Hice algo de comer, me duché y traté de igualarme el pelo quemado con unas tijeras. Me quedó un poco torcido, pero me gustó. Me hacía parecer más dura. Más peligrosa. Justo como me sentía después de haber sobrevivido a la Umbrícora.

Luego, tras hablar por teléfono con Mina, decidí pasarme por el bar. No estaba obligada a hacerlo, pero Mina y Naomi estaban desbordadas, y ni siquiera tenían a Garrett en la cocina.

Me puse el uniforme y fui paseando hacia allí, aspirando lentamente el aroma a playa. Aún era muy pronto; ese día no abriríamos hasta el mediodía, por lo menos.

Me encontraba ya frente al arco de entrada cuando me vibró el móvil.

¡Garrett!

Resultaba vergonzoso admitir lo mucho que me alegraba de que me llamase.

Dejé que sonase un par de veces, y luego deslicé el dedo por la pantalla.

—¡Garrett! —exclamé—. ¿Qué tal ha ido?

Puse la llamada en el altavoz, mientras me explicaba que estaba bien, y que había tenido éxito con el juicio. Pero luego me soltó la bomba:

—Creo que me quedaré aquí, con Addison. Creo que... no voy a volver a Ibiza —dijo—. Siento decírtelo por teléfono, pero no sé de qué otra forma habría podido hacerlo.

Sentí que el corazón se me detenía en el pecho al escuchar eso. ¿Después de todo lo que habíamos pasado juntos, me salía de pronto con aquello? ¿Después de aquella noche en su apartamento, en la que llegué a creer que era la persona más confiable del mundo? No entendía absolutamente nada. El mundo comenzó a tambalearse.

—Un momento —dije, apoyándome en una mesa vacía—. Me estás diciendo que... ¿no vamos a vernos más?

Dudó un momento.

—Verás... Addison me necesita más que nunca. Necesita estabilidad. Orden. Todo el amor y atención que su madre no le ha dado en estos años. Y no puedo darle todo eso si estoy en Ibiza. Ella... ni siquiera habla español. Sería otra mudanza, otro trauma... Y, de todos modos, ambos sabemos que tú...

—Que yo... ¿qué? —pregunté desafiante.

Quizás sonó un poco agresivo, aunque no lo hice adrede.

Él hizo una pausa, procesando la irritación con que yo le había respondido.

—Tú no quieres niños, Oksana. No te gustan. Lo has dicho infinidad de veces. Lo dijiste en mi casa, y también se lo dijiste a Mina en el coche: que nunca saldrías con un hombre si tenía hijos. Pero, siento decirte que, a partir de hoy, yo voy a ser uno de esos. Y eso es algo no negociable.

Cerré los ojos, conteniendo la oleada de sentimientos que crecía en mi garganta.

—No me gustan los niños, es cierto —admití—. Pero tampoco me gusta echarte de menos.

—Oksana...

—Iré a Australia contigo —solté de pronto.

El silencio al otro lado fue más ruidoso que las gaviotas de la playa.

—No —dijo él al fin—. No sería justo. No es justo que lo dejes todo atrás para cargar con una hija que no es tuya, en un país que

no es el tuyo, en una vida que no te pertenece.

—¿Y quién decide qué vida me pertenece?

—No quiero que me sigas por lástima. Ni porque no sabes a dónde más ir.

—¿Y si no es por ninguna de esas razones?

—Y entonces... ¿por qué sería?

No dije nada. Solo me mordí el labio.

No pude pronunciar las palabras.

Solo lo había hecho una vez, y me habían rechazado. Y esa herida todavía dolía demasiado.

—¿Lo ves? —dijo Garrett.

—Entonces... ¿esto es una despedida? —pregunté quedamente.

Él respiró; le costaba responder.

Justo entonces, un zumbido extraño recorrió el aire, como una corriente eléctrica subterránea. Se me erizó la piel.

La sombra detrás de mí pareció crecer, hasta ensombrecer la terraza entera con una forma gigantesca con tentáculos.

Me giré.

Y esta vez sí había algo.

—¡Mierda! —grité, dejando el teléfono sobre la primera mesa que vi, mientras me ponía en guardia.

Una figura retorcida y oscura acababa de surgir de detrás de mi espalda. *Literalmente de mi espalda*. Una garra afilada se aferró al borde del arco de entrada, derrumbándolo.

De pronto, otra sombra saltó desde detrás de un contenedor. Una tercera apareció directamente de la acera.

—Oksana, entiendo que esto no es lo que esperabas escuchar, pero es lo mejor para todos... —decía Garrett por el altavoz, ajeno a lo que estaba ocurriendo.

—¡Garrett! ¡El Serenata está lleno de sombras con tentáculos!

—¿Qué?

Un rugido me impidió escuchar lo que respondía, pero no había tiempo para conversaciones.

Me giré y eché a correr hacia la cocina.

—¡Mina! ¡Naomi!

Naomi salió disparada, con una bandeja llena de copas limpias en la mano.

—¿Qué pasa?

No hizo falta que respondiese, porque una criatura oscura y escamosa se materializó frente a ella.

Naomi, sin pensarlo, le lanzó la bandeja entera, y de paso usó su telequinesis para hacer volar contra el monstruo un par de papeleras.

—¡Oksana! ¡Al suelo!

Me agaché justo a tiempo para esquivar un bicho del tamaño de un perro, con tentáculos de humo.

—¿Dónde está Mina? —grité.

Como si lo hubieran oído, una bandada de cuervos espectrales surgió de la arena. Cruzaron la terraza chillando, lanzándose en picado sobre los demonios.

Garrett gritaba desde mi móvil, su voz imposible de entender por el estruendo.

Una criatura me saltó encima.

—¡Mina, aquí! —chillé, mientras me defendía con un taburete.

—¡No puedo! Me han rodeado —respondió.

Varios demonios intentaron atacar a Mina, pero esta lanzó a su bandada de cuervos sobre ellos. Entretanto, alguien volcó la mesa sobre la que estaba mi teléfono, y este se estrelló contra el suelo, haciéndose trizas y apagando la voz aterrada de Garrett.

—¡Son demasiados! —grito Naomi desde alguna parte.

Lo eran, y aquello pintaba mal. Muy mal.

Pero, de pronto, los demonios comenzaron a recular, y algunos se metieron de vuelta en la tierra de la que habían salido, como gusanos.

Una onda expansiva invisible los empujó a todos de vuelta al lugar del que habían venido.

Me giré jadeando, y detrás de mí vi a Vanessa.

Llevaba un inocente vestido de colores, que contrastaba con sus ojos ardientes y los brazos en alto en una invocación. Sus cabellos plateados flotaban en el aire, aunque en cuanto bajó los brazos,

todo en ella volvió a la normalidad, y volvió a ser la misma mujer de mediana edad que regentaba la tienda del paseo.

—¡Maldita sea! ¿Qué ha sido eso? —pregunté jadeando, mientras me ponía en pie, pero sin soltar todavía el taburete.

—Dímelo tú —replicó ella, recogiéndose el pelo de nuevo con aire casual—. Los llevabas tú a cuestas.

—Pero, ¿qué dices? ¿Estás loca?

Vanessa negó con la cabeza y señaló mi espalda.

—¿Puedo echar un vistazo?

Torcí el labio, sin comprender.

Vanessa se acercó por detrás de mí y apartó los tirantes de la camiseta blanca que yo llevaba puesta, bajando un poco el escote por detrás para ver bien mi espalda. Presionó en el mismo punto donde Umbrael me había alcanzado con sus tentáculos, y se me escapó un gemido de dolor.

—¡Au! —grité, apartándome—. ¡Un poco de cuidado!

—Te llevaste un recuerdo a casa, ¿eh? —dijo, chasqueando la lengua—. Tenías la semilla de la Umbrícora en la espalda.

—¿Se puede saber que estás diciendo?

—Esto es como la gripe, guapa. Hay quien la tiene, y hay quien solo es portador. Tú, en este caso, has sido la portadora. Le has abierto la puerta a quienquiera que te hiciera esta herida, y ahora anda suelto por nuestro plano. Debió de meter algo dentro. Un pedazo de sí mismo. ¡Pero tranquila! Ahora ya no lo llevas encima.

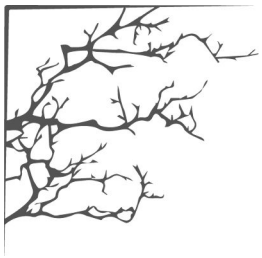
Abrí la boca, recordando cómo Umbrael me había alcanzado, pero yo no le había dado importancia.

Sentí que el mundo entero se tambaleaba.

—Esto ha sido solo una muestra —dijo Vanessa—. Pero cuando ataque de verdad... desatará al infierno entero con él. Y, ahora, gracias a ti, le será mucho más fácil cruzar a nuestro lado.

Me dejé caer en una silla, con los codos sobre la mesa. Me sujeté la cabeza y cerré los ojos. Qué estúpida había sido. Garrett me había advertido. Hasta Iris, con sus dotes de médium, había notado que llevaba una sombra a cuestas. Pero yo siempre tenía que ser más lista que todos: ¡maldita idiota! Me odié a mí misma por mi arrogancia. Cruzando a La Tierra sin darle importancia a esa herida

le había abierto la puerta a Umbrael, y acababa de crear un problema aún peor de todos los que ya teníamos.



Garrett



Diez mil millas de distancia.

Una cifra tan absurda como lo era haberle dicho a Oksana que era mejor que no volviera a Ibiza. Tan absurda como pensar que podía protegerla alejándola de mí.

Y, sin embargo, eso había hecho, pensando que sería lo correcto.

Luego el teléfono estalló en gritos, golpes e interferencias. Y después, su voz se cortó.

A diez mil millas de distancia.

Intenté llamarla de nuevo, pero ni siquiera sonaba. Nada.

Pensé en todas las posibilidades, cada cual peor que en la anterior.

Pensé en cómo me sentiría si no volviera a verla nunca, y lo que acababa de decirle por teléfono se volvió completamente irracional. Lo había hecho para protegerla, pero, aun así, ahora me arrepentía.

Después llamé a Mina. A Naomi. A Iris. A Teo... Pero solo obtuve silencio. Un silencio que olía a sangre y a humo, y a criaturas oscuras de otras dimensiones colándose en la nuestra.

En ese instante lo supe: si no volvía a verla, si algo le pasaba de verdad, jamás me perdonaría haberla empujado lejos de mí.

De pronto, como si el universo me lanzara un segundo golpe bajo, llegaron dos mensajes.

El primero era de Doolan:

«Estoy esperándote en el bar y llevo ya dos copas. ¿Vienes o vuelvo al despacho?»

Un segundo después, otro de Alicia, de esos que permiten ser leídos solo una vez:

«¿No querías a tu hija? Retira esas pruebas y puedes venir a recogerla ahora mismo. Es toda tuya. Brandon te la llevará a donde estés. Solo envía la dirección. Me largo a Los Ángeles esta noche. Gracias por nada y ojalá te parta un rayo.»

Me quedé de piedra, pensando que lo había entendido mal. ¿Después de años haciéndome la vida imposible, estaba dispuesta a desprenderse de Addison como si fuera un abrigo viejo, solo por salvar su culo de los posibles problemas legales? No podía creerlo. Corrí a zancadas hasta el bar y se lo mostré a Doolan.

—¿Qué opinas de esto? ¿Qué hago?

Doolan estaba un poco borracho, pero era lo mejor que tenía en ese momento.

—Me sorprende que te sorprenda, después de todo lo que ha hecho. Dile que traiga a la niña a mi despacho. Pobre criatura.

Todo ocurrió como un torbellino.

Menos de una hora después, en la sala de espera del despacho de abogados de Doolan, alguien llamó al timbre. Cinco minutos más tarde, la secretaria entró con una niña preciosa de la mano. Tenía la piel morena, el pelo rizado y los dientes mellados, algo torcidos. Llevaba una maletita rosa, el pasaporte en una funda de plástico con unicornios y un peluche de koala abrazado contra el pecho.

Me miró durante dos segundos, confundida.

Y luego se lanzó a mis brazos, en el abrazo más dulce y más esperado de mi vida.

—Papá —dijo, con la cara apretada contra mi hombro—. Has vuelto.

—He vuelto, sí —murmuré con lágrimas en los ojos—. Y no pienso irme nunca más.

Un carraspeo de Doolan nos devolvió al presente.

—Siento interrumpir la reunión familiar, pero están a punto de venir mis mejores clientes de Shanghái. ¿Queréis que os deje una sala de reuniones?

Lo miré y sacudí la cabeza.

—Gracias, Doolan, pero no hará falta. Nos vamos.

Addison me miró con sus ojos enormes, llenos de ilusión y confianza.

—¿A dónde vamos, papá?

Me quedé en silencio, tratando de decidir a dónde llevarla. En Sídney ya solo tenía una habitación de hotel por dos noches, y una maleta más pequeña que la suya.

Miré el cielo por la ventana. En algún punto, más allá del océano, estaba el Serenata Nocturna.

Y en él, Oksana.

Deseé que estuviera bien.

No quise imaginar ninguna otra posibilidad.

No quería ir a ningún otro lugar, si ella no estaba.

Aquellos días en la Umbrícora nos habían cambiado a los dos, y habíamos compartido demasiadas cosas como para separarnos así.

Tomé a Addison de la mano y salimos del despacho.

—Vamos a casa —le dije, completamente convencido.

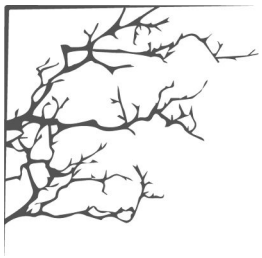
—¿A qué casa?

Su pregunta me enterneció. A pesar de su edad, había vivido ya en demasiados sitios.

—A donde está toda la gente que me importa —dije, con una sonrisa leve—. Todavía me faltaba una persona por llevar allí... pero ahora ya la he encontrado.

Llamé a un taxi y subimos en el asiento trasero. Addison se acomodó a mi lado, sin más. Estaba callada; seguramente no entendía lo que estaba ocurriendo, pero confiaba en mí. Después de todo, había vivido entre hoteles y sets de rodaje, y viajar era su rutina. La inestabilidad era la única estabilidad que ella conocía. Pero, esta vez, no volvería a dejarla sola.

Nos íbamos de vuelta a Ibiza, y no solo por Oksana. Lo haríamos por nosotros *tres*, porque nos merecíamos al menos una oportunidad de ser felices.



Oksana



Me encontraba lanzando conchas al borde de la playa, sentada sobre la arena con los pies descalzos. Era una tarde cálida de primavera, dos días después del ataque al Serenata. Desde entonces, las cosas habían ido regresando a la normalidad con lentitud, aunque la sensación de ataque inminente perduraba en el aire.

No había hablado con Garrett, a propósito.

Había conseguido un teléfono nuevo esta mañana, pero no me había molestado en añadir el número de Garrett. Si no quería volver a verme, yo no iba a suplicarle que volviese.

Levanté la vista al escuchar pasos ligeros que corrían, levantando nubes de arena.

Una niña corría hacia mí, arrastrando un peluche de koala. Llevaba una diadema con todos los colores del arcoíris y un cuerno irisado en el centro.

Tras ella, el padre caminaba despacio, con las manos en los bolsillos. Guapo, bronceado y algo pecoso, como suele ocurrirle a la gente de rasgos claros cuando se exponen demasiadas horas al sol.

Lancé la última concha y me sacudí la arena de las manos sobre los pantalones. Luego me puse en pie, despacio.

No dije nada, ni él tampoco.

Solo nos miramos.

La niña se plantó frente a mí con una ceja alzada, y se giró después hacia su padre.

—¿Tú eres esa a la que no le gustan los niños? —preguntó Addison, sin filtros.

Tenía un tierno acento australiano, y una confianza en sí misma que me hizo sonreír.

Tragué saliva.

—Suerte que tú no eres una niña —dije, señalando su diadema de unicornio.

—Ya. Yo soy un unicornio.

—Entonces, a lo mejor, podrías caerme bien.

—A lo mejor *tú* podrías caerme bien a mí —replicó ella, cruzando los brazos y alzando la barbilla.

Garrett se acercó a mi oído.

—No sabía si estabas viva —me susurró.

—Yo tampoco sabía si lo estaba —respondí.

—¿Por qué no vienes con nosotros a casa? —ofreció Garrett—. Voy a hacer pollo Diana. Habrá demasiado para dos.

Sonreí.

—No me gusta mucho el pollo.

—Sabes que no te invito por el pollo.

Tomé la mano que me tendía.

A su hija le tendió la otra, y caminamos en silencio hasta el paseo, mientras la noche iba cayendo sobre la playa de San Antonio.

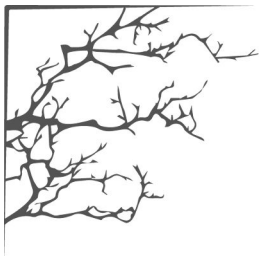
—Por cierto, me gusta tu nuevo peinado —dijo Garrett, con gesto travieso.

—¿Es en broma o en serio?

—Un poco de cada.

—¿Como cuando me aseguraste que no ibas a volver a Ibiza nunca más?

—Eso fue, definitivamente, en serio. —Lo miré boquiabierta, pero él sacudió en la cabeza—. Creo que me he vuelto demasiado humano, Glacialina. Ahora también cometo errores. Y ese, querida, fue uno de los peores. Pero espero que aún me quede tiempo para enmendarlo.



Garrett



Addison se quedó dormida mientras Oksana le cantaba una canción de su infancia. Cuando pasé por su cuarto, la niña tenía la boca entreabierta y una pierna colgando fuera de la cama; llegué justo a tiempo de ver a Oksana cubriéndola con una manta, sin que se lo pidiera nadie. Sonreí al ver la escena, pensando que tampoco se le daba tan mal, después de todo.

Las miré desde el marco de la puerta, sin entrar, con los brazos cruzados.

Habían pasado un par de semanas, y el proceso de adaptación estaba siendo tenso, raro, divertido... pero relativamente exitoso.

—Se ha pasado el día hablando de ti —murmuré, sin invadir esa rara cercanía que se había creado entre las dos—. Creo que te la estás ganando.

—Qué desgracia —respondió con poca convicción.

Sonreí sin decir nada.

—Si esta noche vuelve a gritar para pedir agua —añadió Oksana en voz baja—, no respondo de mis actos.

—Mientras no la asustes con ese cuchillo que llevas siempre en la bota, me doy por satisfecho.

—Eso no está del todo descartado...

Reí en silencio. La tomé de la mano para que saliese del dormitorio, y me apoyé contra la pared del pasillo, con la vista fija en sus ojos azules.

—¿Te arrepientes de... esto? —pregunté en un susurro.

Se lo pensó un momento, y sentí un nudo en el estómago mientras esperaba su respuesta.

Sabía que no estaba siendo fácil para ella. Entretanto, Addison se removió entre las sábanas.

—No —dijo por fin, con gran esfuerzo—. Pero voy a necesitar más tiempo para acostumbrarme. Es un cambio muy grande. Han

sido unas semanas bastante intensas.

Asentí.

—Gracias por intentarlo —dije quedamente—. Significa mucho para mí. Y para Addison.

—Supongo que basta con fingir que me gustan los niños, ¿no? —añadió—. El problema es que hay que hacerlo veinticuatro horas al día, siete días a la semana...

Su voz sonó cansada, pero también orgullosa, en cierto modo.

—Estás haciendo un trabajo excelente —le dije, divertido—. Cualquiera diría que es real, y no estás fingiendo.

—De eso nada —replicó—. Además, esta niña es muy lista. A veces me da miedo.

—¿Te refieres a cuando se le sale el zumo por la nariz al reírse?

—No. A cuando me mira como si quisiera que me convierta en su figura materna o algo.

Me pareció que se ponía pálida solo de pensarlo.

—¿Y eso te da miedo? —pregunté, juguetón.

Me lanzó una mirada que habría congelado el océano Ártico.

—¿Tú qué crees?

Le devolví una sonrisa tenue. Era comprensible. Nunca tuvo una relación muy buena con su madre, y ahora, de pronto, se veía lanzada a una vida que no era precisamente la que ella habría elegido.

—Tiempo al tiempo —le dije.

Se quedó callada, mordiéndose el labio y sumida en mil pensamientos que me habría gustado poder escuchar.

—¿Subimos a ver la lluvia de estrellas? —preguntó de golpe, y creo que el brusco cambio de tema no fue casual.

—De acuerdo. Vamos.

Subimos a la azotea, cogidos de la mano. La brisa nocturna era fresca, y un par de nubes blanquecinas manchaban el cielo. El olor a sal, a madera húmeda y a primavera impregnaba el aire.

Oksana se apoyó contra la barandilla, mirando hacia el horizonte.

—Nunca pensé que fuera posible pasar dos semanas con una niña... y que me gustase —confesó.

—¿Conoces ese dicho...? —repliqué—. "Cuéntale a Dios tus planes, y él se echará a reír."

Se giró hacia mí. La luz de la farola más cercana le dibujaba reflejos dorados en el pelo.

—Es cierto. Nada en mi vida ha salido como lo planeé. Aunque no quiero decir que sea malo. Solo... diferente.

Me acerqué y rocé su mejilla con las puntas de los dedos, hasta que nuestros labios se buscaron. Fue un beso lento, íntimo. El tipo de beso que no enciende fuegos artificiales, sino brasas profundas. De las que duran toda la noche... O, con suerte, toda la vida.

Pero entonces, el aire cambió.

Una vibración subterránea agitó las losas bajo nuestros pies. Se oyó un murmullo bajo, en una lengua antigua que hablaba a través del viento.

—Han vuelto —murmuró Oksana, llevándose la mano a la bota, por instinto. La bota no estaba ahí, ni tampoco el cuchillo.

Negué con la cabeza y apreté su mano.

—No. No son ellos —la apacigüé—. No son los demonios de Umbrael. Espera...

Una ráfaga de viento helado se alzó de golpe. Un relámpago iluminó el cielo, y entonces apareció ella.

La Diosa flotó frente a nosotros, etérea. Vestía una túnica vaporosa, hecha de niebla y sus cabellos, cuajados de estrellas, ondulaban en torno a ella. Su rostro, hermoso pero cambiante, pasaba sin cesar de ser uno a ser tres: una niña, una mujer adulta y una anciana, cada vez diferentes. Era una y tres a la vez, de todas las edades y ninguna. Era todos al mismo tiempo, sin ser nadie en concreto.

—*Igniel* —dijo, y su voz se escuchó dentro de mi cabeza—. *Oksana. Venid.*

Movió una mano de arriba abajo, y el horizonte se partió como una tela.

Tiré del brazo de Oksana, y juntos cruzamos al otro lado: al otro plano, aquel que, tiempo atrás, fue mi hogar. Pero ahora me resultaba extraño y fascinante, igual que a Oksana.

La Diosa se presentó como una adolescente morena, de ojos negros como los de un cuervo.

—Igniel —dijeron las tres voces a la vez, con eco—. Has quebrantado el Voto. No cumpliste nuestro pacto y rompiste el silencio prometido. Compartiste nuestros secretos con ella.

Señaló a Oksana con un dedo de luz parpadeante.

—Lo sé —respondí, de pie, sin escudo ni excusa—. Es cierto. Pero ella no tuvo la culpa.

De pronto, La Diosa se convirtió en una mujer embarazada, de cabellos rojos y belleza cegadora.

—También has revelado secretos sagrados —continuó, implacable —. Has perforado los velos que protegen a los inocentes y los has cruzado sin permiso. Has sentido, has mentido, has elegido... Te has comportado como... como un auténtico mortal.

Agaché la cabeza.

Tenía razón.

Sentí pánico al pensar en su castigo. Ahora que por fin había encontrado a Oksana. Ahora que por fin había recuperado a Addison. Ahora que, por fin, la vida por la que había empeñado todo lo demás había empezado a tener sentido...

La Diosa se transformó en una anciana de cabellos níveos, tan ajada que sus dedos parecían raíces retorcidas.

—¿Te declaras culpable? —me preguntó.

—Sí, Mi Señora. Pero ella no ha hecho nada malo. Lo juro.

La doncella rio, despreocupada. La madre entornó los ojos con ternura, y finalmente la anciana negó con lentitud.

—Errar es de humanos —dijeron a coro—. No serás castigado.

—¿Qué significa eso?

—Jamás ningún humano salió indemne de la Umbrícora. Llevaste a cabo una noble misión altruista, y gracias a ti, nuestro ejército de luz podrá estar preparado si sucede lo peor. Has sido valiente, Garrett Celestine.

Las miré, incrédulo.

¿Lo había entendido bien?

—Como recompensa, te devolveremos tus alas.

Un relámpago surgió del cielo. Caí de rodillas y sentí el calor encenderse en mi espalda. Esta vez, no hubo dolor; solo la inmensa alegría de volver a encontrar algo que diste por perdido.

Me puse en pie y abrí las alas. Luego alcé el vuelo un par de metros, extasiado.

Oksana dio un grito. Cuando me giré, tenía lágrimas en los ojos, pero no eran por mí.

Había un muchacho fantasmal frente a ella: un adolescente alto, huesudo y algo encorvado.

—No fue tu culpa, hermana —dijo el joven—. Alex y Nico me empujaron. Pero algún día recibirán su merecido. Está escrito.

Oksana se postró a los pies del chico, llorando como no la había visto nunca. El chico se agachó junto a ella y tomó su rostro entre las manos.

—Perdóname, Mitya. Debí haber estado allí, contigo.

—Yo te pedí que me dejaras asistir a la fiesta, de modo que lo ocurrido fue mi responsabilidad. Pero si hay algo que perdonar, te perdono —susurró el joven—. Solo vine a decirte esto. Debes perdonarte a ti misma.

Luego, el joven desapareció, como si nunca hubiera estado allí.

Oksana se quedó quieta, boquiabierta, con el rostro todavía húmedo por las lágrimas. Se notaba en su gesto que sentía que, esta vez, había hablado con su hermano, el de verdad, y no con una alucinación como las de la Umbrícora.

La Diosa volvió a ser una sola. Esta vez se transformó en una mujer voluptuosa, como una Venus de Willendorf. Se giró hacia Oksana.

—Mujer mortal, tú también hiciste una gran labor, pero perdiste tu don. Pero ese don, como tú bien descubriste durante tu viaje, era también tu peor maldición. Se convirtió en tu prisión y tus cadenas. Te mantuvo atada, viviendo con miedo y desconfianza, atrapada en una cueva de miedo y desesperación.

Oksana no contestó, pero asintió levemente.

—Podría devolvértelo, pero creo que ya no lo necesitas ni lo deseas realmente —continuó la Diosa—. Te ha hecho sufrir suficiente, y lo que una cueva oscura necesita es luz. Pero no seré

yo quien te la entregue. Lo dejaré en manos de Igniel, mi fiel Ángel de Fuego.

Luego la Diosa desapareció, nuestra visión tembló y nos encontramos de nuevo en la terraza.

Di un paso al frente hacia la barandilla, tambaleándome.

El mar volvía a estar ahí, tras los edificios de enfrente, iluminado por las farolas y las luces de las terrazas. Al moverme sentí mis alas, invisibles y replegadas, y supe que aquello no había sido un sueño.

—¿Qué... ha sido eso? —musitó Oksana, apoyándose en mi brazo —. ¿Tú también lo has visto? ¿Era real?

Asentí, recuperando el aliento.

—Lo era. Esta vez sí.

—No... no puede ser.

Hizo ademán de marcharse, pero yo la sujeté.

—Oksana, era real —insistí, sujetándola—. Y ahora debo honrar la petición final de La Diosa. Ven.

Saqué una chispa de fuego de mi pecho y la moldeé en forma de aro. Fui rodándola entre los dedos hasta crear un anillo ardiente, hecho de mi propio fuego.

Luego me arrodillé ante ella, allí mismo, bajo las estrellas.

—Oksana—dije, con la voz temblorosa—, te ofrezco mi fuego.

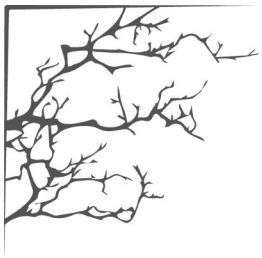
Ella se quedó quieta, sin decir nada.

Tomé aire y continué.

—Te ofrezco mi fuego, mi amor y mi lealtad.

Poco a poco, fue extendiendo la mano, y yo puse el anillo en su dedo. Cuando el aro estuvo en su lugar, sus ojos se encendieron un instante, cambiando de azul a dorado. Sentí cómo mi fuego interior se apagaba un poco, pero no me importó: por fin había recuperado mi vida y mis alas.

En el cielo, una lluvia de estrellas fugaces cayó hacia el mar. Tres estrellas avanzaron juntas, sin separarse: una grande, una pequeña, y otra casi invisible, pero no menos brillante. Las tres viajaron juntas, cruzando el cielo en silencio hacia un nuevo comienzo.



Oksana



Dos semanas después

Aquella noche, Vanessa Martínez entró en el Serenata Nocturna con gesto de ser la nueva dueña.

Era cierto que, de pronto, toda la atención había recaído sobre ella, la anodina vendedora de ropa con los cabellos grises y violetas. Había pasado de ser la excéntrica a quien Teo evitaba, a convertirse en una figura de autoridad a quien nadie cuestionaba, ni entendía del todo.

A mí, sinceramente, me daba absolutamente igual Vanessa. Pero a Iris, no tanto.

Todavía no le había perdonado a Teo que su nombre fuera lo primero que había recordado al recobrar la conciencia. Y, para colmo, su obsesión con el orden no toleraba bien a una mujer que consideraba el caos su estado natural. Pero incluso Iris admitió, a regañadientes, que la sangre demoníaca de Vanessa podría resultarnos útil, ahora que Umbrael y sus secuaces tenían una puerta abierta a nuestro plano.

La reunión era a las diez de la noche. Johannes y Patricia habían volado desde Suiza por segunda vez en poco más de un mes, algo completamente insólito. Cuando dos personas tan obsesionadas con la privacidad y la eficiencia invertían su tiempo en un viaje internacional, estaba claro que se avecinaban tiempos difíciles.

Yo llegué al bar directamente desde casa o, mejor dicho, desde el nuevo apartamento de Garrett.

Iba canturreando por el camino. En las últimas semanas, había escuchado menos a los demás, y en vez de eso, había recuperado mi voz de cantante. Y me gustaba.

Las últimas semanas habían sido un torbellino de mudanzas, papeleos y búsqueda de pisos. Ahora que Garrett tenía a Addison a tiempo completo, estaba reorganizando muchas cosas. Hacía tres días exactamente que le habían dado las llaves del apartamento nuevo, que no tenía vistas al mar, pero sí un comedor precioso que daba a un parque, una cocina enorme para preparar todas las cosas que a él le gustaban... y un armario aparte en el baño para guardar mis productos de cosmética.

No era que yo *viviese* allí, pero, probablemente, pasaría muchas noches en esa casa, si todo seguía igual.

Johannes, Patricia, Iris y Mina ya estaban sentados en torno a la mesa del rincón, junto a la palmera. Me saludaron con la cabeza.

—¿Y los demás? —pregunté.

—Teo ha entrado a por... —dijo Iris, y apartó la vista—. A por algo de la neverita secreta.

Ah, la nevera de la sangre. No sé por qué a todos les costaba tanto llamar las cosas por su nombre. Bueno, sí lo sabía: porque eran unos flojos, ese era el problema.

Me senté, con el mar a un lado y la entrada al otro. Al momento se escuchó una vocecilla aguda que me sacó una sonrisa.

—¿Entonces si una bruja se enamora de un ángel, el hijo sería un unicornio? ¿O un vampiro? —preguntó Addison, totalmente seria.

—Mejor hablemos de eso en casa —respondió Garrett, e incluso en la semioscuridad, pude ver que se había sonrojado.

Yo sonreí, entretenida con su incomodidad. Le quedaba bien, casi tanto como la camisa de flores. Me gustaba su barba incipiente, sus brazos fuertes de tanto surf, y, sobre todo, ese aire contradictorio de un hombre que había sobrevivido al infierno y para celebrarlo se había puesto a hacer galletas.

—¡Glacialina! —me saludó Addison, y se lanzó a mis brazos como un misil.

La levanté en brazos, con una sonrisa tensa.

—Se llama Oksana, cariño, te lo he dicho mil veces —la reprendió Garrett, mordiéndose el labio para disimular la risa.

—Pero tú la llamas Glacialina —dijo la niña—. Me gusta más. Suena a princesa del hielo.

—Claro, porque lo soy —respondí, y aquello le gustó tanto a Addison que lo celebró con un aplauso.

—Perdonad —se disculpó Garrett—. La niñera me ha fallado y he tenido que traerla a la reunión. No os importa, ¿verdad?

Mina sonrió y dio un golpecito sobre sus rodillas para que Addison se subiese.

—Nos encanta que venga —dijo—. Ven, la tía Mina te va a enseñar un truco de magia. ¿Cuál es tu animal preferido?

—El koala.

—Umm... vale. ¿Alguno más normal, que tengamos por aquí?

—¿Gatos?

—¡Perfecto! Vamos a hacer aparecer... ¡dos gatitos negros!

Mina chasqueó los dedos, y dos gatos negros como la noche aparecieron ronroneando a sus pies.

Addison chilló encantada.

—¿Cómo lo has hecho? —exclamó, acariciando a los animalitos.

—Una bruja nunca revela sus secretos —respondió Mina, guiñándome el ojo.

Sonreí. Addison era una buena chica. Era cariñosa, confiada y sumamente adaptable. No era en absoluto como aquellos niños que recordaba de mi infancia. Podía decirse que nos llevábamos relativamente bien... y eso, viniendo de mí, ya era decir mucho. En estas cuatro semanas, no había llegado a entenderla del todo, pero tampoco me molestaba tenerla cerca. Y una cosa estaba clara: si alguien hubiera intentado hacerle daño, lo habría hecho picadillo. Supongo que eso era lo más cercano a quererla de lo que era capaz en ese momento.

Mientras charlábamos, un hombre extraño cruzó el umbral del bar. Era corpulento, con un abrigo negro de cuero reforzado y lleno de símbolos grabados: me fue difícil decidir si eran marcas de protección arcana... o el logo de algún grupo de heavy metal.

El recién llegado parecía joven, pero tenía el pelo completamente blanco, y unos ojos grises tan claros que parecían de hielo.

Pero lo más extraño era la espada.

Sí, una *espada*, una puñetera espada enorme cruzaba su espalda, en esta época y lugar. Entre eso y el chaquetón negro,

parecía salido de una fiesta de disfraces, o de un set de rodaje ambientado en una fantasía medieval.

—Aquí huele a azufre —gruñó el extraño sin saludar, arrugando la nariz y olisqueando el aire.

—Alistair Vilmoor —le dio la bienvenida Johannes, sin levantarse —. Bienvenido al Serenata Nocturna.

Los ojos grises del cazador recorrieron la sala, clasificándonos por orden de peligrosidad y, probablemente, decidiendo que éramos todos unas ratas inofensivas. Al final, se detuvo con cara de asco en Vanessa.

—¿Qué hace *esto* aquí? —le preguntó a Johannes, señalándola.

Al parecer, la sutilidad no era su fuerte.

Me cayó bien de inmediato.

—Es necesaria —respondió Johannes con una exhalación de hastío.

—Yo no estaría tan seguro —replicó el hombre de pelo blanco, dejando caer la mano sobre la empuñadura de la espada.

Vanessa se irguió en la silla, desafiante. Parecía estar a punto de escupirle en la cara, o picarle con una lengua bífida. La escena se había vuelto muy interesante de pronto, y lamenté no haber traído palomitas. Un cazador de demonios y la bisnieta de un íncubo, unidos en torno a la misma mesa. Me encantaba. Habría dado cualquier cosa por tener aún mi telepatía y escuchar los insultos recíprocos, como una partida de pingpong en sus cerebros.

Me froté la mano, y el anillo, aparentemente negro, brilló un instante con fuego interno.

Bueno, quizás había perdido mi telepatía, pero ahora tenía... otras cosas.

Garrett, adivinando mis pensamientos, me guiñó el ojo y me lanzó un beso al aire.

Puse los ojos en blanco, aunque, en el fondo, me gustaba.

—Bueno, ¿ya estamos todos? ¿Podemos empezar? —preguntó Johannes, que, obviamente, odiaba las reuniones en persona, incluso más que yo.

—Faltan Selena y Raoul —respondió Iris.

En ese momento, un coche grande y negro aparcó frente al local. Raoul bajó primero, imponente en su camiseta verde militar y vaqueros ajustados. Dio la vuelta para abrir la puerta del pasajero, y le tendió la mano a Selena. Como Raoul era tan grande, apenas dejaba ver a Selena desde donde estábamos.

Entraron de la mano.

Selena caminaba despacio, luciendo un vestido azul mucho más ajustado que el de la otra vez. Estaba espléndida, aunque sus curvas se habían desplazado... ligeramente.

Se hizo el silencio en la terraza, y de pronto, todo quedó claro.

Mina abrió la boca, e Iris la miró. Naomi dejó caer una botella de cola, y esta se quedó flotando en el aire.

—Tenemos una noticia que daros —dijo Raoul, apartando una silla para que Selena se sentase.

Ella sonrió y se acarició la barriguita.

—Sí. Estamos muy felices de anunciaros...

—¡Tiene un bebé en la barriga! —gritó Addison, emocionada.

Todos reímos.

—Sí, exacto —asintió Selena, con los hombros agitados por una risa enternecedora—. Estamos esperando un bebé.

Raoul le tomó la mano y se la apretó, mientras todos los abrazaban y felicitaban en masa.

Yo me quedé callada, pensando en lo que aquello significaba. Un lobo y una bruja, y todos los riesgos que aquello podía comportar. Ese niño podía ser... muchas cosas. Si es que *llegaba* a ser algo.

Durante unos minutos, la reunión quedó en pausa. Alistair resopló con impaciencia mientras mis compañeras celebraban la noticia, y casi todos se olvidaron de la urgencia de la reunión que nos había llevado hasta allí.

En cualquier caso, ese niño traía esperanza, y de eso, no íbamos precisamente sobrados.

Cuando todos se calmaron, pudimos comenzar por fin con la reunión.

Hablamos de Umbrael, de los Liberadores, y de los traicioneros portales entre planos.

Las amenazas solo crecían, y el mundo se estaba volviendo un lugar cada vez más peligroso e imprevisible.

Apreté el anillo en mi dedo, y este relució con un fuego interno. No sabía usarlo del todo aún, pero Garrett me había prometido enseñarme: me había regalado un poder de fuego, la otra mitad del suyo.

A veces, cuando cerraba la palma y me concentraba con el anillo dentro, algo dentro de mí chispeaba: algo antiguo, pero no desconocido. Un fuego que, tal vez, siempre había llevado dentro sin saber cómo encender... y que, llegado el momento, podría serme útil en la lucha que se avecinaba.

Pero esa noche, hasta nuevo aviso, éramos un equipo heterogéneo, aunque más unido que nunca: brujas, vampiros, demonios, lobos y cazadores; una niña abandonada por su madre, y una telépata que había perdido su poder... aunque quizás tuviera uno nuevo, aún por descubrir.

Y, sobre todo, un exángel con camisa de flores, que no dejaba de mirarme como si yo fuera el milagro que siempre había estado esperando.

— ∞ —

La historia continúa...

Cada final es solo el principio de la siguiente aventura.

Pero, si lo prefieres, puedes quedarte un rato más en el Serenata Nocturna junto a Oksana y Garrett.

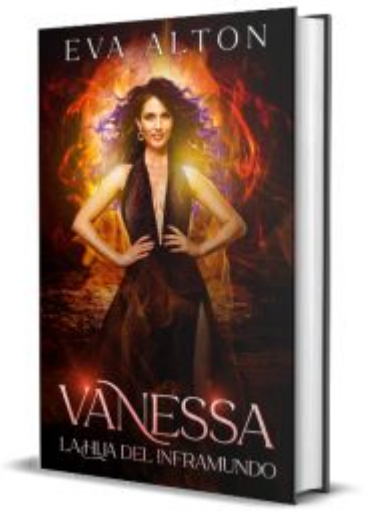
Pasa las páginas para conseguir un EPÍLOGO EXTRA GRATUITO E INÉDITO, o sigue leyendo para saber más sobre la siguiente entrega:

La saga continúa con Vanessa y Naomi al frente del Serenata Nocturna, justo cuando la insurrección de los Liberadores amenaza con romper, para siempre, el frágil equilibrio entre nuestro mundo y el de los espectros.

Oksana, sin saberlo, le abrió el camino a Umbrael y a los Liberadores. Y pronto, las criaturas del otro lado comenzarán a cruzar.

¿Y si esta vez no fuera posible contener a la Oscuridad?

Descubre el siguiente episodio en Vanessa, La Hija del Inframundo.



https://mybook.to/vanessa

¡Ya **puedes reservar tu copia!** Y si quieres enterarte en cuanto salga a la venta,

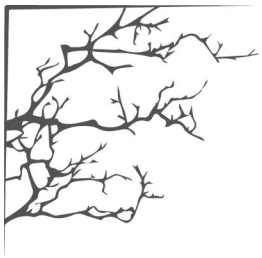
sigue a Eva Alton en redes sociales o suscríbete a su lista de correo para recibir:

- Avances exclusivos de las próximas entregas
- Libros y relatos gratuitos
- Contenido inédito del universo de Las Brujas de Ibiza y otras series relacionadas
- Y alguna que otra sorpresa mágica más...

Y, además, de regalo...

Un capítulo extra en el que pasarás una noche en el Serenata junto a Oksana, Garrett y Addison (y puede que tengan una visita inesperada...)

Consíguelo aquí, y recibe también las noticias y novedades:



Recuerdo bien que una de mis lectoras avanzadas (hola, Andrea) me dijo una vez: ¿por qué has dejado la historia de Oksana para el cuarto libro, cuando es uno de los personajes más interesantes del Serenata Nocturna?

Tenía razón.

Oksana es especial.

Es un personaje que me moría de ganas de escribir, *PERO* también estaba *aterraaada* de hacerlo.

¿Sabes esa sensación, cuando llevas mucho tiempo deseando algo, pero cuando llega el momento temes que la realidad no esté a la altura de tus fantasías?

Como la gente que prepara su boda, y se queda helada cuando por fin llega el día. Como cuando sueñas con esas vacaciones de ensueño, y finalmente aterrizas allí, pero la realidad sigue siendo la realidad, y tú sigues siendo tú mismo.

Pues eso me pasó a mí. Empecé este libro como un torbellino, escribí la primera parte y... lo tuve que dejar. Lo dejé durante meses, sintiéndome incapaz de plasmar todo lo que quería y sentía.

Entiéndeme... ¡Tenía que convertirme en una telépata!

Así que, a partir de ahí, me pasé varios meses haciendo el siguiente ejercicio: miraba a las personas y trataba de inventarme sus pensamientos ocultos.

Pensamos que saber lo que piensan los demás sería una ventaja o una habilidad útil. Pero, ¿y si pudieras escucharlo todo? ¿Imaginas lo que sentirías si pudieras oír exactamente lo que los demás sienten y piensan? ¿Si pudieras saber a la perfección que alguien está fingiendo delante de tus narices? Imagina descubrir que casi nadie es sincero, y que todos guardan pensamientos crueles o egoístas. Yo creo que sería agotador, y seguramente un poco deprimente. Creo que nos volveríamos como Oksana: desengañados, hartos de todo, y suspicaces.

Oksana es un personaje complejo, que ha vivido demasiado dentro de su cabeza, aislada por un don que se volvió una maldición ya desde el principio. Es una mujer fuerte, sí, pero también herida y desconfiada. Como un gato al que los humanos le han tirado piedras

demasiadas veces: extiendes la mano para darle de comer, y ya está bufando, por si acaso.

Quise explorar qué ocurre cuando alguien como ella, que lo ha visto (y oído) todo, de pronto se ve obligada a confiar. A bajar las defensas. A abrir la puerta a alguien más.

Ese alguien más es Garrett, y su historia fue también fascinante de escribir. Si has leído otros de mis libros, sabrás que he escrito bastante sobre vampiros: Garrett era divertido porque era *el "antivampiro".* En lugar de volverse inmortal, como mis personajes con colmillos, decidió justo lo contrario. Eligió abandonar la inmortalidad, caer a la Tierra y experimentar todo lo que significa ser uno de nosotros: el dolor, los errores... la finitud de la existencia. Garrett pasa de ser un salvador divino, un soldado de su Diosa, a ser un simple hombre que intenta hacerlo lo mejor posible, mientras lidia con su pasado, su hija, su presente... y una misión que podría acabar con él y con todas sus esperanzas.

Garrett ha perdido muchas cosas, pero conserva algo que me encanta: la bondad. Una bondad positiva, sin cinismo, que ya no es impuesta, sino elegida. Supongo que eso es lo que más atrapa a Oksana, y a quienes hemos tenido la suerte de conocerlo. Garrett, además, se maravilla ante el mundo terrenal como si fuera un niño. Y se ve obligado a aceptar que, como ser humano, a veces tendrá que priorizarse a sí mismo, en vez de vivir solo por los demás, como hacía antes. Debió de ser un cambio muy grande para él: de ser una ayuda divina, centrado solo en los demás, a convertirse en un ser humano con necesidades propias.

Esta historia ha sido para mí un ejercicio divertido, con personajes diferentes. He tardado casi un año en terminarla, seguramente por eso.

Me gusta pensar que el de Oksana es un amor adulto, diferente de su romance de verano con Teo, o de los de otras chicas del Serenata Nocturna. Lo que hay entre Oksana y Garrett no nace del deseo a secas, sino del respeto, del humor compartido y de la complicidad.

De la confianza.

De creer a ciegas en el otro, aunque no puedas entrar en su cabeza.

Te doy las gracias por leer este nuevo capítulo del Serenata Nocturna. Si has llegado hasta aquí, significa que también tú has confiado en mí, igual que Oksana en Garrett. Te agradezco de corazón que hayas elegido pasar unas horas con estos personajes, y espero que algo de ellos se quede contigo (y, a ser posible, que no sean los tentáculos de Umbrael).

Nos reencontramos muy pronto, y conoceremos más de cerca a Vanessa y a Alistair, dos personajes de armas tomar que tienen mucho que contarnos.

Con cariño,

Eva Alton

Si te gusta lo que escribo, eres bienvenida/o a mi lista de correo y a mi grupo de lectores. Además, ahí podrás leer algún que otro cuento gratis, como, por ejemplo, ***Los amantes del templo de Hades.***

Únete aquí:

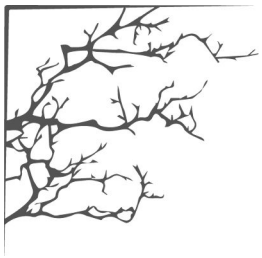
Lista de correo (libro gratis):
https://subscribepage.io/evaaltongratis

Grupo de lectores:
https://www.facebook.com/groups/evaalton

PD: Te invito también a leer mis otros libros:

- Serie *Los Vampiros de Emberbury*: una saga que precede a esta, y empieza con ***La bruja extraviada*** (también hay un pack de 4 libros titulado ***Los Vampiros de Emberbury*)*.**
- Serie *Serenata Nocturna*: si aún no lo has hecho, empieza con ***Iris****,* continúa con ***Selena*** y sigue con ***Mina***. La historia continuará con ***Vanessa.***
- Fantasía histórica: ***Notas Ocultas***, una novela que entrelaza la Guerra Civil con un fantasma que cuenta su historia, viajes por Europa y la búsqueda de un tesoro perdido.
- Serie de comedia romántica del "Carpi Café" *(Historias de Amor y Café).* Historias románticas con humor, autoconclusivas pero

que giran en torno al Carpi Café de Barcelona. Empieza por ***Amor a pie de página.***



Descubre Más Sobre Oksana y Garrett

https://subscribepage.io/oksana

¡Gracias por acompañar a Oksana y Garrett en su misión a través del inframundo!

Si disfrutaste de su aventura en la Umbrícora, tengo algo especial para ti.
En sus páginas encontrarás:

- **Un capítulo extra inédito, que no encontrarás en ninguna otra parte.**
- **Imágenes** de Garrett, Oksana, y el misterioso Bar Serenata Nocturna.
- Un adelanto de lo que te espera en la próxima entrega de la serie *Las Brujas de Ibiza*.

Descarga el Contenido Extra gratis aquí:

Y no te pierdas el siguiente volumen:
VANESSA, LA HIJA DEL INFRAMUNDO
https://mybook.to/vanessa